



*Mi nombre
No es
Aireen*

E . B E T A N C O U R T

MI NOMBRE NO ES AIREEN
Elizabeth Betancourt

Sinopsis

Ella es una ayudante de peluquería sin éxito alguno en su vida personal y profesional. Toda la vida ha sido una simple sirvienta para otros y apenas llega a fin de mes. Su nombre nunca lo recuerdan porque pasa a ser invisible muchas veces, nunca llama la atención y su mayor aspiración en la vida es llegar a ganar de la lotería y acabar con sus penurias. Una noche al salir del trabajo, cansada y hambrienta, se queda alucinada al ver a la mujer más rica del entorno sin vida en el cuerpo. ¡Aireen Kellog ha sido asesinada! Lo único que se le ocurre a esta protagonista tan desdichada es robar la identidad de la muerta y adoptar su vida.

Atticus Kellog es el presidente de la empresa de su abuelo. Pertenece a una familia adinerada y una de las pocas que han quedado en Inglaterra con título nobiliario. Encontrarse con su supuesta prima Aireen, hará que su vida gire a ciento noventa grados.

Capítulo 1

Los primeros copos de nieve ya caían sobre la ciudad de Nottingham. Anunciando la época favorita de la mayoría de personas, precisamente la navidad y el año nuevo. Todo el mundo justo en esas fechas comenzaba a escribir sus listas de propósitos para el año siguiente, listas que llevarían a cabo desde el próximo lunes, un lunes que nunca llegaba porque la gente siempre encontraba una excusa para no hacer ninguno de esos objetivos, dejándolos finalmente para el año siguiente. Así funcionaba la mente humana, deseando siempre tener lo que uno no tiene, en el caso de ella, claramente no poseía muchas de las cosas que observaba en las demás personas, pero apreciaba estar viva y tener salud, tener piernas y manos para poder trabajar y estimaba la hermosa vista que tenía desde el balconcito de su casa, precisamente del río Trent. Una de las maravillas de Nottingham. A las personas que ella solía observar y analizar, no les importaba la belleza de la naturaleza, lo graciosos que podían llegar a ser los gatitos y lo tiernos que eran los bebés contemplando el mundo maravillados al igual que ella. No, para la gente esas cosas solían pasar desapercibidas, ellos se concentraban en que debían llegar a tiempo para el trabajo, organizaban las estúpidas listas de propósitos y unas rutinas imposibles que consistían en acelerar sus nervios y en tomar la primera taza de café de la mañana en cinco minutos. ¡Tan solo cinco minutos! Así uno era incapaz de disfrutar del sabor, del aroma de la humeante bebida. No, ella no tenía la pasta que todos esos clientes que solían entrar en su lugar trabajo, pero al menos sabía disfrutar de su taza de café y era capaz de admirar una hermosa vista. Por supuesto, muchas veces se entristecía y se sentía incompleta, pero intentaba lograr sus propósitos sin pisar a nadie y sin destrozar de paso su equilibrio mental. La vida ya de por sí era estresante, como para añadirle más aún de dosis de estrés.

—¡Date prisa, chica! ¡Tú siempre tan lenta! —El grito de su jefa la sacó de su ensimismamiento. Estaba barriendo y como siempre había acabado en las nubes. Se dio prisa quitando el mínimo cabello del immaculado suelo de color blanco. Miró de reojo la hora, eran las cinco en punto, pronto vendría la señora García, una mujer con gustos de lo más particulares. Por ejemplo, su flequillo siempre debía estar largo y tupido y de color purpura, del tono número dos en concreto. Si el color era ligeramente diferente, aunque se tratará de una diferencia apenas perceptible, la mujer podía levantar toda la peluquería, poniendo el grito en el cielo. Lo mejor era preparar su silla ya para que en cuanto entrará le empezará a hacer el lavado, era insoportable cuando empezaba a gruñir y murmuraba —“Odio esperar”.

Hizo su trabajo de manera eficaz y justo a las cinco y un cuarto de hora, estaba lista mientras por la puerta entraba la señora García tarareando una canción que parecía ser en portugués. Extrañamente ese día parecía de lo más contenta. Se fijó bien en su rostro, quién lo iba a decir. ¡Era bella! Cuando no estaba enfadada y haciendo constantes muecas de desagrado, se podía apreciar su belleza tan clásica. Nariz respingona, ojos cafés y labios finos, el mentón con una bonita forma. Sonreír le sentaba muy bien. No era la única que se había quedado estupefacta, el resto de clientas y sus jefas también y es que, la mujer sonreía tan pocas veces que causaba ese afecto cuando lo hacía. Era como esos fenómenos extraños y tan poco frecuentes, como un eclipse lunar.

—Buenos días, digo buenas tardes, señora García. ¿Comenzamos con el lavado? —La saludó

risueña, alegrándose de corazón que ya no llevará esa cara de vinagre que solía traer.

—Ay, con esta muchacha. ¡Buenos días dice! ¡Despierta que necesito que me laves el pelo y luego un alisado como el de siempre! Ya sabes...

—Liso tabla. —Contestó sonrojada. La señora García sonrió de oreja a oreja asintiendo.

—Hoy está de lo más contenta... —Dijo Judy, su otra jefa. Tenía una naturaleza bastante chismosa y obviamente intentaría sonsacar la razón por la que la mujer estaba tan feliz.

—Oh, pues sí. Os habéis dado cuenta, ¿eh? —Contestó la mujer riendo y Judy habló. —Se daría cuenta hasta el barbero de enfrente, su sonrisa ilumina a toda la ciudad, madame.

A la señorita García le encantaba que la llamarán “madame”, de alguna forma la hacía sentir más importante y a ella le encantaba ser el centro de atención y que la gente la tratará como si fuera una reina.

—Oh, gracias, querida... Verás... Mi Jorge me acaba de regalar las vacaciones tan ansiadas. —Dijo por fin el motivo de su alegría la señora García.

—¿A las Maldivas? —Preguntó Rosamunda, la jefa principal. Estaba con los ojos abiertos de par en par y cuando la mujer lo confirmó con la cabeza todas se echaron a reír.

Ella también sonrió, más apartada de las tres mujeres ya que le daba corte estar muy cerca de sus jefas, había intentado hacer buenas migas, pero las dos rubias no lo permitían, tenían tan solo un trato cordial con ella y a veces, no tan cordial, pero pagaban bien.

—Haz muchas fotos cielo. Te mereces esas vacaciones más que nadie, por fin tu Jorge te consiente.

Ella se quedó atónita. ¿Vacaciones? ¿Por qué si no trabajaba ni nada? Era influenciar y simplemente se dedicaba a publicar bonitas fotos en Instagram. Su esposo la trataba muy bien y lo cierto es que se gastaba toda su paga de gerente de una empresa que se dedicaba a crear joyas de alta gama.

La única que superaba en gastos, altanería y carácter insoportable a la señora García era Aireen Kellog. Ella sí que era parecida a las típicas damas de alta cuna de la edad media. Miraba a todo el mundo por encima del hombro y sin embargo parecía siempre triste. Sí, tenía mucho dinero, herencia que le dejó su abuela, Delilah Kellog, pero estaba siempre sola, sin compañía alguna a excepción de sus dólares.

Bueno, ella no debía sentir pena porque no tenía ni compañía ni dinero. Únicamente sus sueños y aspiraciones que la hacían seguir viviendo y ese optimismo que la hacía disfrutar de los pequeños detalles de la vida.

—Verdad. Eso es porque me puse a hablar seriamente con él chicas. Le dije que no puedo estar encerrada todo el día en ese mausoleo que él llama casa.

—Pero sí es una casa hermosa, una de las más grandes que he visto. —Dijo sin poder evitarlo y la mujer la fulminó con sus ojos marrones y contestó.

—Es que para la gente como tú todo resulta magnífico. Como vives en un cuchitril.

Eso no le gustó un pelo. Una cosa era que la mangonearan en el trabajo, haciendo casi todo ella, incluso lo que no le correspondía y otra muy diferente, permitir a una cliente, sea quien sea ella, que la insulte.

—Mi piso es pequeño, realmente minúsculo en comparación con su casa, pero no es cuchitril. Más basura son los que juzgan sin conocer.

Sus palabras dejaron heladas a todas las clientas y a sus jefas que, a juzgar por sus expresiones, no estaban nada contentas por su réplica.

—¿A ti quién te ha dicho que puedes hablar? Sigue con tu trabajo que me tienes hasta el gorro.
—La regañó Rosamunda y ella se apartó, no sin antes taladrar con sus ojos de color miel a todas. Prosiguió con su trabajo mientras las mujeres murmuraban que era una inepta, lo más probable.

La señora García se sentó con altanería y ella empezó a lavar sus cabellos con destreza. No la había costado mucho aprender viendo a sus jefas a las que no había tardado en superar, pues era mañosa y hacía peinados muy primorosos. Si Rosamunda y Judy no la habían echado era precisamente porque era buena en su trabajo. Las clientas siempre la elegían a ella, aunque como era poco parlanchina casi ninguna recordaba su nombre. Simplemente era la chica que hace bonitos peinados.

La señora García se estaba durmiendo y es que mientras lavaba esos cabellos que necesitaban un tratamiento urgentemente ya que estaba reseco de todos los tintes y planchas que no paraba de usar, le hacía un suave masaje con la punta de los dedos que calmaba a la nerviosa por naturaleza mujer. Le echó un poco de producto que solían reservar para las clientas más exclusivas y es que está en cuestión lo era, y su cabello dañado lo necesitaba a gritos. La estancia olió de lo más rico.

Sentía cierto placer cuando hacía sentir a los demás bien, cuando les proporcionaba relajamiento. Dejó cinco minutos a su clienta hasta que el producto hiciera su efecto y se puso a limpiar los recipientes que usaban para los tintes, precisamente en ese momento la campanita que habían colgado para las fiestas navideñas en la puerta, sonó. Miró hacia la dirección con curiosidad y al ver a Aireen Kellog, se le pusieron los pelos de punta. Esta era una clienta aún más difícil que la señora García. Vestida con su habitual chaqueta de Armani de cuero. Tenía alrededor del cuello una bufanda de piel de zorro de la misma marca que era su favorita al parecer. Un bolso de piel de serpiente complementaba todo su look.

Solía intentar ver lo bueno de cada persona, pero con Aireen Kellog eso era una tarea de lo más ardua. Tenían dos caracteres muy diferentes uno del otro. Ella solía respetar la naturaleza y a los animales cuyo fin debía ser únicamente el de alimentar a las personas u a otros animales. No de ser el capricho de una persona rica sin escrúpulos. Si por ejemplo viviera en una zona fría donde necesitará esas pieles, podría llegar a ser comprensible, pero pagar miles de dólares solo para que arrancarán la piel de un animalillo mientras está vivo, porque según las industrias así no se dañaba la piel, era un auténtico terror. Un asco.

—Buenas tardes. —Dijo Judy malhumorada. La mujer en cuestión siquiera caía bien a sus jefas. Era tan impersonal y fría que sencillamente uno no podía sentir ninguna clase de respeto por su persona. Una cosa era ser egoísta, pijo y a veces inclusive injusto y otra muy diferente ser en verdad malvado como lo era Aireen Kellog. Una maldad que recompensaba con una belleza física que quitaba el aliento. Alta, más o menos metro setenta y ocho, cabello moreno y ojos verdes. Su piel era tan blanca como la nieve, era como la madrastra de Blancanieves, pero metida dentro del cuerpo de la protagonista.

—Quiero unas mechas californianas. Ahora están de moda y las quiero ya. —Ordenó con su voz autoritaria. Judy la miró como si deseará eliminarla de la faz de la tierra.

—Tendrás que esperar un rato, aquí hay un turno que seguir.

Aireen la miró como si fuera una simple mosquita y con tono lacerante, contestó.

—No sé si sabrás guapita, pero este salón sigue abierto gracias a mí contribución. Pues cuando éramos “amigas” me disteis pena y os ayudé abrirlo, ya que vuestros padres habían quedado en la ruina. ¡Gracias a mí, seguís teniendo cierto poder social! ¡Y gracias a esa mosquita muerta! —Dijo señalándola a *ella*. —Trabaja en este salón que tiene título de lujo y por una miseria. La

pobre ni siquiera está al tanto de que la usáis como se os antoja y encima es mucho más mañosa que vosotras.

Las dos hermanas y dueñas de la peluquería “Córtate”, se pusieron rojas de la furia. Sus mejillas estaban tan hinchadas del aire que se aguantaban, que parecían dos pavos rellenos.

—En cinco minutos te atenderá la muchacha. —Dijo Rosamunda a regañadientes.

Ella terminó de colocar los recipientes que había secado con una toalla y volvió a donde la señora García que no se había perdido ni un detalle de toda aquella escena.

—¿Sabes? Antes eran muy amigas. El padre de Rosamunda y Judy era socio de la abuela de Aireen. Ella misma le despidió y casi arruina sus vidas, pero debido a la presión social, les ayudó con su peluquería y ellas dos lograron levantar este negocio y ayudar a su padre. —Le contó la mujer susurrando sin habérselo pedido. Aunque debía admitir que la información resultaba bastante interesante. Estaba al tanto que alguna vez hubo una amistad entre las tres mujeres, pero no tenía ni la menor idea de que el motivo de la distancia y la brecha entre estas había sido tan serio. Sus jefas eran mujeres que podían llegar a ser muy egocéntricas, pero admiraba en ellas esa bondad y fidelidad que le mostraban a su querido padre. El pobre hombre acababa de sufrir recientemente un infarto y sus hijas básicamente temblaban sobre él, no dejaban que se le cayera encima ni una pelusa. Eso mostraba que no eran como Aireen, no, sus jefas tenían en el fondo corazón mientras que de Aireen había oído tantas cosas y algunas muy espeluznantes.

Cuando acabó con la señora García la sentó en otra silla para secar su cabello. Mientras la mujer empezaba a leer una revista de cotilleos, pronto se puso manos a la obra con Aireen Kellog.

Lavó minuciosamente sus hermosos y sedosos cabellos, mientras la cliente cerraba los ojos suspirando.

—¿Sabéis lo que acabo de recibir esta mañana? —Preguntó sin abrir sus luceros y por supuesto, sin esperar respuesta. Estaba claro que a nadie le importaba un comino, pero ella tenía ganas de contar algo y gritarlo a los cuatro vientos, probablemente bastante succulento.

—Siempre he sabido que pertenezco a otro tipo de personas. Soy diferente, eso es visible para todo el mundo. No lo hago queriendo, sencillamente he nacido de esa forma, como que con más clase que la mayoría de personas. Me siento muy identificada con esa canción de Sabrina Carpenter que se llama “Diamantes”. Pues, tal y como dice en la canción, los diamantes son para siempre, y bueno, yo y mi gran estilo son inalcanzables e inter-temporales.

Por un segundo se quedó con la boca abierta y con la mano congelada mientras el agua seguía mojando el pelo de la excéntrica cliente. En su vida habría creído que llegaría a oír tantas tonterías en tan poco tiempo. Como era de suponer, Aireen prosiguió con su “discurso”.

—La cuestión es que ayer por la tarde supe lo que siempre sentí en el corazón. Al parecer mi familia, los Kellog, son una de las pocas que han quedado en Inglaterra que siguen poseyendo sus títulos nobiliarios. Mi madre y mi abuela no tenían título alguno, pero una tía lejana, sí. Es prima de mi abuela y perdieron el contacto hacía mucho tiempo. Acaba de enterarse de mi existencia y me ha enviado una carta donde expresa el deseo de conocerme y de darme algo que tuvo que heredar mi abuela y que como está muerta, pues debe ser entregado a mí. Supongo que se trata de alguna propiedad o dinero. Mi abuela desconocía su fortuna, ya que su padre tuvo tantas propiedades y riquezas que a la pobre ya se le olvidaba y más aun teniendo en cuenta que sufría de Alzheimer. —Acabó de contar con una sonrisa impactando a la gente por la frialdad de su tono. Su abuela la había cuidado casi toda su vida, mimándola en exceso, comprándola todo lo que quisiera y Aireen la había olvidado por completo tan solo un mes tras su muerte. Disfrutando

ahora de todo el dinero que la viuda la había dejado. De todas formas, *ella*, opinaba que no debía juzgarla porque no había caminado con sus zapatos y cada persona expresaba su dolor de distinta manera.

—Es impresionante, ¿tu abuela nunca te habló de esa parte de la familia? —Preguntó la señora García, la mujer era una irremediable chismosa.

—Pues no, en la carta escribe que debido a una disputa se alejaron y nunca volvieron a hablarse, pero mi abuela seguía poseyendo muchas propiedades y algo muy importante dentro del castillo.

—¿Castillo? —Preguntó la señora García con los ojos como platos. El resto no se perdían nada de la conversación, pues los orígenes de la malcriada Aireen resultaban bastante interesantes.

—Oh sí, está en Caernarfon, Gales. Mañana viene el chofer privado de la familia para llevarme allí. —Se jactó la rica heredera

Casi todas las mujeres, menos *ella*, se pusieron de mal humor. Lo único que les faltaba para que aquella mujer se creyera el centro del mundo era que encima perteneciera a una familia con título nada menos. Se creería una auténtica lady y, de hecho, seguramente les diría a todos que la llamarán: “Lady Aireen”. Era insoportable.

—A mí me parece algo hermoso, siempre me han fascinado los castillos, tiene mucha suerte Aireen. —Admitió *ella*, soñadora, mientras empezaba a preparar el tinte para las mechas californianas. Aireen sonrió de forma sibilina.

—Soñar es gratis querida. Algunos podéis únicamente fantasear, os compadezco. —La respuesta de la heredera fue tan soberbia que dejó ofendidas a todas las clientas y eso que la mayoría tenían los mismos principios y habían crecido con valores muy parecidos a los de Aireen Kellog.

Capítulo 2

Se quitó el sudor de la frente con un paño. Ya eran las nueve de la noche. Sus jefas se habían marchado a las siete en punto. *Ella* era la que siempre debía recoger todo y dejar reluciente el mínimo detalle para la mañana siguiente. Cuando terminó, suspiró y se sentó sobre una de las sillas para beber un poquito de agua. Después, se puso su gorro de lana y su bufanda también de lana y de varios colores. Parecía un arcoíris y le encantaba. Se lo había comprado de un mercadillo árabe. Justo iba a salir, ansiosa por llegar a casa cuando se acordó de sus guantes. Se los puso y finalmente cerró la puerta de “Córtate”.

El frío que llegó a ella la hizo temblar, y es que este año el invierno llegaba con fuerza, a pesar de llevar su chaqueta de plumas, seguía con frío. Aunque le encantaba, sí, era de ese pequeño porcentaje de la población a los que la época donde reinaban las heladas les fascinaba. El sentir la nieve en la punta de sus dedos, el disfrutar de noche de una taza con chocolate caliente y observar los diferentes tipos de copos de nieve. Tan parecidos y a su vez tan diferentes uno del otro. ¡Era mágico! Muchos podrían reírse de ella, pero realmente en esa época le parecía todo un bello embrujo. La gente cambiaba en navidad sin siquiera darse cuenta. Se volvían repentinamente en más generosos y abandonaban ese “Ego” que solían tener el resto de año, como un escudo que los protegiera ante un mundo cada vez más nuevo y cuyo ritmo era difícil de seguir.

Caminó por las calles adornadas adecuadamente para la temporada y las fiestas venideras. Miraba fijamente los adornos navideños de las tiendas y se dio cuenta que debían colocar algo en la peluquería, comparado con otros negocios estaba bastante soso. Tan solo tenían un árbol pequeño y con dos o tres bolas en color rojo brillante.

La mejor decoración la tenían las pastelerías. Esos sí que se habían puesto creativos este año. Panecillos hechos con formas de ‘Papa Noel, estrellas y corazones, colgaban de unos árboles navideños en color blanco. Los escaparates llenos de luces que parecían caer en cascada y creaban un entorno idílico.

Repentinamente le apeteció algo dulce, llevaba horas sin probar bocado y durante el descanso se había puesto a recoger otra vez. Pues un salón de belleza debía estar impoluto y, además, cada vez que se paraba sus jefas la aniquilaban con sus miradas.

Vio que la tienda de la señora Bethy estaba todavía abierta, inmediatamente miró en su cartera, un dólar cincuenta. ¡Genial! Era suficiente para un muffin de fresa y chocolate. Se daría ese capricho que se lo merecía, pensaba. Empujó la puerta que tenía un enorme lazo de color rojo y con una sonrisa saludó.

—Buenas, Bethy. Quiero uno de esos deliciosos muffins de fresa y chocolate. —La mujer la dedicó una sonrisa y con su voz calmada y dulce, típica de una ancianita adorable, contestó. — Están buenisimas, ¿verdad, cielo?

—Para chuparse los dedos, tienes unas manos de diosa, Bethy.

La mujer empezó a reír a carcajadas y divertida, habló. —¡Qué exagerada eres, niña! Toma. — Le dijo mientras le daba una bolsa de papel en cuyo interior había un muffin de más. —Regalo de la casa, niña. Que tengas una feliz navidad.

Ella sonrió y respondió. —Gracias, Bethy. Que tengas una feliz navidad tú también. Dale un beso al pequeño Robbin de mi parte.

Salió de allí y bufó cuando vio que el camino por el cual solía pasar para irse a casa estaba en obras. Debía dar toda la vuelta y le dolían los pies horrores. Ya tenía ganas de irse a casa, comerse esos muffins y ver “Solo en casa”. Esa película nunca pasaba de moda y era un clásico de navidad.

Tenía que cruzar la pequeña iglesia cuyo reloj grande y majestuoso ya marcaba las nueve y media. A fuera no había absolutamente nadie y era tan oscuro que parecía encontrarse en un cuento debido a los cientos de luces y las campanadas que empezaban a sonar en ese momento. Hacía una sóla hora las monjas habían repartido chocolate caliente y el olor todavía se podía aspirar. Gimió de gusto disfrutando de la soledad y de la fría noche, sujetando entre sus temblorosas manos los muffins. Solo se oía el viento, su respiración por intentar darse prisa y su villancico favorito que se podía oír por casi toda la ciudad ya que en esa iglesia dejaban sonar las canciones hasta la media noche. Empezó a bailotear al ritmo de Carol of the bells mientras empezaba a nevar otra vez con fuerza, los copos de nieve mojaban su cabello oscuro y su moño se deshacía en mechones sueltos por sus hombros. Las tenues luces de las farolas iluminaban su camino mientras ella canturreaba sin poder evitar la hermosa y a su vez ligeramente tenebrosa melodía que anunciaba la pronta llegada de la navidad. Sus pies estaban calados, se había puesto dos pares de calcetines gruesos y, sin embargo, la buena cantidad de nieve bajo sus pies lograba empaparlos en su totalidad llegando a no sentir casi, las puntas de los dedos de estos.

Justo iba a llegar hasta el tramo donde había un pequeño cementerio cuando se paró, siempre le daba escalofríos pasar por allí, pero entonces recordó las palabras de su querida abuela: “Debes temer a los vivos mucho más que a los muertos”. —Más tranquila, recordando que ella era su ángel de la guarda ya que una famosa vidente se lo había confirmado, siguió con pasos seguros hasta que llegó hasta aquel sitio que tanto pavor y respeto provocaba en casi todas las personas. Pronto estaría en su casa, en tan solo unos diez minutos podría disfrutar de su rico postre y hacerse una deliciosa y calórica cena. En cuanto pudiera se compraría un coche de segunda mano, le vendría estupendo para las épocas tan duras como lo era ahora. En los veranos disfrutaba salir del trabajo y caminar un rato, pero en invierno era otra cosa.

Cuando pasaba observando de lejos el cementerio sintió el vello de su nuca ponerse de punta y se dijo que es tonta riéndose de sí misma. En la cuneta que tenía a su derecha, algo llamó su atención, un bulto cubierto con una sábana blanca. Se paró en seco, mirando aquel bultito sin atreverse a acercarse. Podría ser ropa, mueble o simple basura allí tirada y, sin embargo, un escalofrío la recorría el cuerpo entero mientras se acercaba hacia allí de manera inconsciente. Una voz interior la gritaba que se apartará y se fuera de allí echando leches, pero su nata curiosidad, como si fuera un pequeño gatito, se movía sin que ella pudiera decir, “detente”.

Acercó la mano hasta aquella cosa que tenía una forma extraña como si fuera la figura de un ser humano. Con el corazón golpeando a mil por hora, cogió el borde de la sábana y rápidamente la apartó mientras cerraba los ojos con fuerza. Respirando agitadamente abrió lentamente su cálida mirada para encontrarse con el frío, descompuesto y putrefacto cadáver de lo que parecía haber sido una mujer. Su cara estaba tan desfigurada que era imposible poder saber de quién se trataba. Ahogó un grito de terror tapando sus labios con la mano mientras no podía apartar la vista de aquel cadáver. Se podía apreciar su hermoso vestido de noche en color rojo y su abrigo de pelos en color blanco y manchado de sangre. Sus cabellos esparcidos por la nieve e impregnados con el viscoso líquido que cubría todo su rostro. Con los ojos abiertos de par en par, sacó el móvil de su chaqueta para marcar el número de la policía, cuando un detalle la dejó sin respiración...

¡Su cabello! Esas mismas californianas las había hecho esa misma mañana... ¡La fallecida era Aireen Kellog! Y algo que lo confirmaba en su totalidad era el anillo de zafiro y brillantes que siempre llevaba en el dedo anular. Con la mano temblando de forma descontrolada mientras sujetaba el móvil, se fijó en lo que parecía una hoja cuyo borde sobresalía por el bolsillo de su abrigo. Como si no tuviera control sobre sus movimientos, se inclinó y cogió aquella hoja entre sus dedos, abriéndola cuidadosamente tras quitarse el guante que cubría su mano ya que lo que parecía una carta estaba mojada y podría romperse con facilidad. Cuando logró despegarla, leyó con letras un tanto borrosas por el agua, pero entendibles:

Estimada Aireen, no me conoces, pero somos parientes. En una carta escueta no puedo explicarte todo aquello que deseo, por eso te invito a mi casa en Caernarfon Gales para que puedas oír toda la historia de mi disputa con Delilah, tu abuela y mi prima. Fue hace muchos años y nos distanciamos por cabezotas, pero ella sigue poseyendo importante cantidad de inmuebles y propiedades en estas tierras que deben pasar a tus manos. Espero verte muy pronto y que pases las navidades en nuestro castillo, símbolo del apellido de los Kellog que yo misma me encargué de mantener para que las futuras generaciones sepan la maravillosa historia que se esconde tras estos muros, la historia de nuestros antepasados.

PD: Mi chófer vendrá mañana por la mañana, bien temprano justo en la calle Baker Street, sobre las seis en punto. Dispondrás de todas las comodidades para tu corto viaje.

Muy atentamente, Pearl Kellog.

Se quedó embobada viendo a la muerta y pensando que jamás podría hacer ese viaje. Una idea descabellada se cruzó en su mente, probablemente culpa de las miles de series policiacas que veía cada noche al volver del trabajo. Las palabras de Aireen Kellog se repetían en su cabeza como un disco rayado: —**Soñar es gratis querida. Algunos podéis únicamente fantasear, os compadezco.** —¡Tenía razón la condenada! ¿Cuándo una persona como ella podría permitirse un viaje de lujo a un castillo? ¡Nunca! Esa era la respuesta. Miró su desfigurado rostro otra vez y la idea tomó fuerza en su cabeza de una manera irracional y surrealista. Se acuclilló y vio el pequeño bolso de chanel que se había quedado por debajo del abrigo, apenas visible entre la pelusa y la nieve que eran del mismo tono. Se puso el guante que antes se había quitado y agarró el bolso para después abrirlo. Efectivamente, su documentación estaba allí y también su móvil. Agarró el tarjetero de color rosa y todas las tarjetas personales de Aireen Kellog estaban allí. Desde su carnet de identidad hasta su carnet de conducir. Intercambió de forma casi mecánica su propia cartera del mercadillo con el bolso de chanel, de forma que su documentación quedaba sobre el cadáver para que todo el mundo pensará que se trataba de una simple ayudante de peluquería asaltada por un animal o un ladrón tal vez... Esparció algunas monedas por la nieve y rompió un poco su bolso, como si hubiera habido un forcejeo. Después, con el corazón a punto de salirsele por la boca, corrió con el bolso de chanel, dirección a su casa.

Una vez en el calor de su humilde hogar y sintiéndose protegida, tiró la cartera al suelo y empezó a temblar. ¿Qué demonios acababa de hacer? Ardería en el infierno por la eternidad. Sí, la biblia que tenía sobre la mesa del recibidor parecía que le hablaba. ¡Pobre Aireen! ¿Y si la policía se daba cuenta de la mentira? ¡La meterían a la cárcel! Se pudriría tras unas rejas de acero el resto de su vida... ¿Y sí el asesino volvía a la escena del crimen y se daba cuenta que alguien había descubierto el cadáver e investigaba para después ir tras ella? Después correría la misma suerte que Aireen... ¿Y sí el espíritu de la muerta la perseguía desde el más allá por haber cambiado sus identidades? ¡Cómo viviría el resto de su vida con una falsa identidad!

La culpa y el miedo empezaban a paralizar su cuerpo y ella sentía que su respiración se entrecortaba. Intentaba respirar hondo y calmar sus agitados nervios, pero una voz interior llamándola a gritos “mala persona”, no dejaba de torturarla. Además, una pregunta rondaba su cabeza constantemente: ¿Quién le había hecho eso a Aireen?

Aterrorizada hasta el punto de temblar descontroladamente y sudar a mares con el frío que hacía, se dijo que debía hacer lo correcto. Cabía la posibilidad de que la encarcelarán y con razón, pero ella no era una persona tan asqueante como para vivir la vida de una muerta y sin permitir que se haga justicia por su asesinato. Tal vez la había atacado un animal, quién sabe... Pero, ¿y sí se trataba de un sociópata como en esas series que ella miraba tanto? Negó con la cabeza, no, ella debía hacer lo correcto por muy arriesgado que fuera y por muy mal parada que pudiera quedar.

Agarró otra vez el chanel y pensó que también podría simplemente colocar el bolso de la víctima en su sitio, coger el suyo y llamar a la guardia civil, haciendo lo primero que había pensado al ver el cadáver, cuyo aspecto no se le borraba de la mente.

Con pasos apresurados, casi corriendo y a punto de caerse varias veces porque la nieve dificultaba su trayectoria, empezó a dirigirse hacia ese macabro sitio. Los villancicos seguían sonando y jamás antes le habían parecido tan tenebrosos. No, ella los asociaba con galletas de jengibre, chocolate y muñecos de nieve, no con muertas cuyos rostros eran irreconocibles.

Respiraba con dificultad y sus mejillas estaban rojas del frío que azotaba su rostro, haciéndola sentir ardor en la piel de sus mofletes. Su nariz comenzaba a moquear y su cabello estaba empapado y a su vez enredado ya que el gorro de lana se le había caído por el camino. Cuando al fin estaba allí parada, buscó con la mirada y no halló el cuerpo por ningún lado. La sábana tampoco estaba allí... ¿se habría equivocado de sitio? No, eso era imposible, era exactamente allí donde estaba parada. Puso la linterna de su Smartphone y precisamente donde recordaba haber visto el cuerpo de la desdichada Aireen, vio la nieve de un color más rosáceo. Era la mezcla de la masa helada y la sangre que ella había visto brotar por los luceros de Aireen y caer por sus cabellos como el rastro de su sufrimiento. La piel se le erizó y cuando pudo procesar la información y comprender que el cadáver había sido movido, su corazón latió tan fuerte que pensó que tendría un infarto. No había oído coches de policía y ambulancia, no debía haberlo removido un agente ya que en poquito tiempo estaría lleno de gente intentando averiguar lo que había pasado, los curiosos nunca faltaban. No, estaba claro que la única persona que debía haber trasladado el cuerpo de Aireen Kellog, era el asesino de esta. El temor que sintió pasó por cada célula de su cuerpo, sintió el miedo hasta en la punta de sus dedos. Ahora no podía ir a la policía, la primera razón era porque igual pensaban que era una chiflada o peor, pensarían que es la asesina, quién sabe... La segunda razón y la que más la ponía los pelos de punta era que el asesino se enterará que ella había descubierto el cuerpo, podría pensar de esa forma que ella puede ser una amenaza y quitarla de en medio al igual que a la rica heredera. ¿Qué podía hacer?

Temblando, no supo ni cómo recogió su cartera y documentos de identificación enterrados bajo la espesa masa fría y cómo llegó hasta su casa y se acostó. Los muffins estaban sobre la mesa del salón y ella seguía con la ropa empapada, siquiera se había cambiado y sus tripas estaban revueltas. ¿Por qué demonios había levantado esa maldita sábana? Por algo existía la frase: “La curiosidad mató al gato”.

El asesino seguramente se habría dado cuenta de que alguien había tocado el cuerpo sin vida de Aireen. Ahora cabía la posibilidad de que intentará saber quién podía ser la persona y aunque, era algo difícil de lograr, no era imposible. Podría relacionarla rápidamente con Aireen al

enterarse de qué peluquería era la que la mujer frecuentaba cada semana, tres veces en total y quién era la persona que más cerca vivía del lugar del crimen. Efectivamente, ella era la que más cerca se encontraba de aquel sitio por el que generalmente no pasaba, pero esa maldita noche, por esas malditas obras...

Afortunadamente su documentación había quedado bajo la nieve, el asesino al remover el cuerpo de la joven mujer, no se había percatado, pero eso no calmaba su agitado corazón en absoluto.

—¿Por qué a mí? —Se preguntó antes de que sus ojos se cerrarán sin aguantar más aquella tensión que la estaba destrozando. Ella simplemente había querido una noche tranquila en esos días que anunciaban la pronta llegada de una de sus fiestas favoritas, la navidad.

Lo último que pensó antes de caer en un profundo sueño, fue que sí se alejaba de la ciudad por un tiempo, el asesino no podría relacionarla de ninguna forma con Aireen Kellog. Tal vez sí fingía ser la despampanante heredera y se iba a Gales, tomando las vacaciones que nunca ha tomado y diciendo que iba a casa de una amiga de la infancia... Sí, todo aquello se resolvería y nadie podría tener la remota idea de que ella había descubierto a una de las mujeres más ricas de la ciudad sin soplo de vida en el cuerpo.

Capítulo 3

Se levantó cansada y con los ojos hinchados. Al mirarse en el espejo del baño al cual había ido como un zombie, se asustó. Desde luego, encontrar a clientas muertas en la noche y con caras desfiguradas, no le sentaba nada bien. Encima, no paraba de sentir que en cualquier momento alguien la atraparía pensando que sabe demasiado y la cortaría en rebanadas.

Se lavó el rostro con agua helada y se dijo que si fingía que era Aireen por unos días hasta que pasará la noche vieja, tendría que imitar su comportamiento muy bien. No sería difícil, pues la había observado mucho, la cuestión era que nadie pudiera reconocer que ella no era la auténtica heredera, aunque según su entendido Aireen nunca antes había estado en esa parte del país, por muy cerca que este se encontrará. Por tanto, esa probabilidad era nimia. Se peinó y se maquilló suavemente, no quería que el chófer sospechará, aunque igual sí lo hacía porque no tenía ropa como para una mujer de clase que poseía tanto dinero que no podía ni contarlo. Podría fingir ser de esos ricos a los que les gustaba la vida simple, los que llamaban excéntricos sus iguales. Mecánicamente salió del servicio y se preparó mentalmente para hablar con Rosamunda. Seguramente se pondría como un toro cuando le dijera que se tomaba las vacaciones de navidad. Le correspondían por derecho tres semanas ya que desde que había empezado en la peluquería no se había tomado nunca un descanso. Sus jefas trabajaban incluso los fines de semana y ella hacía muchas horas, más de las que era permitido según los derechos del trabajador. Marcó el número que tenía guardado en su agenda con el nombre de: “Rosa, inmunda”. Contestaron en el quinto pitido y la voz de su jefa era lacerante.

—¡Qué malditas horas son estas, tía! Lo único que me faltaba para colmar mi paciencia es que tú no hagas bien tu trabajo y me acoses a estas horas de la mañana, vaga de los cojones. —Vaya, se veía que su humor no estaba para tirar cohetes cuando despertaba, aunque en realidad, nunca estaba de buen humor.

—Rosamunda, a ver si te calmas un poco y sino tómate una pastilla para tus nervios psicológicos y habla normal. —Le contestó. Ya estaba muy harta de intentar ver en vano lo bueno, la parte de luz de esa ingrata que la usaba como se le antojará. Debían respetarla porque nunca había hecho nada malo a nadie y en su trabajo siempre era puntual y eficiente.

Rosamunda se quedó perpleja, su empleada era una mujer calladita que nunca hablaba y jamás replicaba por mucho que la mangonearán. Parecía de lo más nerviosa, así que, con voz más calmada, preguntó.

—Disculpa, pero estoy muy cansada. Debes abrir hoy antes, son las épocas donde las mujeres más peinados se hacen y casi todas quieren trenzado. Eres la única que tiene idea de ese tipo de peinados. Yo y mi hermana siquiera podemos hacer la trenza de toda la vida.

—Verás... Me ha llamado una amiga de la infancia y me necesita con urgencia. Nunca os he pedido nada, fijate que desde que empecé en “Córtate”, jamás pedí mis días de vacaciones y tampoco mis pagas extra. Lo único que ahora os pido es poder coger esos días que me pertenecen por derecho e ir a verla.

—Debe de tratarse de una persona muy especial. —Dijo Rosamunda con una voz curiosa que parecía decir otra cosa en el fondo, pero que *ella* no pudo descifrar y tampoco le interesaba. Únicamente deseaba alejarse cuanto antes de Nottingham.

—Sí y me necesita muchísimo, sencillamente no puedo decirle que no.

—Comprendo. Siempre has sido una empleada de primera, así que como recompensa te doy el permiso. Tres semanas, ni más ni menos. Dijo su jefa. Se extrañó porque cuando se trataba de Rosamunda, la comprensión era lo último que se esperaba, y aunque no se trataba de un auténtico entendimiento, para ser Rosamunda era un gran paso.

—No sabes cuánto te lo agradezco. —La respondió más tranquila ya que saber que podría alejarse de ese sitio hasta que las cosas se calmasen, le quitaba un gran peso de encima.

—Deberías de agradecerme, al fin y al cabo, nos estás dejando tiradas cuando más clientela y trabajo hay. ¡Pásatelo bien con tu amiga! —Contestó Rosamunda y colgó. Ella puso los ojos en blanco, antes de dedicarse a dejar su piso limpio y hacer su equipaje.

Al final cuando miró su vieja maleta de color marrón desgastado se dijo que no podría engañar a nadie, no parecía una mujer de posición, se notaba a leguas que no tenía dos duros en los bolsillos.

De todas formas, continuó preparando su viaje, no tenía otra escapatoria...

A las seis en punto estaba en Baker Street. Casi no había movimiento, ese empezaría dentro de unos veinte minutos. Una limusina de color blanco captó su atención por completo. Trémula, se apresuró hacia allí, justo cuando estaba delante del enorme vehículo, la puerta del carro se abrió y un señor de unos sesenta años salió de allí con una pancarta en la que ponía: “Hola Aireen”.

—Lo siento señorita, llevo viéndola allí unos diez minutos, pero no sabía que usted fuera Aireen, yo no me la imaginé así... Tan sencilla... No es que ser sencillo sea malo...

Ella le dedicó una tierna sonrisa que inmediatamente calmó a aquel hombre que era de lo más simpático. Era de cuerpo normal, ni muy gordo ni extremadamente fino, estatura alta, barba totalmente blanca mientras que el cabello lo tenía simplemente canoso.

—No se preocupe señor...

—Emanuel. Un placer señorita Aireen.

—El placer es mío, Emanuel... Bueno, empecemos con el viaje, tengo muchas ganas. —Le contestó con una sonrisa nerviosa. Pensaba que cuanto más hablará más posibilidad había de que ese hombre se enterará que no es Aireen Kellog.

—Por supuesto, además parece estar helada. Entre a dentro, hay alcohol que puede calmar ese frío. —Contestó de manera amable y educada.

Ella simplemente asintió con un gesto apenas perceptible y entró a dentro quedando atónita. Por supuesto, intentó disimular su sorpresa, pero era una tarea ardua porque el lujo que había a dentro de la limusina era aún más grande que por cómo era por fuera el gran vehículo. Para empezar, lo que era el suelo tenía una especie de bombillas pequeñas que lo iluminaban y daba la sensación de que era de un color lila muy bello. Había elementos de confort increíbles como un mini bar con todo tipo de alcohol que seguramente costaba más que el alquiler de su piso. Los asientos eran de color gris metálico y de lo más acogedores, los cojines de pelo en colores perla y rosa pálido contribuían a ese ambiente tan femenino y lujoso. Una televisión plasma estaba incorporada en frente, aunque el espectáculo de las calles se podía apreciar perfectamente desde las ventanillas del coche.

Era hermoso, no obstante, no podía decir que fuera a su vez algo práctico. Con aquella monstruosidad, el chófer tendría que conducir mucho más despacio debido a todas las copas, botellas, jarrones que había a dentro... Con un carro normal habrían llegado mucho más rápido. Pensó que probablemente los Kellog habían oído rumores o algo parecido sobre Aireen ya que

solamente ella podía desear algo tan estúpido como que la recogieran en una limusina para un viaje de más de tres horas. No le gustaba pensar mal de los muertos, pero en Aireen todo eran poses y muchas veces dejaba de ser racional por ese descomunal deseo de mostrar a todo el mundo lo rica que era. A veces, incluso pensaba que no parecía alguien de cuna ya que se comportaba como esos nuevos ricos que habían sido pobres y acababan de ganar de la lotería o algo parecido y empezaban a mostrar todo lo que se compraban por cualquier red social de Internet. Ese era otro asunto que la preocupaba... Aireen era adicta a Instagram. Una mujer que subía de diez a veinte fotos en un mes. Al estar inactiva la gente empezaría a mostrar interés por su estado... ¡Ella no tenía ni idea de cómo entrar en sus redes sociales! ¡Menudo lío en el que se había metido! Tendría que mirar el teléfono de la difunta, todavía no le había echado un vistazo siquiera. Era muy extraño, pero absolutamente nadie llamaba a Aireen. De manera muy discreta abrió el bolso de mano y cogió el teléfono de último modelo y de lo más exclusivo. Esperaba que no hubiera un PIN, pero se decepcionó al ver que sí... Tendría que buscar la forma de abrirlo.

Emanuel arrancó el coche, ella pudo apreciar que el amable chófer había puesto una suave música navideña. Concretamente la canción de: “Noche de paz”. ¡Lo que la faltaba! Eso no paraba de hacerla recordar a Aireen sobre la nieve, con aquel rostro tan demacrado, tan irreconocible... El miedo de acabar como ella, la dio las fuerzas necesarias para no salir del coche espantada y seguir con aquella locura.

Miró nerviosa cada detalle del lujo que la rodeaba. Un trozo de pastel con nata y chocolate acompañado de frutos rojos hizo que sus ojos se abrieran como dos paraguas. ¿Qué calmaba siempre sus nervios? ¡Los dulces! Desde chiquita adoraba tanto el dulce que en cuanto se sentía sola, triste o enfadada, comía... Afortunadamente había dejado ese mal hábito, de no haberlo hecho ahora no pesaría cincuenta y tres kilos sino ciento veinte. Pero esta situación era de suma emergencia y estaban casi en Navidad, una época en la que era ley de vida engordar unos cinco kilos, así que no sería nada malo comerse aquel delicioso pastel que encima era gratis. Se permitía comer cosas así una vez a la semana, pero ya llevaba dos muffins y ese pastel que acabaría muy pronto en su estómago. Agarró el plato dorado sobre el cual estaba el blandito postre. No le costó encontrar un tenedor y cuando lo tuvo lo metió dentro del pastel y con ansiedad cogió un gran trozo y lo metió en su boca. Cerró los ojos al sentir el sabor del chocolate que combinado con los frutos rojos era como estar en un paraíso. Al acabar el dulce se echó para atrás sintiéndose llena, pero aún estaba que se subía por las paredes de lo nerviosa que estaba. Nunca había tomado alcohol, pero había oído que venía bien para el alma, podía calmar los nervios y convertir la tristeza en alegría. Al menos eso le había contado una de sus clientas, la esposa de un famoso cirujano estético. Aunque ahora que lo pensaba, ella no parecía muy feliz, era como si simplemente llevara una máscara debajo de ese rostro tan artificial como sus sentimientos...

Respiró hondo y decidió que el alcohol no era para ella, mejor era contemplar el paisaje. Abrió un poco la ventanilla, pasaban un montón de coches, se podía apreciar que de cada diez persona ocho cargaban bolsas y bolsas llenas de regalos. Conducían contentos, parejas mirándose enamorados y niños gritando y riendo en los asientos de detrás, ninguno estaba al tanto que había muerto una mujer cuyo cadáver había desaparecido. Cada vez que avanzaban más, el paisaje más desolado se hacía. Pronto en la carretera no se podía apreciar ni un coche, más bien todo se tornaba en su vista en enormes prados y campos en los que uno se podía perder tan solo observándolos. Probablemente eran muy verdes mientras reinaba el verano con su sol glorioso y la plenitud de sus rayos que lo alumbraban todo. Ahora eran casi blancos, rociados por la nieve y

las nubes se podían ver con mucha claridad. De cierta manera era hermoso, aunque cualquiera diría que prefería ver esos campos en verano, con sus hermosas tonalidades de verde y ligeramente amarillo.

—Señorita Aireen, ¿usted nunca supo sobre la existencia de su tía abuela? —La preguntó Emanuel abriendo mecánicamente el cristal que le separaba de *ella*.

—Oh, pues no... Mi abuela nunca me contó nada. —Respondió casi tartamudeando. Emanuel inclinó la cabeza hacia un lado de manera muy peculiar e hizo un ruido de desagrado. —Qué pena, qué pena... —Murmuró el chófer y ella le miró extrañada y preguntó sin poder evitar.

—¿Conoció alguna vez a mi abuela?

Emanuel sonrió con tristeza y con una voz pesada y lejana, contestó.

—Claro que sí señorita. Su abuela fue una persona realmente especial que hizo por desgracia muchos errores.

—¿A qué se refiere? —Preguntó ella, bastante confundida por la actitud del hombre. Parecía servicial y estaba claro que al principio incluso la había tratado con cierto temor, mientras que ahora se mostraba confiado y decía cosas que no eran propias de un simple empleado de una familia de alta cuna, lo cual demostraba que ese señor no era un chófer solamente...

—Delilah y Pearl no eran tan solo primas, eran las mejores amigas, su amistad era tan grande que para todos estaba claro que las dos primas compartirían la herencia de sus antepasados y harían algo grande en el futuro. Ya desde adolescentes tenían muchas ideas. Eran dos jóvenes con mucha imaginación y sueños.

—¿Por qué se separaron y mi abuela jamás me mencionó a mi tía?

—Esa cuestión os la debe responder Pearl... A mí no me concierne. —Respondió este y *ella* asintió. —Lo comprendo, tranquilo. —Contestó.

—¿A qué se dedica Aireen? Pearl logró encontraros gracias a una página de moda de la que es usted miembro en Internet. Al ver su nombre y apellido supo que se trataba de la nieta de su prima ya que cuando murió su abuela, en su lápida ponía que su única familia era Aireen Kellog.

—¿Pearl fue al entierro? —Preguntó espantada mientras el color de su rostro se iba. Si la prima de Delilah había visto a la auténtica Aireen todo su plan se iba a ir al garete.

—No, no pudo... El dolor de la pérdida de su prima sin haber hecho las paces, se lo impidió. Pero, después sí fue a ver su tumba y allí la vio a usted de espaldas, al parecer acababa de traerle unas flores frescas a la tumba de su abuela y ya se iba... ¿Se encuentra bien señorita Aireen?

Ella respiró hondo y trémulamente contestó. —Oh, sí, sí... Solo que... Recordar a mi abuela me pone siempre así. —Mintió como una bellaca.

Emanuel frunció el entrecejo como si algo le oliera a pescado.

—Y bueno, ¿a qué se dedica? —Inquirió de manera más insistente. A *ella* casi se le sale el corazón, podía sentir la forma en la que él empezaba a sospechar. Obligose a sí misma a estar en calma cuando calma era lo que menos sentía y con una seguridad bien fingida, respondió a la cuestión del hombre.

—Soy una celebridad, una influencer... Hay marcas que me contratan para anunciar sus productos etc.

—Oh, de las nuevas profesiones, comprendo. —Dijo Emanuel y la castaña pudo leer lo que realmente pensaba. —“*Vive únicamente gastando su herencia*”. Era lo que todos pensaban de Aireen Kellog, incluso ella misma.

—De todas formas, Pearl intentó hallarla por medio de Instagram y Facebook y no lo logró.

Hoy en día todo el mundo usa estas redes sociales, inclusive yo que odio la tecnología y me gusta mucho más la vida que llevábamos antes, mucho más tranquila y privada... Lo extraño es que siendo usted una celebrity no la pudiéramos encontrar por medio de Internet, concretamente por medio de las redes más famosas...

—Bueno, eso se debe porque hace dos meses me hackearon las cuentas y todavía sigo en el intento de poder recuperarlas. De eso dependen mis ingresos.

Emanuel exclamó alarmado —Hoy en día se pueden hacer auténticas barbaridades con solo tener un pequeño chisme de esos... Espero lo arregle pronto señorita Aireen, seguro que esos gamberros están lucrándose gracias a vuestras publicaciones. Tengo entendido que se ganan cantidades muy lucrativas anunciando ciertos productos de renombre.

La joven no tenía ni la menor idea... Pero, movió la cabeza en señal de estar de acuerdo y con tono dramático, dijo. —Es un trabajo mucho más complejo de lo que parece y sí hay mucho dinero en juego, espero resolver esto lo antes posible. Gracias por su comprensión señor Emanuel. Si deseáis podemos tratarnos de forma informal. Creo que ya nos sentimos lo suficientemente cómodos y, además, me cae muy bien Emanuel. —Le dijo, deseando entablar conversaciones menos formales ya que no estaba acostumbrada a tratar a la gente de “usted”.

El chófer sonrió con sinceridad. Parecía tener la misma opinión que la extraña pasajera que debía traer a Gales y resultaba muy diferente a como él se había imaginado. Lo cierto es que era totalmente diferente a Delilah... Pobre Delilah...

Capítulo 4

—¿Falta mucho? —Preguntó por décima vez. Nunca antes había visto un castillo y encima habitable. Estaba emocionada y a la vez se sentía decepcionada y culpable por sentir esa emoción. El rostro de Aireen siempre se le aparecía, se sentía como una tímida horrible y la conciencia empezaba a torturarla. Había tenido mucha suerte de que los Kellog no hubieran encontrado las redes sociales de Aireen ya que esta no usaba su nombre y apellido, en todas partes tenía el Nick de: “*Princesa diamantina*”. Al empezar con esta locura no se había dado cuenta de muchos detalles que podían delatarla, pero ahora sabía que tarde o temprano la pillarían. Gracias a dios que solo estaría un par de semanas y se libraría. Después pensaría qué hacer... ¡Qué dolor de cabeza se había creado ella solita!

—No mucho Aireen, mira a lo lejos se puede ver la casa familiar... —Contestó Emanuel. Ella miró lo que él mostraba y jadeó impresionada.

—¡Pedazo de casa familiar! —Exclamó haciendo reír al hombre.

—Del siglo XVIII. Está inspirado en las construcciones de Constantinopla.

Explicó Emanuel como si fuera un agente de viajes.

—Es una autentica preciosidad. —Dijo de forma soñadora la falsa Aireen. Contemplando embelesada los muros de piedra que rodeaban el castillo y sus dos torres. Por detrás del hermoso castillo había un majestuoso mar y aunque su patio debía ser de un verde intenso, ahora se podía observar desde la lejanía la manta de nieve que le cubría con una fina capa.

—Por dentro es aún mejor. La familia ha modernizado casi todo el ala este.

—Supongo que será la parte habitable. —Susurró *ella*, empezando a imaginar todo lo que habría presenciado aquella vieja construcción. Duques, fiestas de la alta sociedad, amoríos prohibidos, nobles que no eran tan nobles...

—Exactamente. Son diez habitaciones y cinco baños los que son habitables. El resto del castillo está reconstruido, pero no lo habita nadie, no hay calefacción ni electricidad, sería demasiado costoso mantener todo habitable. —Le respondió Emanuel.

Cuanto más se acercaban, más embrujada se sentía y como si aquellas tierras fueran un imán, parecían atraerla hacia sí.

La muchacha estaba segura de que debía tratarse de la sugestión que provocaba la majestuosidad de la edificación y a pesar de ello, su imaginación volaba de manera casi infantil.

Cuando Emanuel paró, estaban ante un patio enorme con una fuente en el medio en forma de un dios griego desde cuya boca salía el agua. Había como unas diez escaleras en forma semicircular que daban acceso a esa parte del castillo. En el rellano de la puerta, arriba les contemplaba una mujer de cabello canoso que una vez debió de ser de un negro intenso al igual que sus ojos. Su piel era pálida, casi tanto como la nieve y sus rasgos duros, su rostro imponente, su porte muy aristocrático. *Ella* tragó saliva sin apartar la vista del vestido grueso de color gris que llevaba la mujer. Era moderno, aunque de alguna manera la hacía asemejar a las damas de la alta sociedad del siglo pasado.

—¿Esa es Pearl? —Preguntó de manera discreta a Emanuel que sacaba del maletero su escaso equipaje. Este asintió en respuesta y cuando *ella* volvió la vista otra vez hacía la señora del

imponente castillo, su corazón casi se para al notar que aquellos ojos negros la escrutaban, analizaban, parecían traspasar su alma. El pensamiento de ser pillada en el comienzo de aquel extraño viaje, casi le provoca un desmayo, aunque finalmente pudo lograr mantenerse lo más serena posible.

Pearl bajó las escaleras con agilidad acercándose con curiosidad hacia esa parienta que no parecía una Kellog en lo absoluto. En esa mirada no había audacia, no había ni ápice de carácter... Parecía una muchachita bastante insignificante, sin porte y sin luz en los hermosos ojos que tenía. Cuando estaba justo ante la joven que temblaba como una hoja, hizo el ademán de sonreír para calmar a aquel cervatillo a punto de desplomarse sobre el suelo de su patio. Parecía tan nerviosa que hasta le dio un poco de pena ya que sabía que su aspecto solía intimidar por lo general a las personas.

—Bienvenida al Castillo de *Caernarfon, Aireen*. —Saludó con una sonrisa que a *ella* no la calmó en lo absoluto. Pearl pensó que la muchacha que tenía ante su vista no debía haber sido educada por su prima Delilah, una mujer con un carácter tan fuerte y egoísta que debía haber creado un monstruo en vez de una chica tan cohibida, tímida y nerviosa.

—Gracias por la invitación, es realmente hermoso su castillo. —Contestó *ella*, de manera un tanto torpe.

—Es de todos los Kellog, hay partes de estas tierras que te pertenecen a ti. Pronto podrás verlas, llamaré a mi abogado y podremos llegar a un acuerdo...

—¿Un acuerdo? —Inquirió de forma brusca para después sonreír como una loca. Pearl y Emanuel fruncieron el ceño y el chófer comentó. —Debe de estar cansada, la juventud de hoy en día no suele despertar a las seis de la mañana. —Pearl empezó a reír divertida, su risa era cantarina, calurosa y sorprendente ya que contrastaba con la dureza de su mirada.

Emanuel miró a su jefa con tanto cariño que el corazón de la invitada palpitó con fuerza al ver la estima y la gran amistad tan inusual que parecía unir a empleado y patrona.

—Verás querida... Esperábamos que nos pudieras vender la parte que te corresponde ya que mi nieto, Atticus tiene algunos proyectos de negocio en mente para los cuales necesitará esos sitios. Por supuesto, cabe destacar que pensamos pagar una generosa suma, pero de esas cosas es mejor hablar durante la cena, cuando vuelva Atticus de la empresa, es él, el que debe explicarte ya que yo no tengo mucha idea de esas cosas... Aunque no dudo de que mi nieto piensa en el bienestar de todos siempre que hace un acuerdo. —Le explicó Pearl y ella asintió sintiendo los nervios a flor de piel. Si esa gente llamaba a su abogado, tendría que dar su documentación para los acuerdos que estos deseaban llevar a cabo... ¡Cómo no había pensado en esos detalles! ¡Seguro que iba a pasar las navidades tras las rejas, cantando villancicos junto a una mujer de metro noventa con el cuerpo lleno de tatuajes!

—Muy bien, pues entonces en la cena hablaremos sobre estos asuntos. —Respondió con una falsa tranquilidad intentando pensar la forma en la que podía salir de aquel embrollo.

Mientras Emanuel trasladaba su equipaje pudo observar el gesto de incredulidad que se le dibujaba a Pearl en el rostro mientras observaba su vieja maleta que le había regalado su abuela cuando hizo su primer y único viaje a Francia de Erasmus. Se le ocurrió que lo mejor sería huir por alguna de las ventanas e irse lo más lejos posible, pero en cuanto vio la habitación que le habían asignado, esa idea se esfumó de su mente. Si saltaba desde esa altura, probablemente se abriría la cabeza.

—¿Qué te parece? —La preguntó Pearl y *ella* se fijó en aquel dormitorio que era del tamaño

de su piso. Los nervios no la habían dejado admirar la estancia que era tan hermosa que quitaba el aliento.

—Es muy bonito...—Respondió con un brillo en la mirada. Era la habitación de sus sueños. Tan grande que dentro cabía una cama matrimonial de tamaño considerable, dos mesillas de noche, cerca del ventanal de estilo francés había un pequeño sofá y mesita de té marroquí. Era una rara mezcla de decoración nórdica fusionada con algún que otro elemento árabe que quedaba asombrosamente bien. La cama estaba decorada con edredones blancos con pequeñas flores en color negro, las mesillas eran de esas mismas tonalidades. Se podía ver que la mezcla de los tonos blanco y negro se repetía casi por toda la habitación. Solo en pequeñas dosis y en sitios estratégicos había colores rojos intensos que daban color y más vivacidad a la elegante habitación.

—Era de tu abuela... Cuando pasábamos las vacaciones ella se quedaba en esta recamará que por aquel entonces era de color rosado y doradito. Yo siempre dormía en la habitación contigua a esa, por las noches me escapaba y sin que nos viera nuestra niñera nos juntábamos para comer dulce de leche y hablar sobre cualquier tontería que por aquellos años era de vital importancia para ambas.

Se giró hacia la mujer y en sus ojos se podía ver melancolía por aquellas remembranzas que simplemente quedarían en su mente y tal vez, algún día en el olvido... También se podía palpar una profunda tristeza que encogió el corazón de la joven y la hizo reflexionar sobre la importancia de decir lo que sentimos y anhelamos antes de perder a las personas, antes de que esos momentos especiales se queden en el pasado sin retorno alguno a nuestras vidas.

—¿Qué fue lo que pasó entre vosotras dos? —Preguntó con su innata curiosidad. Pearl la dedicó una triste sonrisa y contestó.

—Es largo de contar, así que después de la cena mientras tomamos el té, te lo contaré. Fue hace tantos años... Mi nieto nos acompañará en la cena. Tú puedes descansar, allí mismo tienes un baño completo, espero que la estancia sea de tu agrado, Aireen.

—Gracias. —Respondió mirando la puerta que le había enseñado la dueña del castillo. —Me encantaría poder ver cada rincón de este hermoso sitio. —Dijo sin poder evitar mientras Pearl estaba a punto de abrir la puerta e irse. La anfitriona sonrió ampliamente y dijo. —Te lo enseñaré con gusto Aireen. Estas paredes guardan tantas historias que estoy segura de que te fascinará oírlas.

Acto seguido la mujer se marchó. A *ella* la asombraba que fuera tan vital y ágil, para la edad que tenía estaba más sana que un roble.

Al quedarse sola un sentimiento inundó su ser, una voz interior que gritaba que estaba en el sitio correcto, lo cual, dadas las circunstancias, no tenía mucha lógica. Su razón la decía que debía irse antes de que la pillarán, pero su corazón dictaba que debía ver cada sitio recóndito del Castillo de Caernarfon. Probablemente se estaba volviendo loca... No había otra explicación para el sin sentido de cosas que estaba haciendo últimamente, o tal vez, y solo tal vez, estaba ante algo mucho más grande que la imaginación humana. ¿Por qué precisamente ella había encontrado el cadáver de Aireen Kellog? Había tantas coincidencias que parecía que fuera trazado por el propio destino.

Agitó su cabeza de un lado a otro con violencia. No quería pensar porque estaba claro que todo lo sucedido le pasaba factura y la parte lógica de su cerebro se estaba durmiendo, conciliando un sueño profundo cuando la necesitaba más despierta que nunca.

Dejó su maleta cerca del enorme armario colonial que se quedaría casi vacío, pues sus pertenencias ocuparían apenas la mitad de espacio.

Sacó sus champús y sus productos de cuidado personal y se dirigió al baño para quedarse con la boca abierta al abrir la puerta y ver ante sus ojos un baño de tipo romano. Era realmente grande y en su centro estaba la bañera de granito oscuro, pero lo curioso es que para entrar a dentro de aquella preciosidad uno debía subir tres peldaños de mármol que eran largos y brillantes. El lavabo era larguísimo, allí podían lavarse los dientes tres personas a la vez. Pudo ver que los champús y productos para el cabello y el cuerpo de las marcas más costosas estaban colocados de manera pulcra como si aquello fuera un spa. Dejó sus cosas en el suelo, no las iba a utilizar, ya que iba a acabar en la cárcel al menos disfrutaría de unas navidades diferentes, unas navidades soñadas. Se merecía vivir un cuento, aunque fuera por unos días.

Subió las escaleras y llenó la bañera con agua caliente. Le puso sales de lavanda y cerró los ojos cuando aspiró el aroma que inundaba el lugar. Al entrar gimió de gusto porque era tan delicioso que pensó que podría quedarse allí siempre si pudiera. Su minúsculo baño donde apenas cabía ella no tenía nada que ver con aquel baño digno de una princesa. Se sentía como tal, estando en un castillo y en unas tierras donde tanta historia había. Se frotó el cuerpo con la esponja natural y cuando acabó de bañarse suspiró de gusto mientras tapaba su cuerpo con una gran toalla suave como el pelaje de una cabra que estaba colocada en una estantería blanca junto a más toallas.

Se vistió con una fina blusa de color carmesí y unos vaqueros blancos que ya eran grises porque llevaba usándolos años, tantos que ya ni recordaba de dónde los habría comprado.

Salió de su habitación pensando que, si paseaba sola, se perdería, había tantas habitaciones y rincones que se dijo que necesitaría una semana para poder ver todo bien, el mínimo detalle que adornaba cada esquina.

En una semana ya estaría en alguna cárcel y no se bañaría en meses... Pensando en eso, oyó unas risas infantiles que cada vez se acercaban más. A los lejos, desde el fondo del pasillo vio a dos niñas hermosas corriendo mientras agarraban a dos muñecas Barbie en sus manitas. Ella adoraba a los niños y con una sonrisa se acercó a ambas. Eran tan rubias como el campo de trigo en verano.

—Hola, ¿cómo estáis? Veo que tenéis dos muñecas tan bonitas como vosotras.

—¿Y tú quién eres? —Preguntó una de las niñas con curiosidad y analizándola con sus enormes ojos verdes.

—Mi nombre es Fe... Quiero decir, Aireen. —Se corrigió con rapidez. ¡Vaya error más tonto iba a cometer!

—El mío es Awen y el de mi hermana, Rhian. Nuestras muñecas se llaman igual que nosotras. —Le dijo la pequeña que no había hablado hasta ahora, mientras su hermana seguía escrutando con la mirada a la “invitada” de los Kellog.

—Tenéis unos nombres tan lindos... —Les dijo con su sonrisa más luminosa y agradable. Por fin la niña que debía ser la mayor, dejó de estar a la defensiva y también la dedicó una tierna sonrisa.

—¿Eres la invitada de Pearl? —Preguntó Rhian y *ella* asintió.

—¿Vienes de muy lejos? —Preguntó Awen. Estaba claro que eran muy curiosas, lo cual a *ella* le encantó ya que compartía ese rasgo de personalidad que no era tan bueno con las dos pequeñas.

—Pues... No tan lejos la verdad, pero sí que es un sitio muy diferente a este. Esto es precioso, debe ser magnífico criarse en un castillo, pero me pregunto... ¿Por qué no hay adornos navideños?

—Se cuestionó en voz alta, lo cierto es que no había reparado en ese detallito.

—A Pearl no le gusta la Navidad, pero la sala que es común sí que está decorada ya que a todos los que vivimos aquí nos encanta la navidad. Respondió Rhian y Awen exclamó. — ¡Tenemos un árbol enorme de color rosado y está lleno de adornos de dulces!

—¿No me digas? —Dijo la falsa Aireen riendo porque la emoción de Awen era contagiosa.

—Así es, pero creo que fue mala idea decorarla con chuches de verdad, ya que nos las hemos comido y ahora el árbol está bien feíto. —Le explicó Rhian y *ella* estalló en risas.

—¿Sois sobrinas o nietas de Pearl? —Se interesó y la niña mayor, respondió.

—No, ¡qué va! Pero, es como si lo fuéramos. Nuestra madre es la cocinera, se llama Dierdre y lleva aquí junto a nuestro papi, Marcus, mucho tiempo. Prácticamente desde siempre.

—¿Vuestro papa también trabaja aquí?

—Sí, se encarga del dinero del señor Atticus.

—Es decir, es contable... —Dijo *ella* con una sonrisa.

—Eso, *contraible*. —Dijo la hermana menor haciéndola reír.

—Todavía la cuesta decir algunas palabras. —Dijo Rhian como si se estuviera disculpando por la dulce e inocente ignorancia de su hermana pequeña.

—¿Qué edad tenéis? —Las preguntó con ganas de estrujar sus mejillas sonrojadas y regordetas. Eran unas niñas realmente encantadoras.

—Mi hermana tiene cuatro y yo ocho. —Dijo Rhian que parecía sentirse muchísimo mayor que su hermanita.

—¡Niñas! ¡Hora de desayunar, ya están las crepes! —Se oyó la voz de una mujer adulta que venía con pasos retumbantes. *Ella* pudo ver que se trataba de una señora pasada de kilos con un delantal floreado y un gorro trasparente sobre su cabellera negra. El papá debía de ser rubio, pensó mientras sonreía, preparada para saludar a la madre de las dos criaturas.

—Hola, usted debe de ser Dierdre, sus hijas son adorables. —Habló de manera simpática mientras la señora se limpiaba las manos en el delantal.

—¡Adorables! Créame si está veinticuatro horas con ellas, necesitará pasar un año entero en el manicomio, estas dos enloquecerían hasta al más cuerdo. —Respondió Dierdre resoplando, parecía de lo más agitada, pues ese día debía de tocarla más trabajo y cuidar a su vez de las niñas, debía ser duro, pensó la joven mujer observando cómo Rhian y su hermana hacían muecas como si estuvieran en total desacuerdo con su progenitora.

—Parece que hoy hay mucho ajetreo. —Dijo sin pensar.

—Bueno, es por usted señorita Aireen. Sé su nombre porque la señora me habló de su persona, a mí y a todo el personal. Esperamos que su estancia sea lo más agradable posible. —La dijo la cocinera ligeramente sonrojada, dejándola atónita. Le parecía raro que estuvieran tan pendientes del bienestar de una desconocida que, aunque era pariente, no dejaba de ser una completa extraña. Entonces una idea cruzó en su mente... Estaba claro que Pearl y ese nieto suyo deseaban de manera desesperada que Aireen estuviera de acuerdo en vender la parte de la propiedad que le pertenecía. Eso tenía toda la lógica del mundo y explicaba lo detallistas que habían sido y estaban siendo con ella.

—No os preocupéis, seguro que todo estará en orden, tampoco soy muy exigente ni nada por el estilo, además lo que más me fascina de estar aquí es poder ver todo esto. —Habló mientras enseñaba con las manos a su alrededor, refiriéndose al castillo, y añadió. —No necesito servicio impecable, tan solo ver cada rincón de esta belleza.

Dierdre la miró con un brillo en los ojos y contestó animada. —Entonces le encantará estar aquí para las navidades. No sabe, cuántas historias esconden estos muros y algunos muy jugosos.

—¿No me diga? —Preguntó entre risas, estaba claro que había encontrado una amiga, era igual de chismosa que ella, lo podía notar en su mirada, impaciente de contarla todo lo que había visto y oído. Se veía una mujer divertida con la que seguramente se podía charlar de forma muy amena, pero debía tener mucho cuidadito con ella, su secreto se veía cada vez más amenazado...

—Bueno, no se quede aquí, debe de tener hambre, mi señora y el señor Atticus no suelen hacer un segundo desayuno, pero supongo que usted tendrá hambre después del viaje. Puedo servirla una taza de té y unos ricos bizcochos, receta de mi bisabuela que solo conocemos los Blevins. —Dijo Dierdre y la sujetó de la muñeca con una fuerza inusual para una mujer llevándola hasta un comedor elegante y luminoso. Esa parte del castillo debía ser común porque sí que estaba decorada. Un enorme árbol rosado estaba cerca del ventanal, las luces eran de color dorado y las bolas en rojos y verdes. Habían puesto nieve falsa alrededor del árbol de navidad y los regalos justo debajo, envueltos en precioso papel de regalo de color plateado y decorado con cintas rojas y brillantes. A través del ventanal se veían ya los copos que empezaban a caer, probablemente esta misma noche la nieve llegaría a la suficiente altura como para hacer un bonito muñeco.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Podemos jugar mañana con la nieve? Seguramente habrá mucha y podremos hacer el mejor muñeco de Gales. —Confirmó sus pensamientos Rhian mientras su hermanita aplaudía y daba saltitos de lo más feliz.

Las dos adultas sonrieron observando esa alegría tan inmensa por algo tan sencillo que no tenía nada que ver con el materialismo por el que estaban totalmente engullidos los mayores. Y pensar que a los trece toda esa inocencia se iba a ir disipando, pues como todo niño de este mundo tan moderno, Rhian y Awen tendrían móviles de última generación y estarían absortar en juegos y videos de Youtube que les enseñarían de todo menos a imaginar. ¡Cuán poderosa era la imaginación y, sin embargo, qué poca gente se daba cuenta!

—Siéntase señorita ahora mismo le sirvo, espero que las niñas no la molesten, las puedo sacar de aquí, si así desea...

—¡No, no! No molestan en absoluto, de hecho, creo que convertirán mi desayuno en mucho más deleitoso. Comí en el coche, pero lo cierto es que sigo con hambre, gracias por ser tan buena Dierdre.

La mujer se sonrojó de gusto y antes de dirigirse a la cocina, les habló a las niñas con firmeza. —No importunéis a la señorita Aireen, quiero que seáis muy educadas, ¿de acuerdo?

Las dos hermanas asintieron de manera obediente, pero en cuanto su madre se fue, casi saltan sobre la invitada mientras esta se ponía a reír a carcajadas.

Cuando Dierdre le trajo la bandeja con el té y el bizcocho de yogur y manzana, ella sonrió encantada y las niñas también, mirando con glotonería a las crepes con miel.

El desayuno fue ameno y agradable, la cocinera la acompañó y por un momento pudo olvidar el motivo que la había llevado hasta allí, precisamente su estupidez.

—¿Pearl no suele estar a estas horas por aquí? —Preguntó, deseando volver a ver a esa señora que parecía tan rígida y sin embargo su corazón era muy blando, lo había podido averiguar en tan solo minutos de conocerla.

—Su esposo murió hace seis meses. Se fue mientras dormía tranquilamente y bueno... No le gusta pasear por los rincones del castillo porque cada sitio le recuerda a él. Fue el amor de su vida, ¿sabe? Generalmente cuanto más pasa el tiempo, más se enfría el amor entre una pareja, pero mis señores se amaron hasta el último aliento de él.

Explicó la buena mujer con una triste sonrisa mientras a *ella* se le retorció el corazón imaginando el dolor de haber encontrado a tu alma gemela para después perderla. Sí, probablemente el señor ya tenía su edad, pero no dejaba de ser triste...

—Una gran desgracia. —Murmuró con sincero pesar.

—Es por ello que solo algunas habitaciones están decoradas, la navidad era la fiesta favorita de mis señores, siempre lo celebraban por todo lo alto, invitando a todas las personas que viven cerca del castillo, hacían auténticos banquetes... También invitábamos a gente sin hogar y sin empleo, personas que pasan hambre por estas fechas, así les servíamos algo de buena comida y les alegrábamos estos días que deberían ser un alborozo para todos.

—¡Son unas personas increíbles! —Dijo sin poder evitar sonar sorprendida. Pues ni en sus imaginaciones habría pensado que alguien con los genes de Aileen Kellog fuera tan generoso.

—Debe de ser asombroso para usted teniendo en cuenta que la ha criado Delilah Kellog. —Dijo la cocinera entre risas para después taparse la boca con las manos, con la mirada atemorizada por la reacción de la joven mujer que estaba sentada frente a sus hijas.

—Perdone, no quería ofenderla de ninguna manera... —Se disculpó Dierdre de forma atropellada y añadió de manera un tanto dramática: —Que en paz descance.

—No se preocupe, sé que mi abuela era muy diferente a su prima... Nunca me habló de ella. —Contestó la falsa Aileen, deseando enterarse de la razón por la que la verdadera Aileen jamás supo de esa parte de su familia. Allí había una historia y deseaba saberla, aunque su consciencia la torturaba por lo que había hecho y por desear desenterrar secretos que no la incumbían.

—Yo conocí a su abuela... Era una mujer realmente hermosa. La vi contadas veces, la última vez que vino ya estaba casada, todavía recuerdo los gritos de Pearl. Habían tenido una discusión realmente fuerte y después, Delilah ya no volvió a pisar *Caernarfon*.

—Es extraño esa abrupta separación entre las dos primas, tengo entendido que eran como uña y carne.

—Según lo que yo he oído, su discusión fue debido a...

—Pero, sí está aquí mi invitada... —Fue la voz de Pearl la que interrumpió la interesante conversación. Claramente, había oído gran parte de lo que había contado la cocinera de su familia y juzgando por la expresión de su rostro, no estaba contenta.

—Contar lo que sucedió hace tantos años a Aileen me concierne únicamente a mí. —Dijo con una voz lacerante.

Deirdre se sonrojó hasta la raíz del pelo e inmediatamente se levantó, hablando de manera atropellada. —Oh, sí claro... Os dejo a solas que tengo mucho que hacer.

Pearl sonrió al igual que las pequeñas Awen y Rhian. Estaba clarísimo que Deirdre se iba de la lengua muchas veces ya que Pearl hasta puso la mirada en blanco como si la mujer fuera imposible.

Cuando la cocinera salió, la dueña de aquella monstruosa propiedad, agarró a las niñas y con voz dulce les dijo —¿Qué os parece si vais a jugar a la sala de música? Os dejo tocar un poco el piano de mi nieto.

Los ojos de las dos rubias brillaron de emoción y olvidándose de la nueva invitada, corrieron hacia ese sitio que probablemente en la mayoría del tiempo tenían prohibido ir.

—Es una cocinera excelente y se podría decir que la considero parte de mi familia, solo que... A veces quiere saberlo todo y siquiera puede adivinar la nada. Tú, sin embargo, eres tan curiosa que me recuerdas a un gatito que yo tenía y siempre se metía en líos de primera... Un consejo,

debes preguntar siempre a la fuente original cuando deseas saber algo, los chismes no llevan a nada bueno. —Le dijo Pearl mientras estiraba la mano y cogía una galleta que su cocinera había traído junto al bizcocho. A *ella* se le tiñeron las mejillas de un rosado fuerte provocando la risa de la mujer.

—Me ha contado Emanuel que te dedicas exclusivamente a ser “influencer”. No es una profesión muy rentable si pensamos a largo plazo, pero eres libre de hacer lo que te plazca, una vieja como yo no entiende muy bien estas nuevas profesiones. Opino que alguien de tu edad debe pisar la tierra con fuerza, pero he oído que uno puede lucrar mucho de ese tipo de trabajos. Si lo pienso, en los negocios lo primordial siempre han sido las estrategias de marketing y bueno, estas nuevas profesiones son básicamente esto, una constante publicidad que he oído a ti se te da fenomenal. Según lo que me ha dicho mi querido Emanuel, muchas marcas te buscan, pero estás en apuros porque te han hackeado las cuentas lo cual explica la razón por la que nos fue imposible encontrar tus redes sociales y la forma en la que vas vestida... Tienes problemas de dinero, ¿cierto? Supongo que la herencia que te dejó Delilah fue sustanciosa, pero gastaste tanto y sin darte cuenta el dinero voló... No debes preocuparte si es así. Lo que no comprendo es lo que sucedió con la empresa de tu abuela, sé que tenía buenas ganancias.

La joven se quedó realmente impactada, esa mujer no tenía ni un pelo de tonta y un escalofrío recorrió su cuerpo perdiendo ligeramente el color del rostro. Se notaba que se informaba de todo lo que podía, eso demostraba que no tardaría en pillarla a menos que pensará rápidamente en una solución.

—Pearl, es más rápida que el internet a la hora del chisme y me decía a mí que era malo. — Respondió aparentando diversión.

La mujer empezó a troncharse de risa, dejándola perpleja porque era increíble la forma en la que podía pasar de intimidar a provocar una sonrisa en la gente.

—Siempre hay que interesarse por los chismes, querida. Pero, uno debe saber a quién preguntar para obtener la información más exacta. —Respondió esta con una sonrisa radiante.

Ella levantó una de sus finas cejas, justo en aquel preciso momento se le había ocurrido una idea genial de cómo escabullirse de aquel enredo.

—Opino de la misma manera, Pearl.

—Llámame tía o abuela, si te sientes cómoda. —Dijo con una genuina expresión en su rostro que alguna vez debió de ser la perdición de los hombres y la envidia de las mujeres. *Ella* tragó saliva, intentando reprimir esa horrible culpa que empezaba a trastornarla otra vez.

—Por supuesto, tía. —Pronunció las palabras con dificultad.

Pearl sonrió, contenta y cambió de tema, empezando a hablar sobre su nieto, parecía amarle tanto que por un momento *ella* se acordó de su querida abuela, la mujer que la había criado y la amaba al igual que Pearl a ese nieto suyo a quien admiraba como si fuera un rey. No paraba de contar sobre los logros de este, al parecer era empresario y se dedicaba en cuerpo y alma al negocio familiar que consistía en la creación y venta de tarjetas de cumpleaños, navidad, año nuevo...

Los Kellog estaban orgullosos de su gran legado que había pasado de padre a hijo generación tras generación.

El tiempo se pasó tan rápido que cuando el reloj de cuco marcó las dos de la tarde, ambas mujeres se sorprendieron.

—Aireen, me parece que debo levantarme porque comeré con unas amigas de mi club de

lectura, pero tú puedes pasear a tus anchas por el castillo que veo que tienes curiosidad. Solemos cenar temprano, a las ocho y media en punto, aunque probablemente mi nieto llegará un poquito más tarde ya que hoy tiene un acuerdo muy importante con un destacado ilustrador cuyos diseños desea comprar. Está la cosa un poco difícil, con tanta tecnología, la gente ha empezado a mostrar poco interés en una buena tarjeta, ya no hace tanta ilusión como hacía años.

—No te preocupes, tía. Estaré por aquí, daré una vueltecita, seguro las niñas me ayudan y me muestran parte del castillo.

—Oh, estarán encantadas. Lo conocen mejor que yo. —Contestó la mujer de lo más divertida.

Cuando se quedó sola, decidió ir y buscar a las niñas, pronto sería la hora de comer y después podrían dar ese paseo. No sabía por dónde comenzar su visita, finalmente decidió que sería idóneo empezar por una de las dos torres.

La comida fue para chuparse los dedos. Un pastel de cordero galés, *ella* se había acabado todo el plato mientras la cocinera sonreía entre divertida y orgullosa de su trabajo.

—He pensado que podríamos empezar por una de las dos torres, ¿os parece? —Se dirigió hacia Awen y Rhian. Estas dos asintieron y se levantaron de la mesa casi corriendo, mientras su madre les gritaba que tuvieran cuidado.

Awen y Rhian se pusieron sus gorritos y guantes de color rosa con una rapidez asombrosa y antes de que la nueva invitada estuviera ante la puerta, ellas ya la esperaban mientras gritaban, desgañitadas. —“Date prisa Aireen”.

Cuando salieron ante el enorme jardín principal, una fuerte brisa refrescó sus mejillas dándoles un color sonrojado precioso. *Ella* reía a carcajadas mientras las dos rubias tiraban de sus manos, cada una por un lado, llevándola hacia una de las torres.

A dentro de la sólida construcción hacía igual de frío como a fuera, de hecho, las temperaturas parecían bajar drásticamente con el paso del tiempo.

—Está un poco oscuro. —Dijo agarrando a las pequeñas con fuerza de sus manitas. Tan solo la luz que se filtraba por las minúsculas ventanas les daba un poco más de visibilidad.

—No te preocupes Aireen, hemos jugado aquí miles de veces, desde que yo era niña. — Dijo Rhian haciéndola reír. La pequeña estaba totalmente segura de que ya no era una niña sino una chica mayorcita.

—¡Guau, es asombroso! —Exclamó viendo unas escaleras de caracol que se notaba habían sido restauradas y por lo tanto eran seguras, aunque no habían perdido ese encanto y originalidad que demostraba su antigüedad y su carácter.

—¡Vamos a subir, Aireen! —Gritaron al unísono las muchachitas mientras corrían y empezaban a subir las escaleras enérgicamente. La castaña las siguió y sobre la pared de piedra un espejo llamó su atención. Era tan hermoso y se notaba que se trataba de una antigüedad. Los laterales eran dorados, se acercó aún más y comprobó que se trataba de oro puro, las formas geométricas que decoraban los laterales del espejo de pared eran una exquisitez.

Rhian llegó hasta ella y al ver lo que observaba dijo. —Fue algo que robó el bisabuelo de Pearl, era un metolista. —Le explicó la niña.

—Querrás decir, metodista. —La corrigió con una sonrisa dibujada en los labios.

—No, juraría que es metolista. —Contestó Rhian y *ella* la miró con la ceja izquierda levantada.

—Bueno, es posible que me confunda... —Admitió la niña.

—Confundirse no es malo, cielo. En este mundo nacemos para aprender, nadie lo sabe todo y

tú eres una chica muy inteligente.

Rhian asintió con una sonrisita y subió otra vez arriba desde donde su hermana la llamaba a gritos.

La castaña seguía mirando el espejo entre embelesada y pensativa. Se veía claramente debajo en la esquina inferior del espejo escrito el nombre: ***Guillermo III.***

Si el bisabuelo de Pearl había sido un metodista galés, aquel espejo era la prueba de que algo debió pasar hacía tantos años contra el monarca del Reino de Inglaterra y que el pariente de Pearl tuvo que ver, llevándose de paso un regalito que ahora decoraba la pared de aquella torre... Desde luego, los Kellog resultaban una familia de lo más interesante...

Capítulo 5

No tenía ropa que ponerse y estaba confundida sobre la forma en la que estarían vestidos el resto de gente durante la cena. ¿Había algún protocolo? Tal vez se vestían normal, como el resto de mortales, pensaba ante el espejo mirando una blusa lila y la otra azul, sin saber por cuál decantarse. Finalmente optó por el azul pavo real, era menos sencilla que la otra ya que en el cuello tenía detalles interesantes que brillaban ligeramente, pareciendo un collar, era buena opción y práctico ya que no disponía de muchos accesorios.

Se maquilló suavemente y se dio cuenta que tenía cierto parecido con Aireen, ambas eran castañas, si tan solo se hubiera puesto lentillas para volver sus castaños y cálidos ojos en verdes... Tal vez podría haber funcionado. Aireen era muy alta, la sacaba como dos cabezas, ese sí que era un problemón gordo, no podía cambiar su estatura... Resopló sintiendo todo el peso sobre sus hombros, ya hasta le daban ganas que la atraparán porque el estrés la hacía sentir constantemente entre la espada y la pared.

Un pantalón negro de cachemira y unos zapatos del mismo color de tacón bajo complementaron el look. Miró el reloj desde el teléfono de Aireen, todavía faltaban veinte minutos para la hora de la cena, ese móvil era lo único que tenía costoso de entre las pertenencias que había traído, más el bolso de la víctima, pero el teléfono probablemente costaba un riñón. Hasta ahora no había encontrado el tiempo para mirarlo, o tal vez había sido su miedo el que la paralizaba chequearlo. Sabía con certeza que nadie la había llamado, lo cual era de lo más extraño, pero temía encontrar algo en el dichoso iPhone... No podía entrar, tenía PIN. Probó varias combinaciones con los dedos temblorosos y nada. Frustrada, lo tiró sobre la cama, tenía un presentimiento de que algo importante iba a descubrir gracias al artefacto, pero al parecer no era el tiempo, debía descubrir cuanto más pronto cómo abrirlo.

Iba a salir cuando se lo pensó mejor, volvió y escondió el teléfono bajo el colchón de la cama. Más valía prevenir, igual estaba siendo paranoica, pero uno nunca sabía qué clase de gente había a su alrededor. Cerró la puerta de su habitación con suavidad y captó las voces que venían desde abajo. Sentía su corazón latir a un ritmo desenfrenado, mientras bajaba las escaleras tragando saliva.

Estaba parada justo en la entrada cuando pasaron corriendo las niñas, llevaban dos vestidos de color amarillo pastel y tenían ambas dos coletas que las hacía parecer aún más tiernas.

Dierdre también pasó llevando en la mano dos enormes bandejas con aperitivos. Eso debía pesar, *ella* no lo dudó ni un segundo y cogió una de las bandejas de la mujer, dejándola boquiabierta.

—¿Hacía a dónde, Dierdre? —La preguntó de manera servicial. La cocinera la miraba como si le hubieran salido tres cabezas.

—Hacía la izquierda. —Murmuró, contestando un tanto estupefacta.

La castaña se encaminó hacia el lugar indicado, cuánto más se acercaba las voces se podían oír más nítidamente, hasta que llegó a sus oídos algo que la dejó perpleja:

—*No me apetece nada hacer tratos con esa mujer, si la ha criado Delilah, debe de ser igual de avariciosa y caprichosa que ella.*

—*Pero Atticus, debes tener en cuenta que al fin y al cabo se trata de algo que le pertenece*

a Aireen por derecho. Debemos intentar hacer este trato lo mejor posible.

—Ella no aceptará, será igual de egocéntrica que su maldita abuela...

—¡Deja de hablar así de mi prima, Atticus! Está bajo tierra y no era tan mala...

—Sé la historia y sé todo el daño que te hizo.

—El pasado pisado está y ahora cállate que Aireen estará a punto de llegar. Ya verás que tu prima no es mala, es asombrosamente buena a pesar de que la ha criado Delilah.

Claramente se trataba de una conversación entre abuela y nieto. La voz masculina captó el interés de la castaña por completo. Era ligeramente áspera y profunda, algo que puso el vello de su nuca de punta y la dejó confundida porque no tenía explicación alguna para esa extraña reacción y sensación.

Un ruidito la sacó de su ensoñación, se dio la vuelta y vio a Dierdre mirándola con tristeza. —Tranquila, habla así porque no te conoce y bueno, a tu abuela por aquí mucha gente no la aprecia porque decepcionó a algunos, pero ya verás que cuando te conozca, tu primo te querrá.

La joven sonrió de manera forzosa y sin aliento, abrió la puerta. La primera persona que vio fue a Pearl, estaba junto a una mujer preciosa de cabellos rojizos y ojos tan verdes como el trigo verde. Era delgada y alta, tenía un porte y elegancia a pesar de llevar una cómoda blusa en color crema y un pantalón de cachemir del mismo tono. Tenía el mismo estilo que ella, solo que su ropa costaba mucho más que la suya, eso seguro, se podía respirar buena calidad mires por donde mires. El hombre cuya voz había escuchado estaba de espaldas. ¡Vaya espalda!

Llevaba un jersey fino y vaqueros, estaba informal y cómodo, su cabello era negro azabache y sus hombros parecían inmensos de lo anchos que eran. Ella podía notar los músculos marcarse bajo esa tela y que él estuviera claramente tenso, ayudaba mucho para poder contemplar esa espalda que dejó su boca seca. La altura de ese hombre impresionaba, no era demasiado alto, debía rondar entre el metro ochenta y tres, pero combinado con aquel cuerpo que no debía tener grasa fuera de su sitio, su aspecto físico dejaba deslumbrada a la más pintada y eso que siquiera le había visto por delante.

—¡Aireen! Por fin estás aquí. —Exclamó Pearl. Parecía nerviosa, su semblante la delataba a pesar de que en su afable rostro había dibujada una tierna sonrisa.

El hombre se dio la vuelta en ese instante y para ella, fue como si el tiempo se detuviera, la impresión fue tan grande que su respiración se cortó y sin darse cuenta abrió ligeramente sus labios sin dejar de mirar al perfecto desconocido, que estaba ante ella como si fuera un dios griego escupido por el artista que debía de ser el propio Universo.

Él parecía tallado en piedra, la miraba de una manera penetrante que la hacía sentir mil cosas que no llegaba a descifrar. Simplemente le observaba sin apartar sus ojos, como si de esa forma pudiera atisbar los nuevos sentimientos que estaba sintiendo en ese momento.

La castaña se dio cuenta que debía hablar, decir algo, pero las palabras no salían, finalmente se obligó y tomó el control de su ser, con una voz aterciopelada que no parecía la suya, contestó.

—Siento llegar tarde.

—No te preocupes, estábamos a punto de pasar al comedor. Mi nieto me acaba de presentar a su prometida, Esther.

“¿Prometida?” La palabra resonaba en su cabeza como un martillo que golpeaba la parte emocional sin contemplación. No comprendía la razón, pero que ese hombre macizo tuviera una pareja estable la hacía sentirse desgraciada. Eso no tenía sentido lógico porque él jamás se fijaría en su persona, teniendo a esa Barbie pelirroja a su lado. Si ese era su gusto, era improbable que siquiera se fijara en su mísera existencia. Pero, ¿en qué pensaba? ¡Estaba metida en un asesinato y

suplantación de identidad! ¡Cómo se le ocurría pensar con sus instintos más bajos! Aunque, eso sí, debía admitir que ese hombre era tan atractivo que la más pintada babearía por él.

—Aireen es un placer conocerte por fin. —Habló el dios griego y *ella* se sonrojó hasta la raíz del pelo. Seguramente tenía la ridícula pinta de una colegiala.

—El placer es mío, no tenía idea de que tenía familiares tan cerca de la ciudad en la que vivo. —Respondió calmada y se felicitó interiormente porque entre la situación tan enredada en la que se había metido y el tener delante a un hombre que con solo mirar le despertaba sensaciones olvidadas, cualquiera se desmayaría.

—Ya me imaginaba que tu abuela nunca te habló de nosotros. —Contestó Atticus entre dientes, asombrando a la invitada con la que pensaba hacer negocios al final de la velada.

—Bueno, pasemos al comedor. Seguramente Dierdre nos ha preparado algo muy rico para cenar. —Habló Pearl que parecía nerviosa cuando se abría el tema sobre Delilah y a *ella* eso no le pasó inadvertido en lo absoluto. Tenía el presentimiento de que aquella familia tenía muchos secretos y tan grandes como el mismísimo castillo de Caernarfon. Lo malo es que todo apuntaba a que ella era la llave del candado que abriría todos esos secretos. En su mente era como la caja de Pandora, le daba un poco terror abrir esa caja que siquiera le correspondía porque no era nadie y no pertenecía a esa familia, sentía que desataría cosas horribles, muchas sombras del pasado y, sin embargo, esa maldita singularidad de su carácter, de ser metiche y demasiado curiosa la hacía caminar hacia el candado deseando abrirlo y mirar en su interior.

—Así es. Para entrantes están estos aperitivos. Son canapés de salmón que creo os encantará. Para el plato principal me decanté por Tatws pum munud y el postre es helado de vainilla que solamente no probará Pearl, tiene mucho azúcar y no está bien para su diabetes. —Dijo Dierdre.

—Suenan deliciosos, pero, ¿por qué no me dejáis probar un poco de dulce? ¡Son navidades! —Exclamó la dueña del castillo, indignada.

—Abuela ya sabes lo que dijo el médico. Así que nada de azúcar. —La reprendió Atticus con cariño y la castaña y la pelirroja sonrieron viendo el amor que le profesaba a su abuela. Se veía a leguas que la cuidaba mucho y que su pérdida podría resultar impactante para él. Eso lo supo la falsa Aireen sin apartar la mirada del atractivo hombre, no hacía falta conocerle en profundidad para darse cuenta de ello. Sus ojos hablaban por sí solos al contemplar a la señora. Si supiera que esa misma mañana Pearl había comido dulces junto a *ella*, probablemente desearía matar a su supuesta prima con sus propias manos.

—¡Qué entenderá ese matasano! —Murmuró Pearl en respuesta, provocando la risa en todos.

Entraron en un amplio comedor. Sobre la mesa había velas, pronto Dierdre comenzó a servir los aperitivos. *Ella* se aguantaba las ganas de

levantarse y ayudarla. No estaba acostumbrada a que le sirvieran mientras estaba de brazos cruzados mirando.

—Bueno, Esther, debo reconocer que me ha impactado que os hayáis prometido, sobre todo porque no tenía conocimiento de que mi querido nieto tuviera una relación sentimental. —Empezó a hablar Pearl.

—Oh, bueno, es que es muy reciente señora Pearl. Nos conocemos desde hace tres años, pues yo soy la relaciones públicas de la empresa de su difunto esposo, nuestra relación con Atticus siempre fue laboral hasta hace dos meses que empezamos a salir. —Se explicó la bellísima pelirroja. Hasta su voz era una delicia de escuchar. Dulce y refinada al igual que su aspecto físico.

—Entiendo, me parece muy bien que trabajéis juntos y veo que el trato entre los dos es

cordial, pero un matrimonio es algo serio. ¿Estáis seguros de esa decisión tan precipitada? — Preguntó Pearl a la pareja con una expresión seria.

—El padre de Esther fue socio de papá. Ella tiene idea de los negocios de la familia y es una compañera excepcional en el trabajo, creo que, en la vida, también lo será. Es la perfecta para ser mi esposa, tenemos los mismos contactos y somos del mismo mundo. —Respondió Atticus en vez de su prometida.

Ella les miraba espantada. Nunca se habría imaginado que en esta época hay gente que se casa por conveniencia y estaba claro que esos dos estaban prometidos por eso y no por el amor que se profesaban. ¡Estaban locos!

—Yo no soy nadie para meterme en vuestras decisiones, sois grandecitos y es vuestra vida... —Empezó Pearl antes de callarse para tomar un sorbito de agua. El resto bebían vino. La mujer continuó al cabo de unos segundos. —Pero, opino que el matrimonio es mucho más que un negocio o un trato mercantil.

—Estoy de acuerdo... —Susurró *ella*, sin poder evitarlo.

—Perdona, ¿has dicho algo? —La preguntó Atticus con un tono de voz que demostraba que su intervención en la conversación, no le había gustado un pelo.

—No, no, nada. —Murmuró la castaña en respuesta, nerviosa y avergonzada por su exabrupto. Al fin y al cabo, estaba allí para cobrar una supuesta herencia y no para meterse en los problemas familiares de la gente.

Atticus la taladró con la mirada antes de hablar.

—Tú misma lo has dicho abuela. Te respeto mucho, pero esta decisión me concierne únicamente a mí y a Esther. Opinamos que nuestra unión puede ser beneficiosa tanto para nosotros como para los negocios que tienen ambas familias.

Así fue como la conversación concluyó y un ambiente cortante se apoderó de la estancia. Los invitados hablaban de manera respetuosa, pero distante. De esa forma la castaña que se sentía como un pececito fuera de su hábitat, pudo entender que Esther había estudiado en los mejores colegios y Universidad del país. Nada más y nada menos que en Oxford. Tenía conocimientos de varios idiomas, entre ellos el inglés, el galés, el francés y el español. —“¡Esa tía es una máquina!” —Pensaba mientras la escuchaba hablar. Por supuesto, Atticus no se quedaba más lejos, era igual de perfecto que su futura esposa.

Cuando llegó la hora del postre, se abrió el tema importante, el motivo por el que la verdadera Aileen iba a viajar hasta allí. —“¡Es hora de actuar!” —Pensó la muchacha y sugirió con una voz dulce: —Podemos tomar el postre en la sala, cerca de la chimenea, no sé por qué, pero desde que llegué estoy con frío.

—Oh, debes estar un poco resfriada. Tranquila, me parece una idea muy buena. —Contestó Pearl con un tono de voz caluroso.

Todos se levantaron de sus sitios y se encaminaron hacia la sala de estar principal. Awen y Rhian estaban allí jugando al parchís.

—¿Qué tal están estas hermosas princesas a las que no he podido saludar como debe de ser hoy? —Dijo Atticus y las pequeñas se tiraron sobre él, abrazándole y provocando su risa.

Ella se quedó embelesada, cuando estaba ligeramente enfadado era atractivo, pero verle sonreír era como tener un trozo del cielo en sus manos, su belleza masculina se incrementaba como diez veces más.

—¿Nos has comprado más caramelos de chocolate en forma de Papá Noel? —Preguntó Rhian

y Atticus sacó del bolsillo de sus vaqueros unos caramelos envueltos con motivos navideños. Las pequeñas empezaron a gritar de alegría y en ese instante entró la madre de estas con una sonrisa y mientras se limpiaba las manos en el delantal, dijo a sus hijas.

—No seáis impertinentes, niñas. Dejen respirar a Atticus. —Las niñas dejaron libre el cuello de Atticus y corrieron hacia otra dirección del castillo mientras su madre ponía los ojos en blanco.

Tanto Pearl como su nieto veían aquella escena con alegría y a la castaña le parecía hermoso, aunque al girar la cabeza y ver la expresión de Esther, su sonrisa se congeló de golpe. Estaba claro que la cercanía de jefes y empleados no le parecía adecuada ni por asomo.

Se sentaron en unos cómodos sillones y sofá de piel en color vino. El calor de la chimenea era reconfortante y el postre era perfecto en aquel ambiente navideño.

—No tenía idea Aireen que mi querido nieto se presentaría con esa bonita sorpresa que es Esther. Al parecer, además de tu llegada para estas navidades, tenemos más cosas que celebrar... Por fin podemos empezar a hablar sobre el motivo de tu visita. Por supuesto, era para que te conociéramos, pero como ya te expliqué muy por encima, también se trata de que tienes una serie de parcelas, inmuebles...de estas tierras que ahora te pertenecen. Nuestro abogado no pudo venir porque los caminos no están lo suficientemente seguros ya que la nieve a comenzado a caer con fuerza. Esta noche habrá caído tanto que la circulación de vehículos se dificultará. Pero, Atticus tiene toda la documentación en su poder, para informarte y mostrártelos.

—Muy bien. —Respondió *ella*, agradeciendo en su interior al mal tiempo. Sin embargo, si Atticus quisiera ver su documentación, ya tenía planeado algo que esperaba que resultará favorable para su persona.

—Siéntate al lado de Atticus. —Ordenó la señora del castillo a su especial invitada.

—¿Tienes la carpeta, cielo? —Preguntó Pearl. Su nieto asintió. Esther tuvo que apartarse del lado de su novio para dar su asiento a “Aireen”.

La castaña se sentó y tragó saliva al ver la forma en la que él abría una carpeta de color marrón oscuro. No podía apartar los ojos de sus dedos y la forma en la que movía las manos mientras ojeaba el taco de papeles. No podía explicarse, cómo algo tan simple podía excitarla, porque sí, estaba excitada, lo demostraban sus braguitas que estaban húmedas. Eso no la pasaba desde que trabajaba en la cafetería de la universidad para pagar los medicamentos de su abuela.

—Bien, Aireen...Comenzaré por lo que representa menor cantidad monetaria hasta llegar a lo que más costo tiene. Lo que le pertenecía a Delilah y ahora a ti, es lo siguiente: Unas parcelas al Este cuyo valor se debe tasar. Algunos muebles antiguos, cuadros y un anillo. El valor en conjunto, es tasado a tres millones de dólares y, por último, lo más importante, una parte del castillo que básicamente sería un gran comedor y diez habitaciones más una sala de estar y un ático. Ascende a dieciséis millones de dólares.

Se quedó sin respiración y el temor la invadió de una manera insoportable. Allí había mucho dinero, y estaba metida en el asesinato de la heredera de todo aquello. ¿Qué es lo que iba a hacer? Tampoco podía huir, no en este tiempo en el que el frío no tendría contemplación con su ser.

—¿Estás bien? —La preguntó Atticus con el semblante preocupado. *Ella* no respondió y él agarró su mano con una suavidad que la dejó aún más trastornada. El sentir las yemas de sus dedos en la piel de su mano, fue como si un rayo de electricidad recorriera su cuerpo entero. Él pareció notar esa reacción y en seguida apartó la mano como si la castaña le quemará, como si su contacto fuera como las llamas del fuego.

—Estoy bien, gracias. No tenía idea de que la cantidad de dinero fuera tan sustanciosa. — Comentó con voz quebrada, debido a los nervios.

—Para ti, debe ser un alivio, ya me contó mi abuela que estás pasando por un apuro económico. Es lo que sucede cuando una no sabe administrar su fortuna. —Respondió Atticus y ella le fulminó con su mirada del color de las hojas del otoño. La estaba llamando una derrochadora cuando era la mujer más ahorradora que alguien pudiera conocer. Llevaba sus cuentas de manera estricta y a rajatabla. Estaba a puntito de soltarle a ese guapo cuatro frescas, cuando recordó que no se lo estaba diciendo a ella, esas palabras iban dirigidas hacia Aireen. ¡Tenía que controlarse!

Levantó la mirada y se encontró con algo que la dejó bastante aturdida. En los ojos de Atticus danzaba el destello de la burla. ¡Efectivamente! Él había notado su cambio de humor y al parecer la furia que emanaba de la supuesta Aireen, le había divertido de sobremanera.

—Le puede suceder a cualquiera señor Atticus, pero sí, debo admitir que la cantidad tan generosa, me vendrá muy bien. —Contestó procurando no embrujarse por esos ojos que ahora la miraban tan fijamente que su corazón saltaba en su pecho como si deseará romper sus costillas, brincar y posarse justo en la mano de ese noble empresario. No se había dado cuenta, pero ahora que le tenía tan cerca se podía percatar que en sus ojos ambarinos había un poco de verde que le daba aspecto salvaje, pues la combinación con su piel olivácea era letal para el corazón de cualquier fémmina.

—Esperemos que esta suma le dure más. —Dijo él y ella jadeó enfurruñada porque le daba rabia que pensarán eso de Aireen. Era cierto que derrochaba mucho dinero, pero quién se creía Atticus Kellog a ofender de esa manera y a juzgar.

—Bueno, calma por favor. Atticus, explícale a Aireen lo que quieres hacer con la parte del castillo que le toca a ella. —Pidió Pearl, intentando que el ambiente tenso se disipará entre los dos jóvenes.

—Deseo reformar esa parte del castillo. —Habló él, yendo directo al grano. Eso le gustó a la castaña, le disgustaba la gente que daba rodeos, prefería que las personas fueran directas, honestas, abiertas y receptivas.

—¿Se trata de un negocio?

—Así es. Aunque no es un negocio de los más lucrativo.

—Explícate por favor. Sé que quieres comprar mi parte y desearía saber la razón.

—Tú no lo comprenderías. —Eso la ofendió, se veía a leguas que era un hombre abierto al mundo y, sin embargo, se cerraba a ella y eso la empezaba a mosquear.

—¡Pruébame! —El brillo que vio en los ojos de Atticus la dejó sin aliento. De repente la temperatura en aquella estancia subió varios grados y sintió un calor que empezó a ahogarla. No se había dado cuenta, de cómo había sonado al decir esa palabra.

—Con gusto. —Respondió Atticus con la voz ronca y en ese momento el vello se le puso de punta a la joven mujer cuyo secreto podía destrozar a muchos.

—En esta familia tenemos algunas tradiciones, mi abuelo se dedicaba además de a su empresa también a la beneficencia. A veces hacía cosas pequeñas como comprar comida y repartirla entre los más desafortunados y otras, donaba buena suma a instituciones que supuestamente tenían la intención de ayudar a niños huérfanos o a gente que se ha quedado en la calle y siquiera tiene lo básico para vivir. Al cabo de un tiempo, comprendió que muchas de esas instituciones eran una farsa. Usaban a gente de buen corazón para hacer sus propios “negocios”. Comprender que su dinero no había ayudado a casi nadie, fue un golpe y antes de morir inició un proyecto que yo pude

encontrar en su despacho que ahora me pertenece a mí.

—Empiezo a imaginarme de lo que puede tratar el proyecto, pero por favor, continua. —Pidió ella sintiendo una profunda admiración hacia el viejo Kellog.

—Quiero reformar esa parte del castillo y convertirla en un orfanato, será algo pequeño, pero perfecto para que los niños encuentren buenos hogares y mientras eso, crezcan en un sitio como este. Esa fue la última voluntad de mi abuelo.

El corazón de la castaña se llenó de calor y se sintió el triple de culpable. De la firma de Aireen dependía que estos niños tuvieran un hogar y que los Kellog cumplieran con la voluntad del que había sido señor del Castillo de Caernarfon.

Si dijera que la heredera está muerta todo se solucionaría, pero la que estaría mal sería ella. Mientras reflexionaba una bombilla se encendió en su cabeza. Tendría que intentar conseguir las dos cosas. El hogar para los pequeñines y su propio bien estar. Era culpable de meterse donde nadie la llamaba, pero no era la que había asesinado a la desgraciada Aireen.

—Me parece un proyecto hermoso y estaré encantada de venderte mi parte. De hecho, a mitad de precio o menos...

—¿En serio? —Preguntó Atticus con una ilusión que derritió los corazones femeninos.

—Así es. Iré a por mí documentación. Aunque no esté el abogado, podemos firmar algunos papeles y supongo que el esposo de Dierdre nos ayudará en cuanto venga.

—Ya estará al caer. Muchas gracias Aireen, te aseguro que te recompensaré con buena suma, pensaba pagarte el precio que cuesta, pero si en verdad estás de acuerdo por menos cantidad, estoy encantado, no puedo negarlo. Este proyecto cuesta mucho y a la larga, pues disponer de ropa y comida para al menos treinta niños, es tarea ardua.

—Lo entiendo. Es admirable lo que quieres hacer por los menos favorecidos. —Respondió “Aireen” con una dulce sonrisa.

A continuación, se levantó y se encaminó hacia su habitación. Era hora de actuar y tal vez tendría la posibilidad de salir airoso de toda aquella situación que parecía tan surrealista, pero era tan real como la vida misma.

Capítulo 6

Con pasos apresurados fue a la chimenea y apagó el fuego, ya hacía un calor bochornoso. Tan solo él había quedado en la sala, pensativo y confundido. Esther ya le había invitado de manera de lo más sugerente a su alcoba, pero él necesitaba refugiarse en la soledad, refugiarse en la protección que le daba la penumbra de ese salón donde había compartido recuerdos que atesoraría para siempre en su corazón, remembranzas junto al hombre que le había convertido en la persona que era ahora, su abuelo. Le echaba de menos, ahora mismo era cuando más estaba necesitado de sus sabios concejos, pero muy en el fondo de su corazón sabía que él le observa como un ángel de la guarda.

Miró el retrato de su abuelo sobre la pared de enfrente. Su mirada irradiaba poder, decisión y a su vez compasión. Había tenido una suerte enorme de pasar su niñez con sus abuelos y no con sus padres, pues estos eran muy diferentes a los dueños del castillo. Fríos, sin compasión alguna por el prójimo, vacíos en el alma. Recordaba días muy solitarios a su lado, mientras que con sus abuelos la sonrisa de su rostro nunca se borraba. Era extraña la personalidad tan ególatra de su padre, teniendo en cuenta que le habían criado dos personas maravillosas. El dinero le había cegado y se había casado con una mujer al igual de narcisista que él. Su madre. No deseaba pensar de esa forma en ellos, pero nunca le habían dado ni pizca de cariño, eran unos completos extraños para él.

Resoplando se dirigió al despacho de su abuelo, fue hasta el escritorio y acarició con las yemas de sus dedos la superficie de madera, abrió el primer cajón y sacó los puros de su abuelo, seguían en su cajita intactos. Empezó a fumar y al aspirar el humo sintió tranquilidad. Pensó en los acontecimientos del día y al recordar la forma en la que Aireen quemó su documentación, empezó a reír. Esa mujer era un dolor de cabeza, se veía claramente desde lejos.

—Oh, querida has tardado mucho, estábamos a punto de tomar algo. ¿Qué deseas? — Había dicho Pearl, al verla llegar a la sala de estar sofocada. Las dos pequeñas, Awen y Rhian estaban acurrucadas junto a los pies de su madre, sobre una alfombra de pelos en color gris. Dierdre se había puesto a tejer una manta enorme. Atticus estaba sentado en el sofá junto a su prometida que no paraba de parlotear sobre un vestido de chanel que había visto en la vitrina de una lujosa tienda de la ciudad. Pearl se sentaba en uno de los sillones mientras que Marcus estaba enfrente de ella. Ambos tomaban una infusión, mientras el resto se había decantado por una taza de cacao caliente.

—Oh, sí, es que todavía no me he instalado y bueno, he tardado en encontrar la documentación. —Respondió ella y todos la miraron extrañados. Algunos, incluido Atticus pensaron que se trataba de una muchacha muy torpe ya que no era normal iniciar un viaje y olvidarte de lo más importante: La documentación.

—Mi nombre es Marcus, soy esposo de Dierdre y contable de la familia. Estaré encantado de ayudarlos a proceder con la venta. Tengo también estudios notariales y aunque no ejerzo, creo que puedo ayudar en esta ocasión. —Había hablado el contable, un hombre apreciado en la comunidad y siempre educado.

—Encantada, como sabrá soy Aireen, he traído los papeles...

Justo cuando decía eso, la mujer se tropezó con la alfombra, provocando un gritito en las

durmientes niñas, el cacao de Dierdre se cayó manchando la costosa alfombra y la castaña gritó espantada al caérsele la documentación en el fuego que ardía en la bonita chimenea. De esa forma confirmó que era una mujer torpe. Después se echó a llorar de manera muy dramática y mientras las mujeres la calmaban, los hombres miraban atónitos la situación. Habían intentado sacar el pasaporte y el resto de documentos de Aireen, pero estos ya estaban tan chamuscados que no servían para nada.

—No te preocupes, lo arreglamos después de las navidades. —Había dicho Pearl con tristeza al ver que la joven lloraba a lágrima viva. Atticus se había puesto furioso porque ya deseaba empezar con el proyecto que dedicaría a su abuelo. La velada había transcurrido entre lágrimas que después dieron paso a risas debido a la situación tan ridícula y surreal.

Ahora estando solo y recordando aquello, reía en voz alta. Esa prima suya era una mujer tonta, pero muy bella eso sí. No era frívola, como él se había imaginado. No, se veía que tenía un corazón tierno. Por muy mal que sonará, no había podido apartar la vista de su perfecto rostro. Labios pequeños, pero jugosos, ojos grandes que recordaban a un otoño por el día, mostraban tranquilidad y a su vez tormenta, furia, carácter fuerte que ni ella misma sabía que poseía. Esos ojos, rodeados de pestañas gruesas y negras en contraste con sus sedosos cabellos y sus alegres luceros podían quitar el hipo.

Su aspecto físico difería totalmente de la imagen que él se había formado antes de conocerla. Su forma de vestir era extraña, teniendo en cuenta su posición, su aspecto exterior mostraba al mundo a una chica normal sin nada que destacar, una mujer que inclusive podía pasar desapercibida en la mayoría de ocasiones, pero si uno se fijaba mucho, podía descubrir algo tan único y especial como una estrella que alumbra la noche. Cuando se ponía nerviosa, mordisqueaba su labio inferior de una manera deliciosa. Por un momento, durante la extraña velada, sintió la necesidad de mordisquear esa dulce parte de su anatomía él. Luego se reprochó porque era su prima y tenía una prometida. Esther era la mujer de su vida, sin duda. Tal vez, todo se debía a que la idea de casarse le asustaba, por ello su cerebro se la estaba jugando. No debía hacer caso a sus instintos más bajos, porque mujeres bonitas las había por montones, pero una esposa de buena familia y que entiende de negocios, no.

Finalmente apagó su puro y decidió intentar conciliar el sueño. Dejarse caer en los brazos de Morfeo.

La mañana dio la bienvenida al Castillo de Caernarfon siendo tan blanca por la nieve acumulada que la navidad empezaba a respirarse en el aire. Atticus despertó con un ligero dolor de cabeza que se centraba en su sien. Buscó una aspirina en los cajones de su mesilla de noche y al encontrarla, murmuró. —Aleluya.

Hoy era su día de descanso, al menos eso había decidido, pues debía hablar con su abogado y centrarse otra vez sobre el proyecto. Se sentía tan emocionado, ya sabía que los dormitorios serían en la segunda planta y que los decoraría en colores azules, para los niños y rosas, para las niñas. Pronto tendría que contratar una profesora interna que se encargaría de ayudarles con sus deberes del colegio y de jugar con ellos, además de vigilarles. También tendría que contratar un buen cocinero, tan bueno y talentoso como lo era Dierdre. Se levantó con cuidado para no despertar a Esther, aunque era improbable ya que su prometida dormía como un tronco. Le resultaba triste la poca emoción que ella mostraba en su proyecto, pero sabía que no era dada a mostrar sus emociones, así que lo pasaba por alto, intentando hacer todo el esfuerzo de crear ese orfanato con una sonrisa en el rostro y un amor que calentaba su corazón.

Se duchó en un santiamén y bajó a la cocina hambriento, eran todavía las siete de la mañana y casi todos seguían dormidos, excepto Rhian y Awen que probablemente comían cereales en su habitación viendo por la tele algún dibujo animado.

Para su sorpresa vio a su prima que batallaba con el grifo que tenía toda la pinta de estar roto, pues el agua salpicaba de manera descontrolada y la encimera de granito ya estaba hecha un cristo y el suelo resbaladizo por los chorros que habían empapado a Aireen por completo. Para la desgracia de Atticus, su recién conocida prima no llevaba sujetador y sus pechos se marcaban de una forma descabelladamente erótica, el color de sus pezones se podía notar a la perfección, un color rosado hermoso. La blusa que llevaba Aireen era blanca y no ayudaba en nada porque transparentaba mucho. Atticus sintió terror al comprobar que su miembro se endurecía de una manera terrible al observar a su prima, mientras esta siquiera se percataba de su mirada lasciva.

Él tosió con nerviosismo, intentando calmar ese sentimiento que estaba naciendo en su interior, algo que nunca antes había conocido. Sí, había deseado a muchas mujeres, pero jamás de esa forma primitiva que provocaba en su cerebro imágenes sensuales de cómo tumbaba a la castaña sobre la isleta y arrancaba sus bragas para poseerla de mil y una formas. En ese instante ella advirtió su presencia y le gritó, exigiendo ayuda.

—Pero, no te quedes allí, hombre. ¡Ayúdame!

—No parece tener buen humor por las mañanas. —La respondió Atticus, divertido, pero su sonrisa se borró de su rostro tan rápido como apareció. La castaña le taladraba con sus ojos y por extraño que pareciera, esa faceta de tigresa cabreada, le resultaba muy interesante. El moreno, obligó a sus piernas moverse, agarró el grifo, pero el agua salpicaba con tanta fuerza que no tardó en empaparse al igual que Aireen que le miraba con los brazos cruzados.

—¿Cómo demonios pasó esto? —Preguntó Atticus mientras ella se reía, al parecer su lucha contra el maldito grifo le resultaba de lo más divertido.

—No lo sé, simplemente quería llenarme un vaso y esta cosa se puso como si fuera poseída por algún demonio acuático.

—Ven, ayúdame. —Pidió Atticus y ella se acercó lentamente. Juntos agarraron el grifo y entonces él logró ver que el problema estaba en el aireador, pues no estaba bien sujeto. Apretó con fuerza y comenzó a enrollar el aireador en la boquilla del grifo mientras el chorro del agua cada vez empezaba a regularse y a fluir a una velocidad óptima.

Cuando ya estaba todo normal, ambos se fijaron en el desastre que les rodeaba. La encimera y el suelo estaban hechos un asco. Los dos respiraron hondo antes de mirarse uno al otro.

Inmediatamente Atticus pensó que había sido una pésima idea centrar su atención en sus bellos ojos, pues lo que veía en ellos era pura sensualidad que le envolvía de manera alarmante.

La respiración masculina se hizo aún más pesada de lo que ya estaba, el rostro de ella era tan perfecto que no parecía una humana, no, debía de ser una hechicera de un planeta lejano que había entrado en su vida para volverle loco, para hacerle perder el control que llevaba teniendo desde que recordaba.

Repentinamente la vista de ella bajó hasta los labios de él, fue tan sólo por unos segundos, pero era suficiente para mostrar sus intenciones.

Atticus no lo pensó, fue como si un animal se apoderará de su ser, un ser cuyo razonamiento no funcionaba. La abrazó por la espalda y la atrajo hacía sí como si la vida le fuera en ello. Un deseo arrollador se apoderó de ambos y fue como si se adentrarán dentro de una burbuja cuyo color debía de ser de un rojo intenso, un ambiente tan erótico que gritaba que ambos se sintieran uno al otro de una manera profunda, mucho más allá de un par de besos húmedos y calientes.

—¿Qué estás haciendo? —Le preguntó Aireen con la voz temblorosa y ronca.

—Algo que tu mirada suplica. —Respondió él con la voz aterciopelada.

—¿Y qué es, según tú? —Preguntó la castaña con la ceja izquierda levantada, estaba claro que pretendía mostrar frialdad y distanciamiento, pero no lo iba a lograr, no después de que él viera la pasión en su mirada.

Era extraño, pero sus cuerpos se atraían como si fueran imanes y aunque aquello tenía poco de lógico y práctico, era tan bello y fascinante que se sentían más vivos de lo que alguna vez se hubieran sentido.

Atticus no respondió con palabras, en vez de ello, prefirió utilizar la comunicación más antigua y más primitiva, el baile más sensual entre una pareja, acercando sus labios a los suyos y probando la delicada carne femenina con dulzura. Era suave, apenas había contacto y, sin embargo, podía sentir los latidos de corazón desbocados de Aireen. Ella entreabrió sus labios, invitándole, dándole permiso imperceptiblemente y un tanto, inconscientemente, a explorar su boca.

Él no la defraudó, su tacto suave se tornó en salvaje y hambriento por descubrir hasta dónde llegaría ese deseo electrizante que les hacía sentir que no eran dueños de sus propios cuerpos.

Un carraspeo les interrumpió y cuando se separaron como si supusiera una dificultad abismal y vieron a Dierdre mirarlos con los ojos abiertos de par en par, el mundo se detuvo.

—Dierdre, ¿qué haces aquí! —Exclamó Atticus con una voz chillona que en otras circunstancias habría resultado algo muy gracioso.

—¡Trabajo aquí! Debo empezar a preparar el desayuno, señorito Atticus y señorita Aireen.

La pareja se sonrojó de una forma intensa hasta la raíz del pelo. Parecían dos colegiales y la cocinera estuvo a punto de reírse por la cara que habían puesto. En sus rostros se podía ver la vergüenza y la culpa reflejadas.

—A Aireen le entró una pestaña enorme en el ojo y tuve que ayudarla. Contestó el moreno sin que nadie le preguntará. Las dos mujeres le miraron como si fuera tonto.

—¿Enserio? —Le preguntó Aireen con un tono agrio.

Atticus se dio cuenta que su mentira era estúpida y, además, se rebajaba como hombre al no admitir que ese beso lo había deseado tanto como su prima o incluso más.

—Nos besamos y me agrado. —Habló tras una larga pausa.

Dierdre le miró con aprobación y dijo. —Debes ser un hombre de los pies a la cabeza, tal y como te educaron Atticus. Tú decides, pero la sinceridad es siempre el mejor camino que tomar.

Él asintió y con voz profunda y oscura, contestó. —Creo que debo hablar con mi prometida.

Salió de la estancia pensando que en realidad había tenido suerte, pues ahora comprendía con toda claridad lo nefasto que sería un matrimonio con alguien que ve como una buena compañera, pero no esposa. No, el matrimonio debía basarse en algo más que en meros intereses. Debía admitir, sin embargo, que, aunque no se consideraba un cobarde, estaba aterrorizado por la reacción de Esther, dañarla era lo último que habría deseado, era una buena mujer y no se merecía esto, sin embargo, debía detener el circo antes de que lo lamentarán los dos.

Subió las escaleras diciéndose lo mucho que cambiaba todo con la llegada de Aireen, esperaba que su abuela al enterarse de esto, no se sintiera defraudada por su comportamiento. ¡Era su prima, por el amor de dios! Pero tenía algo... Algo muy parecido a una espina de una rosa que se te metía bajo la piel de una manera desconcertante.

Al llegar hasta la puerta, dudó en si entrar, pero se obligó a ser valiente. La mujer era una criatura mágica que el respetaba mucho, daba la vida y merecía respeto y comprensión. Saber que

de cierta manera haría mella en un corazón femenino, provocaba que su tripa se revoliera.

Giró el pomo y al ver a Esther sentada en la cama peinando sus cabellos del color del fuego, sintió que el estrés aumentaba aún más. ¡No podía echarse atrás! Sabía ya con certeza que su matrimonio no podría funcionar con la despanpanante pelirroja que estaba frente a él. Era hermosa y, sin embargo, no provocaba nada en él, no hacía que su corazón latiera a un ritmo desorbitadamente veloz. En realidad, jamás había sentido eso con una mujer, tan sólo Aireen le había provocado eso, un hecho que le hacía enfadarse consigo mismo y avergonzarse por ese comportamiento que no hacía simbiosis con sus principios y valores de vida.

Esther le vio y le dedicó una cálida sonrisa que retorció su corazón.

—Buenos días, mi amor. —Habló ella con su característica serenidad.

—Esther, creo que tenemos que hablar. —Dijo él, percibiendo la forma en la que la mujer inmediatamente se tensó.

—Esa frase nunca es algo bueno. —Respondió con amargura. Su expresión había cambiado por completo. La serenidad se había esfumado y en sus rasgos solo se podía divisar una amargura que acrecentaba el sentimiento de culpa en él.

—A la larga te darás cuenta que lo mejor es romper esto antes de llegar más lejos. Nos apreciamos, pero no de la forma en que debe hacerlo un marido y esposa.

—¡Vas a anular el compromiso! —Gritó Esther como loca, dejando perplejo a Atticus. Nunca antes había podido contemplarla tan iracunda. No parecía razonable y hasta cierto punto lo comprendía, pero no del todo ya que sabía con certeza que ella tampoco le amaba a él. Se iban a casar por conveniencia y ambos lo sabían desde un comienzo.

—Lo he pensado mejor y no creo que nos lleve a un buen camino. Los dos no nos damos cuenta de la importancia de un matrimonio, no se trata de algo pequeño. Se trata de algo que debe ser para toda la vida.

—¡Y una mierda! Lo que sucede es que te pone tu maldita prima. —Bramó Esther, dejándole petrificado por la razón que tenía. Al final iba a resultar cierto que las mujeres poseen un sexto sentido para estas cosas.

—¿Te crees que me chupo el dedo? Desde que la conociste anoche no apartaste la vista de esa furcia.

—Cuidado con lo que hablas Esther, sé que estás enfadada, pero contrólate. —La respondió Atticus, extrañado por que le haya molestado tanto que Esther haya ofendido a su prima. Tal vez se debía a que eran familia, al fin y al cabo. Ese recuerdo de que eran parientes le hacía desear morir.

—¿Qué pasó a noche? ¿Te quedaste a solas con ella y os acostasteis? Una arpía esa Aireen, lo supe desde que la vi, estoy segura que es una mentirosa que hace de perlas su papel de mosquita inofensiva. Esa tía os meterá en un lío de primera y luego verás Atticus, que estás cometiendo el peor error de tu vida. Hasta ayer tenías muy claro y decidido nuestra unión, sabes tan bien como yo, que es perfecto para nuestros intereses, las empresas y las dos familias. ¡Lo que estás haciendo ahora es una tontería tan grande como una casa!

Esther salió de la habitación, agarrando su chaqueta de malos modos y saliendo del castillo echando humo por las orejas. El ruido de la puerta cerrándose estruendosamente hizo que Atticus diera un respingo. En ese instante sintió que todo se le escapaba de las manos o que sencillamente había ingresado en otra realidad alternativa sin haberse enterado. Lo que no imaginaba es que, en la planta de abajo, alguien había oído toda la discusión y ahora sentía el triple de peso y culpa en

sus frágiles hombros.

Para *ella*, era como si hubiera mandado a la porra los diez mandamientos bíblicos. Si existían el paraíso y el infierno, seguramente el diablo le había dejado una plaza especial allí donde el fuego ardía por la eternidad, quemando a los pecadores que habían osado desatar el caos. Recordó haber leído algo sobre la Teoría de la Mariposa: **«El leve aleteo de las alas de una mariposa se puede sentir al otro lado del mundo»** Toda acción produce causa y efecto y ella había tomado decisiones que la metían de un agujero negro sin salida aparente a otro. Realmente empezaba a tener unas ganas tan terribles de chillar, de gritar el secreto que sabía y temía revelar.

Lo peor de todo, es que empezaba a apegarse a esa gente que recién acababa de conocer, eran tan buenos que era imposible no sentir admiración y aprecio al conocerles. Esa misma gente a la que mentía sin piedad alguna, esa misma gente que acabaría odiándola porque era un monstruo. No había otra palabra que pudiera definirla.

Capítulo 7

—Vamos Aireen, hay nieve, podemos hacer un gran muñeco. —Llamaba su atención Awen haciendo pucheros porque no la prestaba atención.

—Lo siento pequeña, pero tengo cosas que pensar y no estoy de humor para jugar, tal vez después. —Contestó sin siquiera mirar a la niña, tan sólo deseaba quedarse a solas y analizar lo que sucedía a su alrededor a una velocidad tremenda que le impedía asimilar las cosas.

—No debes preocuparte por haber besado a Atticus, es guapo, así que es comprensible, además esa prometida suya no me caía bien. —Dijo Awen y *ella* se quedó turulata.

—¡Awen! ¡No debes curiosear y meterte en los asuntos de los mayores! La regañó y la pequeña la miró con los ojos abiertos como platos. Los tenía enormes y muy bonitos, era imposible resistírsele al igual que a su hermana.

—No lo hago queriendo, es que tengo las orejas grandes y habláis muy en alto. —Contestó Awen y a “Aireen”, la costó no echarse a reír. La expresión de la niña era la típica que hacían los pequeños cuando rompían algo y se hacían los inocentes.

—¿No me digas? Eres una renacuaja más lista que el hambre.

Awen empezó a reír a carcajadas y la castaña no pudo evitar sonreír, en ese instante Pearl irrumpió en la pequeña salita que usaba para costura y para tomar el té algunas veces. Se podía afirmar que ese era su lugar favorito de todo el castillo y no era porque tuviera algo en especial o diferente al resto de estancias, sino porque allí se respiraba paz. Era en color rosado y la vista que se divisaba era espectacular. Precisamente se veía la estatua de ángel que había hecho con sus propias manos el bisabuelo de Atticus.

—Me ha llegado a los oídos querida, que esta mañana han ocurrido algunas cosas bastante interesantes, sobre las cuales me gustaría saber más detalladamente. —Dijo Pearl, sin andarse de rodeos. *Ella* sintió su corazón detenerse, seguro que la mujer la iba a echar o le iba a gritar hasta que sus orejas la dolieran.

—Así es. Pasó algo que nunca me habría imaginado. —Susurró en respuesta.

—Pues te parecerá extraño, pero yo sí que lo imaginé. —Comentó la mejer, sorprendiéndola.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó la castaña, frunciendo su pequeña nariz de una forma encantadora.

—Soy ya tan vieja que esas cosas las noto enseguida, querida. Entre tú y Atticus hubo atracción física desde el primer momento en el que os visteis. —Respondió Pearl con una sonrisa.

A *ella*, le pareció extraño el buen humor de la mujer. Se suponía que debía pensar que es una destroza hogares y de cierta forma lo era, pero Pearl la miraba como si toda la situación fuera de lo más normal y nada absurda.

—¿Cómo es que no quieres tirarme de los pelos? He destruido el compromiso de tu nieto. —Dijo sin poder resistirse.

—Estoy en contra de todo compromiso exento de amor, así que no tengo por qué estar enfadada contigo, al contrario, te lo agradezco. Me parece que tú y mi Atticus debéis hablar muy seriamente.

—Lo nuestro jamás podría llegar a ser... —Murmuró con tristeza, pues ella no era lo que él creía y, además, era una especie de cómplice de asesinato... Bueno, cómplice no, pero sí una

criminal porque estaba segura de que lo que había hecho era ir en contra de la ley.

—¡Tonterías, niña! Sois primos muy lejanos, nadie dirá algo malo sobre esa relación, créeme. Os gustáis y puede que entre ustedes pase algo inolvidable, si tuviera tus años, probaría mi suerte. —Dijo Pearl, dejando a su invitada, perpleja.

—¡No me mires así, niña! ¿Tienes idea de cuántas personas llegan a sentir semejante atracción a primera vista? —La preguntó, divertida, con un tono muy jovial.

—No tengo ni remota idea. —Respondió sin salir de su estupor.

—Pues de mil, sólo una pareja, y esa cifra es bien exacta, querida. Aprovecha porque igual pasan los años y llegas a mi edad y te das cuenta que nunca has vuelto a sentir semejante torbellino de emociones como con mi nieto, que, por cierto, es todo un hombre. De esos ya quedan pocos, cielo.

—Pearl, parece que me lo está vendiendo, está esto peor que la tele tienda. —Respondió, empezando a reír y Pearl la acompañó con una carcajada.

—No necesito vendértelo querida, tú ves con tus propios ojos el tipo de hombre que es mi nieto. Es generoso, educado, trabajador y directo en sus intenciones. Es igualito a su abuelo... — La voz de Pearl se tornó en más oscura repentinamente, debido a los recuerdos que la invadieron en ese momento.

—¿Hay algún retrato de su difunto marido? —Preguntó con curiosidad.

—Oh, sí. Hay uno en el despacho, te lo mostraré encantada, verás que incluso de aspecto físico son iguales. Aunque en el retrato mi esposo ya es de edad avanzada, se notan los rasgos tan similares que tienen ambos.

—¿Solo tienes un retrato? —Preguntó la castaña, extrañada. Lo normal sería que tuviera un montón de fotografías de su amado.

—Cada persona experimenta el dolor de una forma. Yo escondí todas las fotografías de mi esposo para no recordar que se fue, para no rememorar una y otra vez el fatídico día. —Se explicó Pearl con la voz quebrantada por el dolor.

Ella la miró con tristeza, sintiéndose impotente ya que no podía mitigar su dolor. La pérdida era demasiado grande. Debía de ser además de esposo, un gran compañero de vida, su todo. Mientras reflexionaba sobre eso, sintió como si una luz la iluminará y esclareciera sus pensamientos respecto a un gran dilema que sentía, desde que sus labios habían tocado a los de Atticus Kellog. Todavía sentía miles de mariposas en sus tripas revolotear, deseando con ansias volver a probar esa dulce miel para ver si seguía sintiendo su corazón latir más vivo que nunca. Si Pearl tenía razón y efectivamente, eso sucedía de cada mil personas a tan sólo una pareja, debía aprovechar la oportunidad de conocer al hombre que lograba hacerla suspirar... Sí, luego él la odiaría, pero resguardaría esos momentos como si de un tesoro se tratará.

—Lo estás considerando. ¿cierto? —Preguntó Pearl, que ahora tenía la mirada sobre ella. Parecía traspasarla y hablar con su alma. Esa mujer le daba miedo, pronto entendería cómo es ella y ataría los cabos porque era astuta e inteligente.

—No había sentido nada semejante con un simple beso, con ningún hombre anteriormente. — Admitió y se sonrojó como una virgen mientras Pearl reía encantada y orgullosa de su nieto.

—Haríais linda pareja y no vives tan lejos, podría funcionar, querida. Eres muy diferente a como yo te había imaginado y cada vez, estoy más encantada contigo. —Dijo Pearl y *ella* no supo qué responder. Tan solo pensaba que sí en verdad la conociera, seguramente se asquearía de su persona.

—¡Aireen! Quiero hablar contigo. —Era la voz de Atticus la que había interrumpido la conversación que mantenía con Pearl. Sintió su respiración cortarse, terror de lo que él la iba a decir, pero debía enfrentar esa charla, debían reflexionar los dos sobre lo que había pasado. El lado poético de la castaña la decía que quizá su alma buscaba la suya, pero su lado consiente la decía que el estrés la hacía delirar. La única certeza que tenía, es que, si no volviera a ver a ese desconocido que creía ser su primo, lo extrañaría.

—Sí, claro. —Respondió con voz bajita y se levantó mientras Pearl la daba ánimos con la mirada.

Siguió los pasos del joven empresario mientras se retorció las manos, nerviosa. Llegaron hasta un despacho cuyas paredes estaban pintadas de un color marino intenso, un escritorio de madera oscura y una estantería llena de libros adornaban la estancia. Las cortinas eran de color blanco, el único punto de luz y eran bien espesas para que el frío del invierno no logrará pasar a través de la ranura de la vieja ventana. Inmediatamente buscó con la vista algún retrato y al verlo se asombró, era tal y como Pearl decía, el viejo Kellog tenía los mismos rasgos que su nieto, o más bien, su nieto se le parecía mucho. En la fotografía se veía al hombre ya con una edad más avanzada, pero a pesar de ello, irradiaba magnetismo, autoridad y masculinidad, singularidades que Atticus había heredado.

—Bueno... Empieza, por favor. —Dijo la muchacha a punto de desmayarse por la ansiedad.

—He podido oírte... —Empezó Atticus y ella le miró sin comprender.

—Te oí mientras hablabas con mi abuela. —Admitió el moreno, sonrojado.

—¡No deberías curiosear! —Exclamó indignada, sus ojos echaban llamas de fuego, parecía una institutriz enfadada y a él le pareció una reacción tierna y a su vez sensual.

—No era mi intención. Mientras venía de las antiguas caballerizas, por casualidad oí vuestra conversación.

—Tal vez no fuera tu intención oírnos, pero sí fue tu decisión escuchar como un chismoso toda nuestra plática con Pearl.

—Eso no lo puedo negar, y debo admitir también, que lo que mis orejas oyeron, me agrado y mucho. —Respondió con una voz sensual y dulce. La estaba seduciendo de una forma descarada y a *ella* eso la entusiasmaba, aunque no quisiera admitirlo y menos ante él.

—¿A qué te refieres? —Le preguntó sintiendo sus mejillas arder.

—Sabes muy bien a lo que me refiero. —Respondió él, como si estuviera esquivando la pregunta.

—¡Sé directo! —Ordenó la castaña con voz autoritaria, provocando que las comisuras de los labios de él se curvarán de una manera deliciosamente atractiva.

—Bien, seré directo, aunque me temo que te asustes y corras como un conejito perseguido. Esto es tan nuevo para mí como para ti ya que al igual que tú, yo jamás he sentido algo tan confuso y a su vez fuerte con una mujer.

Esa admisión la dejó sin respiración. Las cosas en Gales transcurrían de una manera imprevisible que se le estaba escapando de las manos. Su cerebro gritaba que esto es una locura, pero una parte de ella clamaba por pasar momentos inolvidables con ese hombre. Lo suyo era algo imposible, aunque no estuviera implicada en una muerte trágica y horrible. Eran de dos mundos diferentes... Pero, tenía la oportunidad de disfrutar de más besos, de conversaciones a la luz de la luna y de conocer a un hombre extraordinario como lo era Atticus.

—Eso quiere decir que quieres conocerme y que no te importa que seamos pri...

—¡No lo digas! Por favor... Somos parientes muy lejanos y la respuesta es sí, deseo conocerte mucho más Aireen.

Se le rompió el corazón al oír en sus labios el nombre de Aireen, deseaba oír el suyo propio, gritar que ella no se llamaba así, pero no podía. —“*¡Soy una cobarde de mierda!*” —Pensó y con una sonrisa forzada, le respondió al hombre que la hacía sentir en las nubes. —A mí también Atticus.

—Con esta nieve mucho no podemos hacer, me habría gustado llevarte por un tour por nuestras tierras, pero aquí en el castillo también hay mucho que ver. Ya me han dicho que viste las dos torres y algunas habitaciones de esta ala.

—Así es, las niñas fueron muy amables, enseñándome las torres. Lo cierto es que tengo curiosidad por saber más y ver cada esquina.

—Pues no perdamos el tiempo. Te contaré la historia de este castillo y con gusto te lo mostraré habitación por habitación. Así pasaremos más tiempo juntos para descubrir si lo que sentimos es real y en caso de que así sea, a dónde nos va a llevar.

Era la persona más responsable, razonable y amable que había conocido, deseaba ver mucho más, tanto del castillo como del hombre que podía besar tan tiernamente como el rocío de la mañana y a su vez tan apasionadamente como si fuera un volcán en plena erupción.

—Me parece una idea excelente, me gustaría saber tanto de este lugar como de ti. —Admitió con timidez, causando en él un sentimiento de ternura al contemplarla.

—Ponte algo por encima, el tour empieza ahora. —Dijo Atticus con una sonrisa de oreja a oreja. Parecía sentirse como un adolescente, no comprendía la felicidad tan grande que sentía, si simplemente iban a pasar un rato juntos paseando. Según la ciencia, era imposible enamorarse tan rápido de una persona. El amor nacía a través de la convivencia larga, el deseo era más probable de sentir con tanta rapidez y, sin embargo, estar junto a ella le empezaba a hacer sentir completo. Ese pensamiento irracional e incomprensible tanto como desconocido, le llegaba a asustar.

Lo más prudente era no exaltarse, ser cauteloso e ir lentamente. Dando pasos que antes ha reflexionado. Por ahora serían “amigos” que se atraen, si llegaba a algo más, solo el futuro se lo podría mostrar, reflexionaba el joven hombre.

Ella asintió con la cabeza y dijo. —Espérame en la entrada, estaré lista en un periquete.

Se puso un jersey grueso que llegaba casi hasta sus rodillas y bajó por las escaleras emocionada como una niña por el tour que la esperaba.

Pearl la vio correr como a la velocidad de luz y empezó a reír. Desde hacía mucho en su hogar no había habido felicidad, siquiera las entrañables Awen y Rhian lograban mitigar el dolor de la pérdida de su esposo, con sus bromas, risas y juegos infantiles.

—Brrr, hace frío. —Murmuró frotándose las manos.

Atticus abrió la puerta principal, dejándola en el rellano un poco perpleja. Al cabo de unos segundos volvió con un par de guantes de color vino.

—Póntelos, no quiero que se te congelen las manos, Aireen. —Más que una recomendación era una orden, lo cual le pareció gracioso a la castaña y a su vez sintió cierto calor muy reconfortante en el pecho. La única persona que la había cuidado había sido su abuela. Intentó no pensar en eso, eran solo guantes, ese gesto no significaba nada, se repetía una y otra vez.

Juntos empezaron a caminar y cuando oyeron las risas de Awen y Rhian, empezaron a reír también. La alegría tan inocente y genuina de las pequeñas podía conquistar a cualquiera.

Ambas estaban junto a Emanuel y jugaban a hacer guerra con las bolas de nieve. Las mejillas de los tres y las narices estaban tan rojas como los tomates maduros.

—Podemos empezar por la parte inhabitable. ¿Te parece? —Preguntó Atticus, mientras se agachaba y hacía una pelotita de nieve, cuando esta estaba hecha de una forma redondeada perfecta, la tiró contra Emanuel. La bola se estampó justo en la cara del hombre y las niñas estallaron en risas mientras Atticus y *ella* se aguantaban de no explotar en risotadas.

—Señorita Aireen, está preciosa hoy, en cambio el señorito Atticus es tan feo como siempre. —Bromeó Emanuel y Atticus lanzó una carcajada melodiosa que le robó el alma a la castaña.

—Y tú Emanuel cada día más viejo. —Le dijo Atticus al hombre que al parecer había pasado las horas en su cabaña que se encontraba cerca del castillo.

—¡Cuida tu lenguaje, jovencito! —Exclamó el chófer con una falsa demostración de enfado.

“Aireen” y Atticus se alejaron riendo y mientras paseaban por la nieve y tiritaban de frío en un silencio cómodo, cada uno reflexionaba sobre los cambios experimentados en sus vidas durante los últimos días.

—Hasta hace poco tenía claro toda mi vida. Hice un buen acuerdo con unos empresarios y un impresionante diseñador gráfico, iba a pasar la navidad con una “prima” que no conocía y con quien haría negocios para cumplir con la voluntad de mi abuelo y estaba prometido con una mujer que consideraba perfecta para el puesto de: Señora Kellog.

Ahora todo está saliendo de manera diferente y no como lo he planeado, eso me desconcierta ya que las cosas que planeo siempre salen como lo he previsto. —Admitió el moreno sin apartar sus hermosos luceros de los de la fémina que estaba a su lado, caminando en silencio y escuchando sus palabras atentamente.

—Te entiendo, siquiera te imaginas cuánto... —Finalmente se oyó su hermosa voz. —Hasta hace poco yo disfrutaba de una vida simple en la que en cada hora del día sabía con exactitud lo que me tocaba por hacer. Planeaba todo, aunque a su vez, me parecía una tontería. Esa manera de vivir esclavizado por el tiempo, sin disfrutar la libertad. Me permitía pequeñas cosas que no planeaba a rajatabla. Disfrutar del viento en mi cara, de una canción que me emocione o del café por las mañanas, dándome todo el tiempo del mundo para saborearlo. Pensaba que tener todo bajo control es aburrido y ahora lo echo de menos, porque nunca antes había perdido hasta tal punto el control de mis acciones y las situaciones que voy viviendo. A pesar de ello, sentir lo que siento a tu lado, es hermoso, hermosamente confuso.

Era lo único en lo que se podía permitir ser sincera y decir aquellas palabras en voz alta, mitigaron la culpa que arrastraba desde pocas horas que parecían meses o inclusive años.

—Eres inteligente además de bella. Debo admitir que al principio pensaba que eras un poco... —Atticus no sabía cómo decirlo, sin llegar a ofender a la hermosa flor que le miraba con interés.

—¿Boba? —Preguntó la castaña con diversión y a él se le tiñeron las mejillas de un rojo intenso. Eso la hizo reír a carcajadas y al rato Atticus se unió a su risa. Tan solo se oían las pisadas que hacían sobre la nieve y esas risas que en aquel ambiente que parecía vacío e inhóspito, sonaban de manera poética e idílica.

—Cuéntame bella Aireen. ¿Qué color te gusta? ¿Cuál es tu comida favorita? ¿Qué te encanta hacer en tu tiempo libre? ¿Con qué edad tuviste tu primer beso? ¿Qué esperas de una relación? ¿Cuáles es tu hombre perfecto? —El interés tan hambriento que tenía en su persona, la alagaba y la entusiasmaba porque tenía más oportunidad de hablar de sí misma, de ser sincera sin que el reflejo de la auténtica Aireen se interpusiera.

—Mi color favorito es el naranja porque me hace feliz, es un color al que muy pocos prestan atención y me parece especial. Mi comida favorita es la pizza de cuatro quesos o cinco, en realidad da igual, lo único que deseo es que haya mucho queso, aunque eso sí, me permito comer esa delicia pocas veces, en ocasiones singulares. En mi tiempo libre adoro hacer pasatiempos, me entretienen mucho y creo que es una costumbre que la gente ha perdido. Mi primer beso fue con diez años en el colegio, jugábamos a la botella, recuerdo que no me gustó nada Jimmy Harrison y que luego le tiré del pelo. Lo tenía largo y muy rubio como un azafrán. De una relación espero comprensión y mi hombre perfecto... Creo que eres tú... —Lo último lo pronunció casi sin voz, pero Atticus pudo oírlo claramente y sonrió de oreja a oreja.

—Ahora te toca a ti. —Le dijo ella, divertida.

—Mi color favorito es el verde manzana y curiosamente, también el naranja. Un color que me resulta extrañamente bonito. Mi comida favorita es el pastel de arándanos y por desgracia, tampoco lo como seguido. En mi tiempo libre me gusta correr, con tanta velocidad como puedo, es cuando más libre me siento. También adoro contemplar las estrellas porque me siento unido al universo de esa forma. Mi primer beso fue a los nueve, me besó a la fuerza una niña llamada Felicia. Era gordita y un poco agresiva, recuerdo que me mordió. De una relación lo único que espero es autenticidad. Mi abuelo siempre decía: —“*Si quieres mantener a alguien a tu lado, nunca le mientas*”. La mujer perfecta, es aquella que me hace sentir y creo que eres tú, espero que seas tú porque sentir esto a tu lado es como volar más allá de las estrellas.

Esas palabras la hicieron sentir dolor en el pecho. Deseaba decirle todo, pero era tan egoísta que prefería seguir disfrutando de un mundo fantasioso, de una historia inventada sobre su vida que iba creando, y convirtiendo la mentira en algo cada vez más grande, cada vez más difícil de dar marcha atrás.

—En la torre vi un espejo... Sé que tiene una historia, me gustaría oírla.

Dijo enérgica, deseando cambiar de tema.

—Eres muy observadora. Efectivamente, detrás de ese espejo se esconde una gran historia.

Capítulo 8

La frase captó su atención por completo. Deseaba saber con ansias todo lo que escondía aquel hermoso espejo, quería descubrir si la historia que había detrás era tan fantástica como en su imaginación, porque sí, ya se había inventado toda una novela en su cabeza.

—Estoy anhelando oírla. —Respondió con los ojos brillando. Esa mirada apasionante provocaba en Atticus ese deseo carnal no satisfecho y aunque su cerebro le decía ir con pasos de plomo, su cuerpo gritaba con que se diera prisa en calmar el descomunal afán de tenerla entre sus brazos.

—Verás, preciosa, el espejo perteneció al mismísimo Guillermo III. Tras la muerte de este en el año mil setecientos dos, el espejo se lo quedó un primo suyo llamado Grey, este hombre se convirtió en un importante obispo que tenía bastante influencia y poder en la iglesia anglicana, a su vez transmitió su poder a su hijo menor, Sebastián, que al igual que su padre poseyó una considerable autoridad en la iglesia anglicana y por supuesto el espejo quedó en poder de este. A principios del siglo diecinueve sucedieron importantes cambios que llevarían a una metamorfosis histórica, religiosa y política, precisamente hablo del: *Renacimiento del metodismo galés*. El bisabuelo de mi abuela fue uno de los dirigentes de ese movimiento. Según nuestra historia familiar, cuando él y sus compañeros lograron separar a Gales de la iglesia anglicana y fundar a la Iglesia Presbiteriana de Gales, eso provocó la furia de las autoridades anglicanas ya que ayudó al desarrollo de la lengua galesa y a la alfabetización de la sociedad galesa. Llegó hasta los oídos de Sebastián que se enfrentó al viejo Kellog en una taberna. Ese mismo día el hombre llevaba el espejo del rey Guillermo que había heredado y que al parecer necesitaba ser reparado. Precisamente en Caernarfon se encontraba un cristalero que podía dejar ese importante objeto como nuevo. La cuestión es que Sebastián venía acompañado y mi pariente también, pues estaba con sus amigos que tenían las mismas convicciones y principios que él. Los dos grupos al estar en una misma estancia empezaron a discutir acaloradamente hasta llegar a una pelea física. En ese mismo instante el astuto Kellog robó el espejo sin que nadie pudiera verlo. Probablemente Sebastián, el pariente del rey habría movido cielo y tierra para encontrar esa reliquia familiar, pero murió unos días después del suceso. Su carruaje fue atacado por unos malhechores que mataron al hombre de una puñalada.

Ella escuchaba el relato con los ojos abiertos de par en par. Había resultado mucho más interesante de lo que se imaginaba.

—La historia de los Kellog es fabulosa. Hasta reyes están implicados. —Dijo con el asombro característico de una niña pequeña.

Atticus sonrió y respondió. —Así es, tú eres una Kellog.

—Empezaremos por la antigua sala de fiestas, como nosotros la denominamos: *La sala del amor* —Dijo el moreno, mientras abría una puerta antigua que estaba decorada con un león dorado justo por donde debía estar la mirilla. Ante la vista de “Aireen” se descubrió una sala tan grande de tamaño, que imponía. Estaba vacía, pero todavía quedaban rastros de la majestuosidad que alguna vez había tenido dicha estancia. Tenía una forma ovalada y el suelo de mármol irradiaba poder y clase, tanto como los techos altos que alguna vez habían sido dorados. En el

centro del techo había una enorme lámpara votiva que quitaba el hipo. También de color dorado y con cristales en forma de lágrima que colgaban de manera refinada. *Ella*, se imaginó exquisitos bailes de máscara y un montón de amoríos y cotilleos de la alta sociedad que en aquella época era la cream de la cream. Bueno... ahora también. Los ricos siempre tuvieron el poder y puede que así siguiera hasta la eternidad.

—Aquí se celebraron muchas bodas. Desde los primeros Kellog, que construyeron este castillo hasta inclusive la boda de mis abuelos, la última que se celebró.

—¿Tus padres no se casaron aquí?

—No, hermosa. Mi abuela no lo permitió. —Contestó Atticus dejándola sorprendida.

—Según la tradición, sólo los amores verdaderos podían unirse de por vida en esta sala que tantas veces había servido para celebrar bailes de sociedad de jóvenes que buscaban la pareja ideal, la que fuera su otra mitad. Los Kellog fueron unos nobles muy diferentes y particulares a sus iguales, tenían otro tipo de valores y eran los “excéntricos” de aquella época.

—¿Tus padres no se casaron por amor?

—Entre ellos hubo de todo menos amor, puro interés, más bien...

Respondió el moreno con tristeza y luego sonrió, dejándola perpleja.

—No soy bipolar, he sonreído porque me he dado cuenta que estuve a poco de cometer lo mismo que mis padres. Siempre me han dado cierta pena, pues vivir sin amor y con el único propósito de crear dinero y contactos debe ser horrible... No entiendo cómo siquiera concebí la idea de casarme con Esther. Debo agradecer tu llegada, hermosa, mi mayor temor es parecerme a mis padres y estaba a punto de dar el paso de tener el mismo futuro tan poco atractivo en mi opinión, como el de ellos.

La castaña pensó aliviada que al menos una cosa buena había hecho por los Kellog.

—Un matrimonio es como un edificio Atticus, sin unos buenos cimientos está destinado a su destrucción y el cimiento más importante, el que da la fortaleza necesaria, es el amor.

—No puedo estar más de acuerdo, bella. —Contestó él y a continuación, agarró entre sus manos la fina mano de la muchacha, quitó el guante que cubría la tez tan blanca como la nieve y después posó sus labios sobre la suave piel de la muñeca, provocando un rayo eléctrico que traspasó a “Aireen”, desde los pies hasta las puntas de los dedos de sus manos. Era un gesto sencillo y tierno, pero que a ella le había parecido de lo más erótico.

—¿Seguimos? —Preguntó susurrando sin apartar sus ojos de los labios de él. Era extraño, pero sentía como si le costará salir la voz. Repentinamente las palabras se trababan en su boca y no podía expresar ningún pensamiento coherente.

—Por supuesto, preciosa. —Contestó él con tranquilidad. A simple vista parecía tener la situación bajo control, no se veía tan nervioso como ella, pero la joven mujer no tardó en darse cuenta que era una facha, pues las pupilas de Atticus estaban dilatadas, los ojazos de este habían adquirido un tono tan oscuro que parecían poder entremezclarse perfectamente con la noche. ¡La deseaba! La castaña no tenía tanta destreza con los hombres, pero había cosas que una fémica podía descubrir fácilmente porque el cuerpo masculino nunca engañaba. Y la mirada de Atticus, la sonrisa que no se le bajaba del rostro, inclusive la postura que había adoptado, sacando el pecho de forma instintiva, todo ese lenguaje corporal, mostraba que ese hombre realmente se había fijado en su persona.

El pensamiento cada vez se hacía más real en la cabeza de la joven, que sentía vivir una dualidad extrema en su vida. Por un lado, el color blanco que representaba la luz y el deseo de

hacer buenas acciones, y por otro, ese enorme afán de tener algo con un hombre que provocaba en ella sentimientos indescriptibles y que, en otras circunstancias, probablemente jamás le habría dedicado una sola mirada.

—Lo siguiente es la sala donde estudiaban música las antiguas Kellog. Por aquella época era de buen ver que las mujeres de la nobleza supieran tocar el piano. Se dice que todas las Kellog eran maravillosas tocando ese instrumento tan bello.

—¿Y los hombres? —Preguntó de una forma que a él le recordó a una estudiante en su primer día de clases. Ver ese interés tan dulce y ese entusiasmado tan grande, le provocó pura felicidad.

—Ellos se dedicaban a los negocios. Algunos trabajaban en el sector de la compra venta, muchos otros, a los negocios marinos, importantes transacciones e intercambio de bienes. Hablo tan solo en específico sobre nuestra familia.

—Me parece una manera de vivir tan retrógrada y machista... —Murmuró, frunciendo la nariz, como si algo le oliera muy mal.

Atticus empezó a reír, era realmente divertida y con cada minuto que pasaba su personalidad le cautivaba por completo.

— Era otra época Aireen. Ahora todo es diferente.

—No te creas. Actualmente son millones las empresas que tienen como política pagar menos cantidad de salario a las mujeres que a los hombres. Puede que no sea como hace un tiempo, pero la forma en la que nos educaron nuestros antepasados prevalece hoy en día en nuestros valores, aunque no nos demos cuenta. Debemos erradicar esa clase de raciocinio basado en los micro machismos como que las chicas deben llevar color rosa y los chicos, azul. —Hablaba con tanta libertad que se quedó gratamente conmovida ya que siempre había sido alguien más bien introvertido y sin embargo le resultaba increíblemente fácil conversar sobre sus ideales y reflexiones con Atticus Kellog. Era como si pudiera charlar con él sobre cualquier cosa.

—Me sorprendes cada vez más. Creo que contigo tendré charlas largas e interesantes, podremos debatir sobre cualquier cosa y para mi será un honor, además.

“Aireen” sonrió de forma pícaro y sin darse cuenta agarró un mechón de sus cabellos y comenzó a jugar con él. Al moreno no le pasó inadvertida la acción. Sintió cierto regocijo en su interior porque sabía lo que ese gesto connotaba, además, acompañaba el movimiento mordiendo ligeramente con los dientes su labio inferior. Era tan condenadamente sexy que por un instante casi lo ve todo negro por las ganas de estamparla contra la dureza de la pared que había tras la espalda de la bella mujer que le provocaba sin siquiera percatarse. Se recriminó mentalmente.

—¿Me muestras los dormitorios? —Preguntó la castaña, empleando un tono de voz inocente que junto a la combinación de su mirada que era puro fuego, era letal para la cordura de Atticus.

—¿Qué te parece si los vemos más tarde y pasamos a la antigua cocina y a que veas algunas pinturas que según el testamento te corresponden al igual que un importante anillo de rubíes? — Puede que fuera ridículo, pero no confiaba en su buena voluntad si entraban juntos en un dormitorio.

—Ahm, bueno, claro... —Respondió “Aireen”, un poco confundida.

El hecho de que no supiera claramente lo que estaba pasando, le daba a entender que en algunos aspectos era muy inocente y no sabía por qué, pero eso le encantaba y aumentaba su interés hacia la dulce mujer que miraba a todos lados ruborizada como una rosa roja floreciendo en plena primavera.

Juntos se dirigieron por un pasillo alargado de mármol que estaba decorado con unos cuadros

asombrosamente bellos. Algunos trataban sobre la naturaleza y su majestuosidad, otros eran retratos de bellas damas de alta cuna que posaban de manera coqueta. Solo un cuadro tenía como representación al castillo de Caernarfon en un verano caluroso, al menos eso transmitía el pintor, pues ante el bello castillo se podía observar a un grupo de personas haciendo diversas actividades. Todos parecían muy contentos, había damas con vestidos pomposos que tomaban el té y procuraban taparse con sus delicadas y hermosas sombrillas del molesto sol. Por otro lado, estaban los caballeros, algunos jugaban a las cartas y otros sujetaban arcabuces intentando disparar y dar en el clavo, para ese objetivo adelante a unos metros considerables de distancia de ellos, se habían colocado botellas en fila sobre un pequeño muro de piedras.

También se apreciaban niños que jugaban a escondidas de sus padres, tenían en sus rostros dibujados la emoción chistosa de estar a punto de cometer una trastada... Era impresionante lo mucho que se podía ver y lo rápido que te trasladaba en el tiempo, un simple lienzo sobre el cual había dibujado alguien muy talentoso.

Ella no entendía de arte, pero sí apreciaba la belleza y aquello era algo sublime.

—¿Son estos los cuadros que le pertenecen a Aireen, digo a mí? —Se corrigió con rapidez, maldiciendo su torpeza.

—Efectivamente. Son de un pintor famoso en su época. No llega a tener la notoriedad de los grandes, pero sus cuadros sí son reclamados por muchos y tienen buen precio en los mercados.

—Yo jamás los vendería, son tan bonitos... —Murmuró con la mirada pérdida, pues seguía embelesada.

—¿Seguimos? Verás más cosas que te harán perder el aliento.

La muchacha asintió y siguió los pasos de Atticus hasta llegar a un coqueto saloncito que debió ser para tomar el té.

—Da gracia, pero nuestros antepasados adoraban tanto el ocio que tenían miles de salas destinadas a ese propósito, precisamente a pasar un tiempo agradable con sus iguales. —Comentó, mirando cada esquina de aquel saloncito. Era de color verde crema, aunque la pintura ya se caía a cachos. La pequeña habitación contenía una bonita mesilla, un sofá de tipo diván, una cómoda estilo provenzal y un mueble de roble que contenía en su interior exquisitas tazas de porcelana que se podían advertir desde los cristales de su puerta.

—A nosotros nos parece una idea bastante romántica, pero creo que pasar el tiempo de forma tan poco productiva puede llegar a aburrir. —Admitió el moreno haciendo una mueca.

—Desde luego... Todo el día sentado, yendo de reunión social a otra...

—Para los hombres el horror no era de magnitudes tan elevadas como para las mujeres, que debían llevar ese horroroso invento llamado: “Corsé”. —Contestó Aireen mientras quitaba una pelusa imaginaria de su jersey. Se sentía cómoda y a su vez nerviosa al lado del atractivo noble, una sensación realmente difícil de explicar.

—Tienes mucha razón, querida Aireen. Vamos a la cocina, el sitio donde venía a jugar de niño cuando pasaba mis vacaciones aquí. Es enorme y todavía conserva de su carácter original del siglo XVIII. Hay algunas cazuelas tan grandes que dentro quepo perfectamente. La imaginación siempre se me disparaba hasta las nubes cuando visitaba la antigua cocina.

—¿Qué solías imaginar?

—Que hay una reina roja como en “Alicia en el país de las maravillas” y que me quiere cocinar en esas grandes y viejas cazuelas.

Ambos empezaron a reír a carcajadas hasta que las lágrimas se les salieron por los ojos.

Al finalizar la agradable visita, quedó pendiente únicamente ver el anillo de rubíes que, al parecer, finalmente Atticus había optado que lo más correcto sería que se lo diera Pearl y que esta misma le contará a la muchacha la historia tras la joya.

El resto del día jugaron con la nieve junto a las niñas y a Emanuel. Lograron entre risas, crear un muñeco de nieve tan grande que al verlo Pearl y Dierdre, jadearon de la sorpresa.

—¡Nunca había visto semejante muñeco! —Había exclamado Pearl.

—¡Debemos ponerle un nombre! —Había añadido la cocinera.

—Sugiero el nombre de Sr. Copo. Es el perfecto para él. — Había dicho con voz chillona Rhian, señalando al muñeco cuya nariz de zanahoria se había torcido ligeramente hacia la derecha, dándole un aspecto bastante gracioso que combinaba con el serio sombrero de Emanuel que le habían colocado al ser inerte.

Se hicieron un montón de fotos con el Sr. Copo y por primera vez desde hacía mucho tiempo, *ella* había sentido el calor hogareño y familiar a pesar del tiempo y la hermosa y poca apreciada estación.

Al finalizar la diversión todos decidieron entrar al calor que les proporcionaría la chimenea de la sala de estar donde solían pasar generalmente el tiempo.

Las dos pequeñas fueron llevadas directamente a su habitación para cambiarse ya que sus ropitas estaban empapadas por la nieve. Los mayores se pegaron a la chimenea tiritando, mientras Dierdre preparaba chocolate caliente para todos, incluso para Pearl, que había insistido mucho.

La joven pareja estaba uno al lado del otro, sonriendo mientras sus rostros adquirían un color rojizo gracias al reconfortante calor que pronto se volvería sofocante. Atticus observaba a la mujer que recién había llegado a su vida, volviéndolo todo patas arriba. La luz de las llamas del fuego acariciaba la suavidad de su piel sonrojada. Era como una bellísima ninfa con el pelo húmedo y casi sin maquillar, tan natural, tan diferente a las mujeres con las que él había salido. Aireen no tenía ningún artificio, no necesitaba ningún adorno, ella misma se bastaba sola para hechizar a las personas y no solo por esa serena belleza que poseía, sino porque a la hora de conversar, nunca había visto a nadie tan elocuente e interesante como la bella dama.

Mientras pensaba en ella, embelesado y sin apartar los ojos de su pequeña nariz y sus carnosos y rosados labios, sin darse cuenta, agarró la mano de la joven mujer entre la suya, un gesto que a la castaña no la disgustó en lo absoluto. Atticus empezó a acariciar con suavidad esa piel que deseaba conocer en su totalidad y poder saborear a gusto, mientras la chica sonreía de manera nerviosa e inocente, un hecho, que la hacía parecer un ángel rodeado de la sensualidad de los infiernos donde moraba el fuego de la eternidad. En aquel instante él se imaginó poseyéndola ante esa misma chimenea con dos copas de vino y a la luz de las velas. Sí, puede que fuera pronto, pero para estas navidades se regalaría a sí mismo y a la hermosa mujer que sujetaba su mano entrelazando los dedos a los suyos, un momento mágico. Ambos lo deseaban, los dos eran adultos y nada le impediría poder conocerla en ese aspecto también.

Ninguno de los dos, tan concentrados en sus propios pensamientos y en lo que sentían al mirarse uno al otro, comunicándose de una forma extraña que no necesitaba las palabras, se dio cuenta de que alguien había posado la vista sobre ellos, contemplando sus gestos detalladamente y formándose ideas para un futuro más claro y feliz para el castillo.

Pearl Kellog parecía verse a sí misma y a su querido George, esos dos tortolitos se observaban de la misma forma que ella y su esposo, que en paz descansen. Debía por la mañana ir hasta su tumba y poner flores frescas y de sus dulces favoritos que siempre se zampaba en esas

épocas. Le echaba tanto de menos que su corazón se desgarraba cada vez más, mientras su rostro dibujaba una sonrisa ante el mundo, con tal de que no la preguntarán la dichosa pregunta que la sacaba de quicio: *¿Qué tal te encuentras?*

¿Cómo podía sentirse alguien que había perdido su otra mitad, esa media naranja que la gente buscaba con desesperación entre una sociedad cada vez más hipócrita y egoísta? Algunos, no llegaban a encontrar jamás a esa persona que complementase su vida, a ese ser que fuera su todo. El amanecer que le daba la bienvenida cuando abría los ojos por primera vez al comienzo del largo día, el anochecer al cerrarlos tras las energías desgastadas y las dificultades de la rutina. Un compañero a quién abrazar y contar tus penas, alguien con quien compartir las risas, la riqueza, la pobreza... Era tan difícil encontrar en ese mundo, cada vez más moderno en tecnología y más pobre en principios y valores, a esa persona que provocará en el cuerpo la sensación de volar por las nubes, el deseo de comerse el mundo y sentir que tienes las fuerzas necesarias para hacerlo... Sí, su vida era muy diferente sin su George. Era una vida, sin vida.

Tal vez ella se había quedado en este mundo porque tenía una tarea, el hacer feliz a su nieto y era lo suficientemente sabia como para entender que más inmensa felicidad que el amor, no había. Ni el dinero y los bienes materiales podían sustituir la alegría de un enamorado hasta las trancas. Y lo que sentía su nieto parecía eso, un enamoramiento en proceso de convertirse en un amor fuerte. Aireen era una chica especial, su aspecto físico engañaba al ojo, pero tras fijarse uno, descubría que era una mujer con los pantalones puestos. También se palpaba cierta tristeza y culpabilidad... ¿Culpabilidad por qué? Se preguntaba la mujer, imaginando un nuevo comienzo en el castillo de los Kellog. Más niños correteando, amor y sonrisas constantes... Vida.

—Venid, chicos. Sentaos que el olor del chocolate ya entra por mis fosas nasales. Es hora de hacer algunos cambios en esta extraña “casa”, y quiero compartirlos con vosotros.

“Aireen” se quedó estática, sin saber muy bien qué hacer. Opinaba que ese tema podría ser familiar y ella no era parte de los Kellog. La astuta dueña del castillo pareció leer sus pensamientos y repentinamente dijo, provocando un sobresalto en la joven. —Tú también, Aireen. Eres parte de todo esto, no lo olvides. No te he llamado solo para que recuperarás la herencia de tu abuela, sino para entablar lazos. Siempre me ha entristecido que las familias se alejasen unos de otros. En mi tiempo, cuando era joven, los parientes, tanto como los familiares directos, eran muy importantes para uno. Intentábamos relacionarnos y no perder el calor que debe existir, el respeto y el demostrar que estamos y estaremos disponibles para esa persona que forma parte de nuestro árbol genealógico. Hoy en día, las cosas son muy diferentes... Más frías que ese invierno crudo que nos ha tocado vivir este año.

—Estoy de acuerdo, mi abuela me decía lo mismo. —Respondió sin darse cuenta la castaña y sintió que el suelo se abría y se caía por un agujero negro sin fondo.

—¿Enserio? —Preguntó Pearl, estupefacta. Pues, la que conocía como prima no podía haber dicho semejante cosa... No, esas palabras no concordaban con el rasgo de personalidad ególatra y creída de Delilah.

—Mi abuela tenía Alzheimer, en los últimos meses de su vida, su personalidad cambió por completo. —Respondió y se aplaudió mentalmente para luego inmediatamente reprenderse. Mentir se estaba convirtiendo en un hábito y cada vez parecía perfeccionarlo, aunque sí era cierto que la abuela de Aireen sufría de esa enfermedad y a veces siquiera recordaba a su nieta.

—No tenía ni la menor idea. ¿Por eso la empresa fracasó? —Se interesó Pearl y en sus oscuros ojos se pudo ver una tristeza horrible que ponía los pelos de punta. Amaba a su prima,

pero el rencor y coraje no la habían permitido hacer las paces con esta.

—Mi abuela tenía buenos socios que podían con sus negocios, pero tras su muerte, la mayor parte de las acciones me pertenecían a mí y yo decidí vender. —Respondió con voz quebrada porque sabía lo que a continuación pensarían de su persona. Lo que todo el mundo opinaba sobre la verdadera Aireen: Que es una malcriada.

—Pero eso habrá provocado los despidos de multitud de empleados que se habrán encontrado en una situación muy difícil. Es injusto para ellos teniendo en cuenta que la empresa de tu abuela, tenía buenos beneficios y no había una razón de peso para despedir a esa gente.

Habló Atticus frunciendo el ceño.

—No podía quedarme con una empresa que no sabía cómo funcionaba. Nunca aprendí ya que jamás quise dedicarme a eso. —Respondió tartamudeando.

—Delilah tenía que haberse encargado mientras estaba en sus facultades de enseñarte. Era muchas cosas malas, pero como empresaria y negociadora no tenía rival. —Dijo Pearl con los ojos aguados, parecía estar a punto de llorar.

Atticus al ver el disgusto reflejado en el rostro de su querida abuela, decidió cambiar de tema. —Cuéntanos sobre esos cambios que deseas hacer, abuela. —La alentó a hablar.

La ladrona de la identidad de Aireen Kellog, se sintió una miserable. Les estaba mintiendo a todos en la cara y encima, estaba hurgando en las heridas del pasado.

—He pensado que desde que mi George murió, el espíritu navideño y la alegría en general no se han sentido entre estas paredes como antes. Ahora, Aireen es un soplo de aire fresco y noto que la casa otra vez ha empezado a tener esa luz que había perdido con la partida de tu abuelo, querido. Sugiero que decoremos el exterior del castillo como hacíamos cada año. Esta es, era, la época favorita de mi difunto esposo y no celebrarlo es como no honrarlo. Me doy cuenta que pretendo olvidarle cuando lo que debo hacer es recordar los momentos felices que me regaló durante media vida. Me gustaría oír risas cantarinas provenientes del alma como antes, cantar villancicos y disfrutar de estas fiestas, es hora de dejar descansar en paz a George, él lo querría así. Me siento culpable de que mi tristeza haya afectado a todos en esta casa, ya es hora de pasar página, vivir el presente y contemplar el futuro.

Atticus se levantó y abrazó a su abuela, apoyándola y sintiéndose feliz por su decisión. Todos habían amado con locura a George, un hombre honorable, bueno y muy capaz... Buen ejemplo para los suyos y un gran líder en sus negocios, pero debían vivir y sonreír más a menudo porque la vida se trataba de un escenario donde los géneros de la comedia y la tragedia se mezclaban, el sabor dulce y agrio iban mano a la mano y el papel de todos los actores era seguir actuando en ese pódium que era un extraño y bello suceso que llegaba a su fin algún día.

Atticus miró hacia Aireen, ella les observaba con tristeza. Pensó que era compasiva a pesar de haber despedido a esas personas inocentes de sus empleos, pensó que era perfecta tanto en su exterior como en su interior, que era lo más importante. Ella nunca le iba a defraudar, ahora lo sabía con certeza. Esa misericordia y dulzura en sus luceros, lo demostraba. Era como la tinta de un bolígrafo que firmaba la sentencia de ser siempre sincero y leal a un amigo, pareja o enamorado...

Dierdre no tardó en llegar con una bandeja plateada sobre la que había tazas de peltre rellenos con chocolate caliente. Esta noche, hasta Pearl podía darse el capricho.

Las niñas también bajaron vestidas ya con sus pijamas de conejitos y sonrientes porque deseaban tomarse el chocolate. Las hermanitas se sentaron ante la chimenea y comenzaron a hablar entusiasmadas sobre una canción nueva que había salido de un grupo famoso.

—Ya que hoy he decidido dejar el pasado atrás, creo que es hora de contarte querida Aireen una vieja historia cuyo final fue avinagrado y que me ha torturado durante muchos años...

—¿Se trata de mi abuela? —Preguntó la muchacha casi sin voz y añadió. —No hace falta, tía Pearl, disfrutemos de una linda velada.

—No, me siento preparada. Me costaba horrores rememorar a mi prima, pues el dolor que sentía en el pecho no se disipaba ni con los años y eso que dicen que el tiempo lo cura todo, pero hoy decidí pasar página, hace tan solo un momento me di cuenta que debo seguir adelante porque todavía me queda algo muy importante en esta tierra y es mi nieto, cuya felicidad para mí, es lo más importante del universo.

“Aireen”, asintió y respiró hondo, mientras la mujer empezaba contar una historia que tan solo ella conocía con detalle. Su voz queda y desgarrada del dolor de los recuerdos, provocó lágrimas en la joven que sintió ahogarse en su miseria. Amaba a esa familia, sí, ya se había encariñado a ellos y era agradable tenerles, pero eso era tan egoísta por su parte...

Capítulo 9

—Teníamos prácticamente la misma edad, yo era mayor tan solo dos meses, y crecimos casi que juntas. Recuerdo que Delilah era una niña segura de sí misma desde muy temprana edad, luchadora y bien tozuda. Solíamos pasar todos los veranos juntas. Ella vivía en un caserón al Este, mientras que yo desde mi uso de razón aquí en el castillo, pero en los meses calurosos viajábamos juntas o pasábamos los días aquí, divirtiéndonos creando diversas historias, pues teníamos mucha imaginación... Pasábamos momentos idílicos, huyendo de algún fantasma ancestral o siendo princesas guerreras en búsqueda de su gran amor. Éramos mucho más que primas, éramos hermanas.

Para ambas, fue devastador cuando cumplimos los quince años. Delilah se tenía que marchar de Caernarfon e ir a estudiar arte en Paris. Para ella, era una oportunidad única y aunque estaba contenta, su corazón a su vez lloraba porque no nos veríamos en dos años enteros. Prometimos escribirnos todas las semanas, tal y como juramos con cinco años bajo el olivo del jardín de atrás que si algún día nos separáramos nuestra amistad no la podría desunir siquiera la distancia, lo prometimos con el meñique y es que... Un juramento de meñique era sagrado.

Yo esperaba la carta de mi prima y mejor amiga todos los miércoles. Al abrir los ojos, inmediatamente mis labios se curvaban en una sonrisa de oreja a oreja porque seguramente Delilah me contaría en su nueva carta, alguna aventura o las increíbles experiencias que había tenido en Paris.

Uno de esos miércoles, tan esperados, abrí la carta con mi característica impaciencia y quedé boquiabierta porque mi querida amiga se había enamorado por primera vez. Me describía a un joven que estudiaba diseño gráfico y dirección de empresas, cerca de su vivienda. Recuerdo que efusivamente repetía en sus escritos lo perfecto y único que era ese chico. Le admiraba tanto que ya imaginaba una vida junto a él, un noviazgo que en sus sueños acababa en un matrimonio que se celebraba en el castillo, siendo yo su dama de honor.

Con cada carta yo comprendía que esa decisión de conquistar al joven hombre que ella llamaba, Hubby, se reforzaba.

Y cuando algo se metía en la cabeza de Delilah, no paraba hasta conseguirlo.

Reiteradas veces me expresaba su aflicción por la forma en la que él la ignoraba y con cada palabra suya yo sentía su dolor como si fuera el mío, llegando hasta el punto de odiar a Hubby por no ver la mujer tan hermosa que tenía ante sus narices, pero al parecer, el hombre tan solo la podía ver con el amor y cariño de un hermano. Un hecho, que desquiciaba a Delilah de una manera preocupante. Su enamoramiento se tornaba en una obsesión psicótica, un gran capricho que no respetaba los deseos ajenos, sino que únicamente pensaba en los suyos propios.

Los meses pasaron como las agujas del reloj de rápido y el primer verano tras su ida, llegó. Podríamos pasar quince días juntas y las dos esperábamos vernos con impaciencia. Teníamos mil cosas que contarnos a pesar de que nos comunicábamos seguido.

Delilah pisó las tierras junto a su padre en una tarde de agosto en la que costaba respirar debido al calor sofocante. El sol ardía glorioso, estaba en su máximo apogeo. Ella estaba feliz

como una perdiz porque en ese viaje les acompañaba el joven por el que su corazón palpitaba. Al parecer, el chico en cuestión era un primo muy lejano, por lo tanto, era un Kellog y se llevaba de fábula con el padre de Delilah, un hombre que yo recuerdo de forma borrosa, al pensar en él, solo se me aparece la imagen de un señor torturado con expresión seria y malhumorada la mayor parte del tiempo, tan solo al ver a su hija sus ojos se iluminaban como dos estrellas en un cielo nocturno despejado.

Lo que sí sé con total certeza y me acuerdo nítidamente, es que la cuarta parte de este Castillo le pertenecía por derecho. Él mismo le había invitado al enamorado de su querida hija al castillo, para que este conociera las viejas historias que rodean a esta familia desde hace siglos.

Bajaron del coche padre e hija, yo corrí hacia la que consideraba hermana y nos fundimos en un abrazo, en ese instante le vi a él, al hombre que lo cambiaría todo. Le miré obnubilada por detrás de la espalda de mi prima, venía cansado del largo viaje y llevaba una vieja maleta arrastrando tras de sí. Era apuesto y su mirada oscura, cautivadora. Comprendí al instante la razón por la que mi prima había perdido el juicio. Alto, de cuerpo fibroso y mirada alegre, cabello negro como el azabache y una sonrisa digna de ser retratada. Así podía describir una a ese moreno cuyos ojos mostraban inteligencia y audacia, y me quedo corta para expresar el magnetismo que desprendía ese hombre.

Con los labios entreabiertos debido a la sorpresa, me separé de mi prima y pregunté en un susurro. —¿Quién es él?

Ella me respondió con una risita y batiendo sus largas pestañas. —Es mi Hubby. Su nombre real es George Kellog, es un primo nuestro, pero bastante lejano y será mi esposo querida Pearl. Tendré varios hijos con él y viviré como princesa en este castillo siendo él mi rey.

Recuerdo como si fuera ayer el aleteo que sentí en mi corazón, incapaz de apartar la vista de ese joven que al percatarse de mi presencia me guiñó un ojo, provocando mi sonrojo hasta la raíz del cabello. Ese gesto y la sonrisa de oreja a oreja con la que yo le respondí, fue el detonante de que la relación entre Delilah y yo se enfriará. Nuestra amistad no era la misma de antes y yo notaba en ella cambios que no aprobaba.

Ese verano comprendí que mi prima ya no era la dulce muchachita llena de bondad. No, ahora era egoísta, malcriada e incluso a veces, malvada.

—¡Espera un poco! —Exclamó a mitad del relato “Aireen”. —¿Tu esposo, no se llamaba George? Debo reconocer que me pareció un tanto extraño que llevará tu apellido, pero luego pensé que lo había adoptado por el significado y el prestigio que supone llevarlo. ¿Es el mismo de la historia? ¿El primo lejano tuyo y de mi abuela? —Preguntó con los ojos abiertos de par en par. Estaba tan sorprendida que siquiera se daba cuenta que Atticus estaba a su lado y agarraba su delicada mano, acariciándola y riendo por su exabrupta reacción.

—Llegaré a esa parte niña, déjame continuar. Es una historia larga. —Respondió Pearl con cariño.

—Vale, pero no me dejes mucho tiempo en ascua, soy cotilla en el alma, un mal rasgo de mi carácter, lo sé... Pero necesito saber lo que sucedió y tú te enrollas como una persiana...

—Paciencia... —Dijo Pearl con una sonrisa y continuó relatando.

—Aquel verano transcurrió entre risas y juegos. Teníamos una enorme piscina a nuestra disposición y nadábamos siempre que podíamos. Ya desde los primeros días, noté que George intentaba entablar una conversación conmigo. A mí me interesaba mucho charlar con él porque ya habíamos hablado una vez y debo decir que jamás me había sentido tan cómoda y en paz

mientras conversaba con alguien. Con él se podía hablar de cualquier cosa y lo más curioso es que teníamos muchos intereses en común. A ambos nos encantaba hablar sobre física cuántica. Yo me alegraba que al fin hubiera una persona con los mismos gustos que no se sintiera aburrida al contarle mis hipótesis y las nuevas cosas que iba descubriendo ya que devoraba libros uno tras otro sobre el tema. Pero después de esa increíble charla que duró horas mientras el resto de la familia jugaba a las cartas en el jardín, me negué a compartir mi tiempo con él.

—¿Por qué si está más claro que el agua que os gustabais? —Preguntó la castaña, que estaba tan adentrada en la historia que parecía vivirlo en carne propia. Awen y Rhian también escuchaban atentamente y parecían tener la misma gran curiosidad que Aireen.

—*Porque en cuanto mi prima se enteró del largo tiempo que habíamos pasado juntos, puso el grito en el cielo. Me llamó de todo, palabras tan hirientes que provocaron mis lágrimas. Me sentía culpable y una pésima amiga, como un monstruo por sentir algo en mis entrañas que no podía suprimir por mucho que lo intentase. Ella le amaba y le había visto primera, yo sentía que le robaba algo que, aunque jamás le perteneció, ella adoraba tanto como a la vida.*

Mi estación favorita transcurrió de esa forma repugnante. George se acercaba a mí constantemente y yo me apartaba como si me quemará, como si fuera repelente cuando todo mi ser gritaba por conocerle, por estar junto a él y charlar durante horas interminables. A veces, me imaginaba besándole mientras él me observaba con amor; después la culpa me atenazaba sin contemplación y yo procuraba borrar esas imaginaciones fantasiosas que consideraba, me convertían en peor persona.

Lo que no podía erradicar eran las miradas cada vez más ardientes que nos lanzábamos siempre que podíamos. A veces el silencio es el grito más fuerte y la atracción que sentíamos uno por el otro se hacía cada vez más palpable. Era como un fuego que lo podía consumir todo.

Yo le admiraba de lejos, me parecía tan fascinante que me conformaba con verle desde la distancia y soñar con sus ojos por las noches. Él a su vez, sufría viendo mi tristeza y miedo. Un terror por la posibilidad de perder a mi mejor amiga que cada vez parecía odiarme más.

El comportamiento de Delilah empeoró cada vez más conmigo. Siempre que podía me insultaba y me dañaba conscientemente, para mí se hacía una situación tan horrible que con mi frágil edad me sentía tan confundida que deseaba huir a un paisaje desierto donde nadie pudiera encontrarme, donde lo único que pudiera oír fuera mi propia voz atormentándome por enamorarme de la persona incorrecta.

Cuando acabaron las vacaciones ellos se fueron. Me acuerdo de lo culpable que me sentí al caer en la cuenta que, sobre todo, echaría de menos a George y no tanto a Delilah. Ella subió junto a su padre y a George a aquel SEAT 850 del año sesenta y seis. Mientras el coche se alejaba mi corazón se rompía, no tanto por Delilah y su ira contra mí, sino porque creía firmemente que no volvería a ver a George. Cuando el vehículo se perdió de mi vista, lamenté como un perro no haber hecho caso a mis sentimientos, no haber conocido a aquel joven que despertaba en mí afición desconocida hasta ese momento. Pensé que, si Delilah hubiera sido en verdad una buena amiga, habría dejado de lado su enfado y orgullo y me habría permitido conocer a ese hombre cuyo interés por mí era totalmente correspondido. Pero ella fue egoísta y pensó únicamente en su propia felicidad, destruyendo con sus comentarios hirientes y comportamientos inmaduros la de otros. Admito que sentí coraje y una pizca de odio por su persona, aunque la culpa era mía porque podía mostrar más carácter y averiguar lo que se escondía detrás de la atracción que sentía por el joven hombre.

—¿Qué ocurrió después? Está más claro que el caldo de un asilo que volviste a ver a George porque se trata de tu esposo, ese joven tan guapo era tu marido. —Dijo Aireen como si fuera un detective que ha hallado al criminal, provocando las risitas de todos.

—Eres más impaciente que llegas a ser más pesada que un kilo de mierda en una pestaña. —Contestó Pearl, divertida, haciendo que la bella castaña jadeará y murmurará en respuesta. —Vale, ya cierro el pico.

—*Cuando se fueron, os podéis imaginar la tristeza que me invadió. Esperaba las cartas de Delilah con ansias para ver si me hablaba de él, aunque fuera para decirme que se encontraba bien y que seguía estudiando para ingresar a trabajar en una importante empresa de tarjetas de felicitaciones de cumpleaños. Sabía que él soñaba con llegar a ser el gerente o presidente de una compañía así. No me acercaba a él, pero mientras duró su estancia en mi casa, siempre que hablaba, yo pegaba la oreja para poder aprender más sobre su persona. Por desgracia, las cartas de mi prima cada vez eran más escuetas y sin profundidad, hasta que un día dejaron de llegar. Había llegado el momento en el que ninguna de las dos podía disimular sus sentimientos y nuestra enemistad ya era un hecho. Yo había admitido en una de mis cartas que estaba enamorada de George, que la amaba, pero no podía dejar de hacer caso a mi corazón que saltaba de alegría al recordar cada noche las facciones de él. Al mirar las estrellas y pensar en lo que debía estar haciendo él... Ella no pudo soportar mi confesión y se alejó por siempre, rompiendo en añicos una amistad que parecía irrompible, una relación de años que se había esfumado tan rápido como un suspiro.*

Los meses pasaban mientras yo decaía en una leve depresión adolescente por no volver a ver a dos personas que añoraba, porque sí, a veces, cuando mi rabia se calmaba, empezaba a echar de menos a Delilah... A George le añoraba siempre, era como una espina clavada muy adentro de mi corazón.

*Justo por Navidad, llegó un paquete a mi nombre. Me pareció extraño, aunque podía ser algún familiar. Mis padres sonreían mientras me alentaban abrirlo, para ellos había sido difícil observar a su hija sin el brillo en la mirada que solía tener siempre. Abrí el presente sin ganas y cuando vi lo que había a dentro, mi corazón estalló en una alegría rebosante. Se trataba de un libro de mecánica cuántica, algo que yo deseaba tener en mis manos desde hacía mucho tiempo... Y solo una persona sabía eso. Abrí el libro y acaricié sus páginas de forma soñadora, con una sonrisa en mis labios que no se podía borrar. Entre las páginas amarillentas, ya que era un ejemplar antiguo que todavía conservo, había una rosa y una pequeña carta sobre la que ponía de forma sencilla y con una hermosa caligrafía: **“Para Pearl, la joya más bella de todo Caernarfon”**.*

Abrí la nota con dedos temblorosos y al comprobar mis sospechas, grité de alegría, sintiéndome más viva que nunca.

Querida Pearl:

Soy George y por fin me animé para escribirte, una decisión que me llevó mucho tiempo tomar, ya que a veces pienso que no quieres verme ni en pintura y otras... Otras veces parece que sientes lo mismo que yo, un deseo descomunal de conocerte y ser mucho más que amigos que disfrutan conversar sobre ciencia. Si es lo segundo, respóndeme por favor, porque anhelo oír de tus labios o leer de tu puño y letra que hay una posibilidad entre nosotros, porque me gustas mucho pequeña y dulce Pearl...

Con cariño, tu George.

—Es curioso chicos que se me olvide dónde he puesto mis gafas para leer y, sin embargo, esta carta la recuerdo tan claramente que me asombra. El cerebro humano, es una incógnita que tal vez, jamás logremos descifrar. —Dijo la mujer con una sonrisa que no llegaba hasta sus luceros que parecían dos agujeros sin fondo. Oscuros como la noche al igual que el sabor de algunos recuerdos ácidos.

—Sigue Pearl, queremos saber lo que ocurrió. —Dijeron Awen y Rhian al unísono mientras su madre las taladraba con los ojos para que se mantuvieran calladas.

—*Nuestra correspondencia siguió. El primer mes empezamos como amigos, conociéndonos a través de las palabras a pesar de la lejanía. Recuerdo que siempre ponía al final de cada carta: Te besaría, pero la distancia no coopera. Cuantas más cosas sabía sobre él, mi admiración y enamoramiento se acrecentaba. Aquello era como lo es el chat en vuestros días, pero mucho más emocionante porque debíamos esperar a que las cartas llegarán para leer unos cuantos párrafos sobre los que reflexionábamos una semana entera. Al cabo de cuatro meses ya hablábamos con más libertad, sentíamos que nos conocíamos uno al otro a la perfección, charlábamos de absolutamente todo e incluso ya nos decíamos cosas propias de dos enamorados. Mi corazón se aceleraba con cada carta que llegaba y que sigo guardando en mi cajita de los recuerdos...*

En el sexto mes, él me pidió ser su novia y yo por supuesto acepté. En ese intervalo de tiempo no supe nada sobre mi prima. Jamás se abrió conversación sobre su persona en nuestros diálogos por correspondencia con George. Nosotros simplemente hablábamos sobre nuestros sueños, anhelos y lo mucho que deseábamos vernos en persona. El año se hizo largo y la espera a veces era insoportable. Él me enviaba regalitos y pequeños detalles que me hacían feliz, pero yo lo único que deseaba era verle, poder abrazarle y besarle. Maldecía a la distancia hasta que el momento ansiado llegó. Mis padres sabían sobre George, habían notado que había algo entre los dos, así que no se opusieron a que él se quedaría a pasar sus vacaciones en Caernarfon.

¡Fue un verano inolvidablemente bello! Cuando le vi con un ramo de rosas rojas ante la puerta de mi casa, me llevé la sorpresa de mi vida. Yo pensaba que vendría dos días después, pero tanto mis padres como todos en la casa, estaban al tanto que vendría antes. Me traía además de las flores, una caja de música hecha en París, una auténtica delicia para la vista y el oído. De plata y decorada por los laterales con nácar y unas hermosas formas geométricas. Dentro había una bella bailarina que danzaba en círculos de manera elegante al son de la bagatela de Beethoven: Para Elisa.

Os podéis imaginar que iniciamos un noviazgo, él era mi hombre y lo supe desde la primera vez en que le vi, a pesar de mi tierna edad. Comprobamos que en la vida real nos llevábamos aún mejor que por cartas y no lo dudamos, iniciamos una bella relación que tras cinco años de noviazgo acabaría en una boda y un matrimonio que duraría muchos años, años en los que compartimos tanto sonrisas como tristezas, pero siempre juntos, mano a mano, codo con codo y con un beso final que sellaría un amor verdadero.

Nuestra relación fue aceptada por casi todo el mundo, porque el amor que nos profesábamos se notaba a leguas.

—¿Delilah también lo aceptó? —Preguntó Aireen, extrañada. No conocía a la abuela de la auténtica Kellog, pero sí la había visto alguna que otra vez en la plaza del centro de la ciudad, cuando ésta todavía poseía todas las facultades de su mente. Siempre le había dado la impresión de ser una mujer de un carácter de mil demonios, incluso viejita se notaba severa su expresión, exigente con todo el mundo y mirando por encima de su hombro a los demás seres. No parecía en

lo absoluto alguien capaz de asimilar la felicidad de un prójimo, aunque ese alguien fuera su propia familia. El ego dominaba la vida de esa mujer y esos mismos valores le había enseñado a la desdichada Aireen.

—Eso nos hizo creer querida niña. Durante el noviazgo que tuvimos ella jamás apareció por aquí. Logró estudiar en los colegios más prestigiosos en París y otras ciudades importantes europeas. No tardó en crear su primera marca de zapatos para mujeres y triunfó. Los negocios eran lo suyo, tenía un auténtico talento para crear más dinero y aumentar la fortuna de su padre. Esa es una característica que siempre he admirado en su persona, porque sí, tenía muchas buenas cualidades que por desgracia las malas tapaban. El día que decidimos la fecha de la celebración de mi compromiso con George, dispuse arreglar el conflicto con mi prima que ya duraba demasiado, deseaba hacer las paces, así que la envié una invitación, aunque George se negaba en rotundo. No quería verla, decía que ella era capaz de destrozarlo todo. Yo siempre le respondía que exageraba a más no poder, que era cierto que Delilah era caprichosa y malcriada, pero tampoco era un monstruo. Cuánto me engañaba...

Fue un 25 de Julio, uno de esos días que cualquier mujer quiere recordar con amor y una gran sonrisa. Hacía una semana que me había llegado la respuesta de Delilah, aceptaba venir y me felicitaba por mi unión. Me sorprendió gratamente y mi felicidad fue descomunal ya que anhelaba volver a ver a mi mejor amiga, a esa chica que quería con locura, esa con la que me pasaba noches enteras hablando, esa con la que más risas compartí en mi niñez...

Delilah llegó como a las tres de la tarde. Llevaba un vestido hermoso pegado al cuerpo en color champán y estaba maquillada como una diva. No había persona que no la mirará embobada al verla pasar, le encantaba ser el centro de atención. Al vernos, tras tantos años de separación, ella me dedicó una sonrisa, un gesto que creí sincero, pues lo parecía. La abracé efusivamente y susurré en su oreja lo mucho que la había echado de menos, supliqué su perdón y su presencia en mi vida como una vez prometimos bajo el olivo cuando todavía éramos tan inocentes que no había ni pizca de maldad en nuestros cuerpecitos. Delilah acarició mi mejilla con ternura y con una voz suave y lágrimas acumuladas en su perfecta mirada, me contestó: **“Ya está todo olvidado, miremos hacia el futuro. Me alegro mucho por ustedes dos.”**

En ese instante, un peso enorme bajó de mis hombros y pensé que ese día no podía ser más perfecto. Nuestra rivalidad oficialmente había finalizado.

Me acompañó mientras me vestían y maquillaban. Hablamos y reímos como hacía años y yo me sentía en una nube, pues recuperaba una hermosa amistad e iba a celebrar mi compromiso con el hombre que amaba. Dicen que el lobo a veces se disfraza de cordero, nunca supe el significado real de esa frase hasta aquel día, aquel julio caluroso que pensé que sería un sueño hecho realidad y se convirtió en una pesadilla.

Mientras todas las chicas tomábamos vino blanco, cada una hablando sobre sus ideas de cómo debe ser una boda perfecta y una despedida de soltera, Delilah sacó una caja de bombones en forma de corazón. —“Son de París, los he traído especialmente para ti. Espero te gusten querida prima”. —Me dijo. Yo sonreía, me encantaban los dulces al igual que ahora. Abrí la caja y empecé a comer con ganas, acompañando a aquel carísimo vino con esos riquísimos bombones. De repente la cabeza me empezó a dar vueltas, me sentí tan mal y me puse tan pálida que todas las mujeres que me acompañaban en la habitación decorada con gusto para pasar una noche romántica con mi prometido después de la fiesta, se pusieron a gritar dominadas por el pánico. Me comencé a marear tanto que sentí que una oscuridad

deseaba abrazarme, lo último que vi fue a Delilah sonreír de una forma espeluznante y luego todo se volvió tan oscuro como una noche sin estrellas ni luna.

Lógicamente mis invitadas llamaron a la ambulancia y a mi prometido, sin perder tiempo. La celebración se suspendió, toda mi familia y mis amistades más cercanas, al parecer estuvieron tres días enteros en el hospital esperando noticias de una mejora, pues resultaba que me habían envenenado con arsénico. Tuve mucha suerte de sobrevivir ya que la dosis no era tan grande, al tercer día, que fue cuando abrí los ojos, quedé totalmente confundida al encontrarme en una habitación de hospital. Una enfermera estaba oliendo el enorme ramo de flores que había sobre la mesita al lado de mi cama. Era joven y recuerdo la expresión de sorpresa pintado en su cara. —Oh, por dios, ha despertado, señorita. Enseguida llamo al doctor. —Dijo la muchacha. Supuse que estaba de prácticas, pues no parecía profesional y se impactaba con facilidad. El médico no tardó en llegar, le conocía bien, pues era el médico de la familia. Me saludó con una sonrisa, diciendo. —Sabía que te pondrías bien, eres una chica fuerte. —Después me explicó lo sucedido y yo quedé impactada. Yo era y soy de las personas que se esfuerzan por lograr los nobles ideales y que alguien de mi estirpe fuera lo contrario, un ser cínico en el amor, ruidoso y agresivo, era más que epatante y espeluznante. Un golpe muy duro porque jamás ni en mis peores pesadillas me habría imaginado algo así de Delilah. En mi fiesta de compromiso, con unos bombones de chocolate que eran como el beso de la muerte, dulces, seductores y peligrosos... Sentí que tocaba el infierno con mis propias manos, era dolorosa esa traición. Intentó matarme y con eso todos nuestros buenos recuerdos desaparecieron al instante, como una supernova que explota y no queda rastro de su luz.

No la denuncié, todos insistieron e inclusive George quería matarla con sus propias manos, pero me empeiné en que la dejarán en paz, solamente quería dejarla atrás y seguir con mi vida. Tal vez parezca irracional y muy estúpido, pero eso decidí en aquel instante.

Los años pasaron, yo me casé con George e iniciamos una vida feliz en matrimonio. El asunto se fue olvidando, ya nadie mencionaba su nombre por estas tierras. Mis padres por supuesto, dejaron de hablar con su padre... Básicamente murieron para nosotros y para el resto de la familia, era como si no existieran.

No fue hasta hace unos años que recordamos que Delilah tenía posesiones aquí que le correspondían tras la muerte de su padre, persona que no volvió a pisar el castillo por la vergüenza que sentía por culpa de su hija. Nunca reclamó nada. Pero, claro necesitábamos esa cuarta parte que por derecho era suyo para poder abrir un orfanato, el sueño de George. Logré localizar su número de teléfono gracias a la página de su empresa por Internet. Ella había rehecho su vida, ya tenía hasta una nieta a la que cuidaba, había perdido un hijo y sinceramente, pensé que había cambiado ya que la vida se encarga de ponernos en nuestro lugar. Sentí que al igual que yo, había acatado dócilmente el consejo de los años y abandonando con donaire las cosas de la juventud. ¡Me engañé por enésima vez! Vino aquí, ya con canas y el cuerpo cansado por la intensa vida que había llevado. Caminó con la cabeza erguida como una reina egipcia y sus ojos al vernos a mí y a George soltaron llamas como el fuego de esta chimenea. Su boca empezó a soltar veneno y supimos que sería imposible hablar de forma normal. Discutimos mucho, tanto que tuvieron que oírnos en dos kilómetros de distancia. Ella se fue hecha una furia y nunca atendió nuestras llamadas, nosotros dejamos de buscar contacto y ella nunca buscó su herencia. Mi esposo murió sin cumplir su sueño.

—¡Era una maldita perra egocéntrica! —Exclamó la supuesta Aireen, dejando en shock a todos. Después se sonrojó de forma exagerada y bajó la mirada avergonzada por ese exabrupto.

Le costaba cada vez más disimular.

—Lo era, por eso me extraña que te haya criado tan diferente a como era ella. Supongo que en sus últimos meses de vida cambió o tal vez no lograba recordar que su personalidad auténtica es negra y podrida como su alma. —Dijo Pearl y se notaba por cada gesto el coraje que sentía.

—Hablas con odio y sin embargo en tu mirada no se puede contemplar eso, tan solo se ve tristeza. —Susurró en respuesta la muchacha y los demás asintieron de forma imperceptible. — Cuando veníamos hacia aquí, Emanuel me contó muy por encima, simplemente dijo que debía descubrir esta historia si solamente me la contabas tú, pero me dio la impresión de que miraba con cierta melancolía cuando pronunciaba el nombre de mi abuela. —Añadió la mujer y la razón por la cual se hablaba de todos esos secretos enterrados.

—Emanuel creció junto a nosotras. —Contestó Pearl con una leve sonrisa que no llegaba hasta sus ojitos que expresaban muchas emociones excepto alegría. —Su familia siempre ha trabajado para nosotros y de niños solíamos jugar los tres. Él, yo y Delilah. Emanuel estaba enamorado de ella desde los ocho añitos de edad y con la adolescencia su amor se acrecentó. Esperaba con impaciencia su llegada de París y el cambio tan brusco en la risueña y buena niña, convertida en una mujer fría y calculadora, le dañó mucho más de lo que está dispuesto a admitir. Como ya te habrás dado cuenta, Emanuel es mucho más que un empleado, pasa lo mismo con Dierdre. Son amigos de esta familia, una parte importante de la vida de mi nieto y la mía. Dierdre vive aquí, mientras que mi querido amigo, en la cabaña de sus padres que se encuentra cerca. Suele bajar en trineo en los inviernos. Atticus de niño pensaba que es Santa Claus. —Admitió Pearl provocando carcajadas en todos.

Atticus enrojeció y sonrió de forma encantadora, robándose el alma de la joven mujer cuyo secreto probablemente le espantaría. Ella de vez en cuando le observaba mientras escuchaba, pensando en que efectivamente sentir lo que sentía a su lado hoy en día se podía ver solo en las películas navideñas románticas o en novelas. Debía aprovechar el tiempo y disfrutar de eso. Tal vez el destino y su curiosidad la había metido en ese embrollo de primera para poder experimentar lo que era en verdad un amor de esos que ocurren por milagro en la vida. No dudaba ni por segundo que llegaría a enamorarse locamente, tan profundamente y de forma demencial si él la tocaba con esos largos dedos que parecían profesionales, como si supieran la nota exacta para producir la melodía compuesta de gemidos más hermosa.

Movió su cabeza con violencia, intentando apartar esos pensamientos que la hacían apretar los muslos con fuerza. Su sexo se empapaba muy rápido en cuanto ese hombre entraba en su cabeza como un señor de los infiernos con rostro angelical y mirada pecadora, preparado para enseñar placeres que el propio diablo sentiría envidia de la sutil perversidad que reflejaba esa mirada, muy prometedora...

Atticus la miró frunciendo el ceño sin comprender muy bien lo que la pasaba.

—¿Estás bien? —Preguntó Dierdre, preocupada, pensando que el secreto de su supuesta abuela la había afectado.

Tan solo Pearl la observaba con una sonrisa maliciosa. ¡La vieja pillina la había calado!

La castaña bajó la mirada y aclaró la garganta, antes de formular una pregunta que le interesaba mucho, pues era como una gran incógnita que no llegaba a comprender de toda aquella historia. Así de paso les llamaba la atención porque todas las miradas estaban puestas en ella y eso la ponía tan de los nervios que le daban ganas de explotar.

—¿Qué tiene que ver en toda la historia el anillo que Aireen, ósea yo, heredo?

—Buena pregunta. Ese anillo era importante para tu abuela porque en cuanto se enamoró de

George, lo compró para regalárselo. Mi difunto marido me contó que la misma Delilah le había dicho que se lo regalaba como símbolo de su amistad, pero su obsesión llegaba a ser tan visible y hasta cierto punto maniaca, que él se negó. El día que vino aquí, tras tantos años de no vernos, discutimos y ella tiró ese anillo al suelo con tanta rabia que me puso el vello de punta. Ese día entendí que él no era un simple capricho. Le amaba en verdad, de una forma enfermiza y muy posesiva, pero le amaba.

—Dicen que jamás amó a su marido... —Dijo pensativa la joven que estaba a punto de recibir una joya familiar que no la pertenecía, acordándose de las tantas habladurías sobre las Kellog en la peluquería a la cual, curiosamente no echaba ni pizca de menos.

—Lo lamento tanto... Pobre Delilah... Nunca logró ser feliz. Pero, el amor jamás pregunta y yo y George nos amamos hasta su último aliento con una fuerza que despertaba un torbellino de emociones en mí siempre. Nunca nos aburrimos y conocí el amor de verdad, por eso agradezco todo lo que viví hasta esta edad que tengo ahora. He vivido muchos más años que ustedes dos y quiero decirles que tenéis mi bendición de conoceros y descubrir si esto que sentís es igual de sincero, dulce y a su vez salvaje como lo que tuvimos yo y mi esposo. —Les dijo Pearl a la pareja que se miró a los ojos uno al otro, pensando que la señora del castillo tenía mucha razón. Deseaban descubrirlo, pero a su vez ambos temían saltar por un precipicio que les llevará hasta la muerte, o igual les salían alas y volaban por el hermoso azul del cielo, descubriendo una felicidad que no se puede describir con palabras, tan solo sentir.

Pearl sacó un anillo de varón de una cartera aterciopelado en color negro. Era hermoso, de oro blanco y decorado con rubíes. Muy masculino, pero a su vez elegante y fino. Si Delilah había guardado esta joya tantos años, cuánto debió amar al esposo de su prima, a su manera, pero amor al fin y al cabo... Era tan triste... Un amor verdadero podía causar daño al resto de personas, como un incendio que se lleva todo por delante. La cuestión es... ¿Quería *ella* meterse entre las llamas con el riesgo de quemarse?

Capítulo 10

Sola en el refugio de su habitación, pensaba, reflexionaba sobre tantas cosas a la vez que, si su cabeza estallaba, no la parecería raro en lo absoluto.

Los golpecitos en la puerta la sacaron de la matrix en la que se había adentrado, creando un mundo confuso dentro de su cabeza.

—¡Pasa! —Dijo cruzándose de brazos. Podía imaginar quién era. El pomo de color dorado giró lentamente mientras el ritmo del corazón femenino se aceleraba.

Atticus abrió la puerta de la estancia, llevaba unos pantalones de pijama mientras que la parte superior la tenía totalmente descubierta.

Ella tragó saliva al contemplar fogosamente su rostro, rememorando cada rasgo para poder recordarlo cuando se alejará de ella, porque sí, lo haría. Llegaría ese momento, aunque ahora en ello no deseaba pensar, no. Ahora en ese mismo instante quería deleitar sus ojos con esa piel satinada de color oliva que cubría unos hombros anchos, musculosos y tan varoniles que se le secaban los labios. Su pecho estaba recubierto por una fina capa de vello que en él se veía de lo más sensual. Su abdomen firme como una roca con una cicatriz ligera de color blanco apenas visible, incluso eso le quedaba condenadamente sexy. Lo peor y lo que más la hacía ir hacia el camino de la locura de un mundo lleno de erotismo, era esa mirada adornada por unas pestañas negras y gruesas que le hacían parecer un dios griego que ha bajado a la tierra para cautivar los corazones de las mujeres mortales, tan sencillas en comparación con una diosa y a su vez, tan hechizadas por el poder que emanaba de cada poro de esa miel que deseaba probar con la lengua. Sí, en definitiva, no había nada que se le antojará más en ese bello instante que acariciar esa piel con la lengua hasta oírle suspirar y sentirse poderosa por poder provocar semejante sensación en un hombre así, uno que, en su mundo, ese mundo real del que ella venía, nunca habría cruzado dos palabras con ella.

Atticus se acercó lentamente hasta que llegó hasta la cama donde la mujer estaba recostada. Sin darse cuenta, la muchacha levantó el edredón hasta la barbilla. Él al ver el gesto, sonrió cálidamente.

—No pareces muy experimentada en cuanto al arte de la seducción dulce Aileen.

Esa frase la espabiló, era cierto que no, pues nunca había tenido el tiempo ni las ganas de descubrir esa parte de la vida. Tan solo una vez mientras estudiaba, tenía alrededor de quince, pero la experiencia fue rápida, vacía y sin sentido. Decidió que no valía la pena a menos que uno quisiera procrear, pero ahora, lo que sentía era diferente porque con tan solo la caricia de esos luceros que brillaban como dos diamantes, sentía su piel ponerse como de gallina, una lava caliente como los fuegos del infierno amenazaban por deslizarse por la carne blanca de sus muslos demostrando cuán perversamente dulce podía llegar a ser. Siempre había creído que es una mujer fría en ese aspecto, ahora se daba cuenta que no había habido hombre que pudiera despertar esa lujuria en su ser como Atticus lograba hacer sin siquiera llegar a acariciarla. Todo eso era fascinante, interesante, placentero, pero... Le daba miedo, un auténtico terror porque sentía que podía agarrar la mano de la propia muerte de tantos suspiros que dejaba escapar, pero a su vez pensaba que cerrar los ojos y dejarse caer sobre las nubes de la felicidad, evitando entregarse a los brazos de su soledad y a la tristeza que intentaba evitar a toda costa, podrían por fin hacerla

sentir que estaba completa. ¿Llegaría a desaparecer el vacío algún día?

—¿Te parezco inocente, Atticus? —Preguntó ella con la voz temblando por la emoción.

—Tanto como una dalia blanca acariciada por las gotas de la lluvia en una mañana primaveral.

—Soy tan inocente que por el día visto de blanco y mi rostro parece el de una virgen sonrojada. Cuando llega la oscuridad iluminada por su luna, bajo el velo que cubre mi inocente cara y mi mirada brilla de emoción, porque siento las tormentosas ganas de acercarme hacia el averno mismo y mostrar al diantre lo que realmente significa una dulce perversión.

No sabía cómo y de dónde habían salido esas palabras, pero al ver la decisión en los ojos de él, supo que había hecho bien... Sí, se atrevería a pasear agarrada de su mano por el sendero del reino de Ares.

—Te espero en la sala de música, si te atreves a venir princesa de mi perversión, estaré esperándote allí, dándote la bienvenida con una de mis piezas favoritas.

Dicho eso, él salió, mientras la castaña pensaba en lo que se pondría para que ese encuentro fuera especial. Deseaba con ansias saber cuál es su pieza preferida.

Se decantó por caminar descalza con unas braguitas de color negro y un sujetador del mismo tono. No tenía ropa inferior bonita, pues escatimaba en gastos, pero esperaba de corazón que a él le gustará.

Caminó por el frío suelo y bajó las escaleras temiendo que alguien se despertará y la viera con esas pintas. Pero eso no ocurrió y al llegar hasta la sala de música que era más pequeña que la antigua y a la que casi nadie entraba nunca según parecía, una dulce melodía atrapó sus sentidos por completo. Se quedó en el pasillo un tiempo ahí afuera, sin saber precisamente cuánto, pues era como si este se hubiera detenido. Aireen no sabía con exactitud, si no se atrevía a entrar a la habitación ya que temía interrumpir la réplica perfecta de una pieza de «Para Elisa» o porque, en el fondo no estaba lista para afrontar aquello. Hacía apenas minutos, estaba tan segura...

No, ya había reflexionado y tomado una firme decisión, así que se inclinó por la primera razón, tomó el pomo frío de cobre en color plateado y entró.

Atticus al percatarse de su presencia, detuvo la danza de sus ágiles dedos sobre el piano. Ella lamentó que haya pausado ese bello sonido y a su vez se alegró porque su atención se centraría por completo en su persona.

Ese tipo de sensación provocaba el moreno en su tierno corazón. Confusión, felicidad y constantes ganas de probar todo tipo de placeres que a su vez horrorizaban su mente inmadura en los aspectos carnales entre mujer y hombre.

Él se giró hacia la castaña y la miró de arriba abajo.

—¿Por fin te has atrevido? —Se lo preguntó con tal seguridad que Aireen pensó que todo este tiempo él estuvo tocando esa pieza única para ella, sabiendo con total certeza que lo escuchaba al otro lado de la puerta.

Atticus llevaba deseando eso desde el primer momento en que sus ojos se cruzaron con los de ella, con esos luceros que recordaban al otoño.

—Así es —Afirmó la joven—. Quiero cumplir cualquier fantasía contigo, Atticus, y quiero empezar por la primera —Habló con elocuencia, una técnica que ocultaba sus inseguridades, aunque el condenado parecía captar cualquier emoción en su rostro, por insignificante que fuera, la podía leer como si de un mapa se tratará.

“Aireen” no era atrevida, pero junto a él aprendía y cada vez le gustaba más ver esa nueva personalidad suya. Ni en sus mejores sueños se habría imaginado que podría hablarle a un varón

tal y como lo hacía con él.

En definitiva, ahora se descubría a sí misma como mucho más segura, más sensual y provocativa.

—Desnúdate —ordenó Atticus, pero con un tono que parecía más bien una súplica.

Ella mordió sus labios al escucharlo, definitivamente su voz era mejor que cualquier melodía, ligeramente rasgada, tan varonil...

Con las manos temblorosas quitó lentamente sus braguitas, sonrojada hasta la raíz del cabello, pues estaba ante su vista totalmente descubierta... Después quitó el sujetador, sintiéndose torpe por un instante. Se sintió avergonzada, cubrió sus senos, pues el miedo y la inseguridad empezaban a susurrar en su oído acerca de las imperfecciones exhibidas ante la luz.

Atticus la observaba de una manera tan arrolladora que ella pensó que con tan sólo la mirada profanaba todo su cuerpo. No se acercaba, pareciendo tan moral y sin embargo su expresión indicaba una total obscenidad.

—Sigue —Susurró él con la voz aterciopelada.

Una voz que provocaba en la muchacha sensaciones tan eróticas como las que alguna vez, creyó ver sólo en películas o en esos libros románticos que le encantaba leer antes de conciliar el sueño, alguna vez se había acariciado mientras leía algo para ayudar a estimular sus sueños mojados, pero no era nada en comparación a ese momento en el que se sentía suya y, sobre todo, deseaba ser suya.

Aireen dejó de cubrir sus bellos pechos y bajó sus manos, quedando como un ángel de luz, ante él, un demonio de las tinieblas decoradas por sombras de sensualidad.

Atticus la examinaba con tanta atención que atravesaba la piel de Aireen con tanto efecto que ella sentía las primeras gotas de su dulce néctar resbalar por sus piernas.

Él ni la había tocado y ella ya estaba preparada para recibirlo.

Atticus se percató de su muestra de deseo y sonrió de soslayo.

Se levantó de la silla en la que estaba sentado hasta ahora y se acercó hacia su bella musa con pasos lentos... Como un león que deseaba probar a su leona.

A ella se le oscurecieron los ojos como dos pozos sin fondo, sus labios se entreabrieron suavemente, invitando con el lenguaje más primitivo al hombre que ya estaba a tan solo centímetros de su perfecto rostro que ahora resplandecía, aunque ella siquiera se daba cuenta de eso.

Atticus acarició su cabello, pensó que era como una fina cortina satinada. Después sus dedos bajaron por su cuello al cual apretó con suavidad mientras su respiración se alteraba, y la de ella se entrecortaba porque su tacto era mejor de lo que se había imaginado.

—La primera vez que te vi, me asombré de lo hermosa que estabas, preferí pensar mal de ti porque me desconcertaste, pero me alegro de que así fuera mi preciosa... Me mentía a mí mismo y me ayudaste a descubrir la verdad, que no amo ni deseo a Esther. Entre tanta mentira, tú fuiste mi única certeza. Me sentí como un degenerado porque lo primero que se me vino a la mente fue ponerte a cuatro sobre mi cama y darte placer hasta hacerte sollozar, hasta oír la melodía compuesta por tus gemidos... Deben ser muy dulces, gime por mí, hermosa... —Habló contra sus labios con la voz ronca y ella no le defraudó, soltando un gemido que provocó en Atticus el suficiente atisbo de placer como para sentirlo en sus partes más bajas. Desde que la había visto desnuda ante él, deseaba hacerla suya de mil maneras, grabar a fuego su nombre sobre su piel. Sin aguantarse más, la besó en los labios haciéndola jadear porque prácticamente se la comió

hambriento ahogando sus lindos gemidos.

Las manos varoniles descendieron de manera lenta y tormentosa para la fémica por su cintura hasta acabar en sus glúteos, acariciando con ternura.

“Aireen”, chilló cuando sintió un repentino azote que más que molestarla, la excitó. Sentía que toda su piel quemaba y no sabía cómo suplicar por más, necesitaba más de esa dulce tortura.

—¿Qué es lo que quieres pequeña? Dímelo. —Ordenó Atticus al dejar de besarla, con una voz que no parecía ya la suya.

Los labios de Aireen estaban rojos como las fresas maduras y exquisitas, doloridos por esos besos exigentes, sedientos de penetrar en su alma.

—A ti... Hazme tuya ya Atticus. —Dijo con voz jadeante sintiendo que ya no estaba pisando la tierra. Sus piernas parecían dos gelatinas a punto de tropezarse, pero el fuerte brazo de él, lo impedía, manteniéndola pegada a su torso.

Sentir la piel de la mujer como si fuera una capa más de la suya propia, era algo indescriptible. Los pezones erectos de Aireen le acariciaban el torso de manera tan sensual que era vivir un continuo éxtasis y por un segundo deseó sentir eso siempre. Los dedos subieron acariciando la suave piel de la castaña hasta que se posaron sobre el pecho de ella y apretaron el capullo excitado de su rosado pezón. Ella se movió con violencia entre sus brazos, cual una serpiente deseando probar el fruto prohibido. Atticus la volvió a besar dejando rastro de saliva por sus jugosos labios, bajando por el cuello firme y pálido en cuya piel él dejaba marcas de dientes que a la mañana siguiente la recordarían que había estado entre sus brazos.

Ella gritó cuando sintió esos dientes en su pecho, chupando como un niño hambriento y mordisqueando la delicada carne de su hermoso y rosado cabillo.

—Ahhh —Gimió y aquel grito de puro goce provocó en Atticus una erección tan dolorosa que parecía una declaración de lujuria. Como una fiera en celo, la cargó en sus brazos y la posó sobre el piano de color negro, abriendo las largas y firmes piernas de la mujer de par en par.

Exponiendo ante su vista su punto más delicado, tan pequeño, rosado y sabroso...

Sin poder aguantarse más, como si fuera un colegial estúpido que por primera vez ve una mujer que más bien se asemejaba a una princesa de un reino lejano, entró en su ser de un solo empujón. Ella gimió molesta y él hizo una mueca jadeando torturado. —Estás tan estrecha que pareces casi virgen mi bella. Salió y volvió a entrar unas cuantas veces hasta que la hermosa joven se acostumbró a su tamaño comenzando a sentir un placer que como un rayo desde la cabeza a los pies la perforaba sin contemplación, llevándola más allá del cielo.

Ella comenzó a gemir creando una música perfecta, una de esas canciones con las que Atticus se obsesionaba y no podía dejar de escuchar durante días. Las embestidas de él aumentaron de una forma impresionante y el ruido del piano golpeado por sus cuerpos demostraba la salvaje pasión con la que danzaban sus cuerpos al son de sus jadeos y suplicas por alcanzar la máxima gloria. Las teclas sonaban por el desenfreno de la pareja, entremezclándose con gritos de agonía e invocaciones de dios, probablemente ya todos en el castillo estaban al tanto de que aquella estancia creada para la música ardía entre una pareja que practicaba la danza más antigua y deliciosa.

Con una última estocada, Atticus la catapultó hacia la galaxia, como fuegos artificiales dejaron su esencia en forma de jugo sobre la superficie brillante de aquel piano. Se abrazaron respirando con dificultad, ella posó la mejilla en su hombro mientras él acariciaba su cabello con ternura. Si aquella pieza hubiera tenido público, probablemente todos aplaudirían hasta que las manos les

dolieran, porque esa danza había sido interpretada de forma majestuosa.

Los minutos pasaban y ellos dos no deseaban apartarse uno del otro, pero tarde o temprano debían hacerlo. Ese acto les había unido en un lazo que parecía irrompible... Por un instante en el pecho de "Aireen", se instaló un atisbo de esperanza. Tal vez podía perdonar su mentira, tal vez estaba enamorado de ella hasta las orejas, al igual que ella de él, porque sí, debía admitirse a sí misma que por muy extraño que fuera dadas las circunstancias, estaba enamorada de ese hombre. No podría sentir con nadie más lo que acababa de sentir con él. No podría vivir sin él, o la vida se le haría arduamente difícil sin su presencia. Saber eso, la aterrorizó, pero no había vuelta atrás. Él tenía su corazón en sus manos y podía hacer con él lo que más le complaciera: Acariciar y cuidarlo como si de una flor del jardín de Edén se tratará, o romperlo y estrujarlo hasta que este dejará de latir por el dolor de ser rechazado cuando ha querido dar todo su amor.

—¿Te gustaría probar dulce de leche con galletas? —Preguntó repentinamente él. Su voz retumbó en las blancas paredes y ella sonrió con una carcajada. Se sentía inmensamente feliz.

—Me encantaría probar esa combinación. —Respondió.

Se levantaron con cuidado de aquel instrumento musical y se quejaron del leve dolor en sus espaldas. Igual no había sido tan buena idea, demasiado excéntrico y, sin embargo, tan delicioso... No, desde luego, sí que había valido la pena cada segundo en el que sus cuerpos se habían comunicado hasta alcanzar el Nirvana.

La noche transcurrió entre risas. Hablaron tanto que las horas dejaron de existir. Comieron dulce de leche con galletas y conversaron sobre temas bien variados, desde política hasta sexo, asuntos extensos, diferentes y que les permitieron comprender que ambos opinaban de la misma manera, en la mayoría de ocasiones.

Ni siquiera pegaron ojo y cuando vieron de entre las cortinas que la luz del amanecer se filtraba, los dos se miraron espantados hasta estallar a continuación en risas.

—Pero, ¡qué hacéis aquí y con estas pintas! —Gritó Dierdre, asombrada y la pareja se sonrojó de manera alarmante.

—¡Poneros algo encima, hombre! —Dijo la cocinera y ambos escaparon corriendo como si huyeran de un fantasma. Cuando llegaron hasta la habitación de él, estallaron otra vez en risas. La pobre Dierdre jamás olvidaría semejante espectáculo.

—Parece ser que no hemos dormido y el sueño es importante en esta vida. —Murmuró ella con expresión nerviosa.

—Tienes toda la razón, preciosa. —Respondió Atticus y la castaña se sonrojó de gusto.

—Bueno... Ehm... Yo me voy a mi habitación. —Dijo la muchacha dispuesta a irse, aunque la voz varonil que tanto adoraba, la paró.

—Quédate a dormir conmigo. —Su mirada oscura era de lujuria y ella con voz trémula habló.

—Si me quedo, no dormiremos.

—Te prometo que descansaremos, tan solo quiero oír tu respiración mientras duermes en mis brazos. Haremos el amor al despertar nena, y luego te llevaré a pasear en un carruaje con preciosos caballos, como su fueras mi Cenicienta.

Ella enrojeció como un tomate maduro. Era increíble lo directo que era ese hombre. Habían

compartido mucho más que simples palabras fogosas y, sin embargo, no podía evitar reaccionar como lo hacía.

Él sonrió y la llevó hacia la gran cama matrimonial. Se acostaron y no tardaron en dormirse abrazados. Sus cuerpos encajaban perfectamente, sus pieles contrastaban de forma interesante y bella. Él moreno y ella pálida como la nieve.

Lo último que pensó la Aireen falsa fue que todo lo que vivía con los Kellog era un cuento hermoso. No quería despertar de ese cuento cuya protagonista era ella. Esperaba no volverse la antagonista de esa historia, su corazón se partiría si él pensará mal de su persona.

Capítulo 11

El olor a algo rico entró por las fosas nasales de Atticus, abrió los ojos, ya era de tarde, probablemente sobre las cinco o seis. Frunció su entrecejo y su bonita nariz al divisar que Aireen no estaba a su lado. Quería volver a saborearla y empezar esta tarde con buen ánimo, aunque para eso tan solo bastaba verla sonreír.

Se levantó de la cama y se encaminó hacia el baño. El agua fría refrescó su somnoliento rostro. Cuando ya estaba despejado bajó y mientras caminaba por el largo pasillo, desde la sala de té se oyeron unas risas femeninas. Al entrar en la bonita estancia vio a su abuela, a Dierdre y a Aireen tomando café y comiendo pastelitos de limón.

—Hola querido. —Saludó Pearl a su nieto con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola abu, ¿qué es lo que huele tan rico? Tengo mucha hambre. —Dijo Atticus, pero mientras hablaba sus ojos estaban clavados como dos llamas en “Aireen” cuya respiración se había alterado, pues la mirada claramente indicaba que harían el amor otra vez, que podría disfrutar de ese cuerpo, esa piel, esos gemidos varoniles... Más tiempo.

—Dierdre preparó pollo al ajillo. Está muy rico, nosotras ya cenamos.

—Bien, seguir con vuestra charla, iré a cenar un poco y después llamaré a Emanuel. Quiero dar un paseo con Aireen.

La aludida en ese momento se sonrojó y se comió casi atragantándose otro pastelito de limón.

—Normal que tenga tanta hambre, si no han parado a noche, como dos perros en celo. — Comentó Dierdre y Pearl la taladró con la mirada. Tanto Atticus como “Aireen” se pusieron tan nerviosos que era comiquísimo contemplarles. Esos rostros rojos y esas miradas avergonzadas... Parecían dos colegiales pillados infraganti.

—Bueno... Iré a por ese pollo que debe ser delicioso juzgando por cómo huele.

Se alejó del reino femenino mientras Pearl y Dierdre se miraban la una a la otra aguantándose las risas.

La castaña lo único que quería era que se abriera el suelo y se la tragará.

Atticus comió una buena porción del plato que le supo a gloria. Era curioso, pero cuando uno tenía hambre todo le sabía exquisito. Mientras se comía el último bocado de la tierna carne sonrió como tonto, mirando fijamente un punto de la pared. Allí enfrente de sus luceros no había nada, tan sólo unos azulejos de color blanco con manchas en verde que quedaban de forma original. Como si la superficie fuera un lienzo, dibujó con su imaginación el rostro de su castaña. Había logrado recordar con la máxima exactitud sus rasgos, incluso sus gestos mientras se corría como posea, sí, esas imágenes se le quedarían grabadas en la mente por siempre.

Con decisión, marcó el número de Emanuel. El hombre contestó en el tercer pitido. —¿Diga? —Preguntó con una voz que denotaba que se había echado a acostar un rato.

—Necesitaré el carruaje con los ponys, quiero dar un paseo con Aireen. Él siquiera se daba cuenta de que hablaba con una euforia impresionante.

—Claro Atticus. Pero, ¿me dejas aconsejarte algo? —Preguntó el señor que le había visto convertirse en el hombre que era ahora.

—Por supuesto, te lo agradecería, de hecho. —Respondió el moreno. La verdad es que estaba totalmente seguro de lo que sentía, pero oír de alguien más que esto no era una total locura, daría aún más claridad a la confusión que emanaba de su ser sobre la rapidez con la que sucedía toda su historia romántica. Era hermoso sentir esa felicidad descomunal al tocarla, al sentir sus piernas alrededor de su cuerpo, al besar sus labios hasta sentir su alma... Era hermoso hacer lo que dictaba su corazón, pero la cuestión de todo era: ¿Es prudente?

—Una vez me contaron una historia sobre la creación de la humanidad. Decía mi abuelo que en paz descansa, que los dioses habían creado a unos seres excepcionales que decidieron llamar: Humanos. Estos pensaron, que lo más importante para ellos fuera el amor, que se sintieran siempre completos y felices, pero como deseaban divertirse, tomaron la resolución de separar sus cuerpos y corazones en dos mitades. De esa forma el humano podía pasarse años buscando a su media naranja, el ser que le completará en todos los sentidos que pudiera haber en la vida. Dicen que, por desgracia, no todos los humanos fueron seres inteligentes y pronto se hechizaron por las cosas materiales, olvidando el verdadero propósito de sus vidas: Ser felices.

Algunos deambulan toda una vida hasta el último suspiro buscando a la otra mitad de su corazón, para que este latiera lleno de vitalidad y no mitad muerto por preocupaciones llenas de vanidad. Otros, muy pocos, son afortunados de encontrar a su media naranja y deben ser lo suficientemente sabios como para no perder jamás a lo que se encuentra más difícilmente, que las piedras preciosas más costosas y singulares de la tierra.

Déjate llevar, hijo. Siente, disfruta y ama con tanta fuerza para que el corazón se sienta realmente vivo.

Dentro de nada saldrá la luna, un majestuoso satélite que nos ilumina y conoce nuestros miedos y secretos. Su belleza combina a la perfección con la nieve y la mirada de dos enamorados, dos mitades que se han re-encontrado.

Bésala con sinceridad, bésala con pasión, disfruta de la magia del verdadero amor.

Atticus no necesitaba oír más. Sonrió y con un agradecimiento que venía desde el centro de su corazón, contestó.

—Te agradezco el consejo, Emanuel. Prepara el carruaje, voy a llevar a una dama por el sendero del romance y con la compañía de la noche.

—La noche es el mejor aliado, hijo. —Dijo el hombre y colgó. El moreno decidió ir y perfumarse un poco, era cierto que sería un paseo informal en el que ambos disfrutarían de sus agradables conversaciones sobre cualquier tema que pudiera existir, pues Aireen era la persona con la que más facilidad sentía para expresar lo que su alma callaba ante los demás. Corrió pasando ante la sala de té y como la puerta estaba entreabierta, las tres mujeres que estaban allí sonrieron emboadas. Era tierno ver a semejante hombretón tan nervioso, ligeramente inseguro, lleno de júbilo y tan débil ante la perspectiva de pasar tiempo con la mujer que le gustaba.

Se perfumó rápidamente y se puso una bufanda de color azul oscuro. Complementaba bien su look casual que le sentaba de maravilla.

Cuando volvió vio a Aireen en el recibidor. Poseía una belleza que a simple vista no llamaba la atención, pero si uno era lo suficientemente inteligente, se daba cuenta que estaba ante una sirena, un tipo de belleza no terrenal, un tipo de sencillez, bondad y hermosura poco comprendida.

—¿Preparado? —Le preguntó ella, entablando conversación.

—Tengo muchas ganas querida Aireen. —Contestó con una sonrisa seductora que le robó el alma a la joven mujer.

Ella agarró su brazo con suavidad y juntos caminaron hasta la puerta sin ver que por detrás les observaba Pearl con una mirada llena de emoción.

El frío acarició sus pieles y las mejillas de ambos adquirieron un tono rojizo tierno. Emanuel les esperaba con una sonrisa, bien abrigado y con guantes de piel en color negro. El gorro de lana lo sujetaba entre las manos y con calurosa voz les saludó.

—Subid chicos, los ponys no deben pasear mucho en este tiempo tan poco amable, pero encantado os llevaré hasta la plaza de calle St. Marie. Os va a encantar, está muy bien decorada y hay unas dulces monjas que reparten chocolate.

La pareja asintió, se veían contentos y aunque procuraban no mirarse directamente a los ojos, parecía que no podían evitarlo.

Atticus ayudó a Aireen subir al carruaje, ella se sintió realmente dentro de un cuento, viviendo la vida de una princesa. La forma en la que él la miraba y sus acciones, la hacían sentir bella y única.

Los ponys en color blanco con manchas negras quedaban de forma idílica con aquel paisaje invernal. Los jóvenes se acomodaron y pronto emprendieron el cortísimo pero inolvidable viaje en carruaje, este era de color cremoso y decorado con luces navideñas. Cuánto más se alejaban del castillo de los Kellog, más movimiento se apreciaba por las calles: Gente corriendo de aquí para allá, cargando paquetes coloridos que debían ser regalos.

—¿No deberían estar cerradas las tiendas? —Preguntó la castaña, abrazándose a él, su calor hacía que apenas notara los pequeños copos de nieve que caían sobre su cabello y sus pestañas, haciéndola parecer una reina de hielo.

—La única que está todavía abierta es la de la señora Hampson. Es una tienda de antigüedades, aunque en esta época suele dedicarse a hacer pasteles junto a sus amigas del club de lectura, por eso el pequeño local está siempre lleno de gente por estas fechas. —Explicó Atticus.

El ambiente era tan lleno de felicidad e ilusión genuina que cualquier persona podía respirar la magia de la navidad.

“Aireen” podía sentir la mirada de su moreno clavada sobre ella, ya habían compartido tanto y, sin embargo, seguía sintiendo esa timidez innata de su carácter cuando estaba junto a Atticus.

—Tú observas toda esta ciudad con los luceros brillando de felicidad, admirando el paisaje festivo, mientras que yo... No puedo apartar mis ojos de ti pequeña Aireen. Lo único que se me viene a la mente al tenerte cerca, son versos poéticos desde el centro de mi corazón, un corazón que late tan deprisa que a veces dudo si estoy volando en lo alto de los cielos o sigo en tierra viendo tu belleza inusual y única.

Ella se quedó sin habla. Ese tipo de palabras acarameladas siempre le habían parecido graciosas, una táctica de los hombres para atrapar a los cervatillos mostrándoles miel detrás de sus verdaderas intenciones, pero en los labios de Atticus sonaba intenso, sincero y tan bonito que hasta respirar se le olvidaba.

—A mí me da terror mirarte, porque provocas sentimientos que jamás llegué a sentir, provocas en mí, pensamientos que me hacen avergonzar tanto como disfrutar. Mirarte a los ojos es una actividad tan placentera que asusta porque hace ilusionar con otra vida, alejada de la realidad que me rodea. Entre tanta hipocresía te vuelves lo único que vale la pena. Me siento tan fuerte como una leona salvando a sus crías a tu lado, pero a su vez, me siento tan débil que una simple acción

como caminar se me hace imposible si no estás a mi lado. Sentir eso asusta, es como un torbellino que se lleva mi razón, como una realidad donde toda lógica carece de sentido real, pues lo único que importa es sentir, por muy contraproducente que parezca...

—Puede que sí, puede que todo esto carezca de razón. Pero, lo único que importa es cómo me haces sentir Aireen. Lo único que importa es que sé que jamás me decepcionarás...

Esa frase fue como un puño, como un cuchillo clavado en su ser, una culpa disfrazada de cuchillo con punta afilada. Si él supiera, si él supiera cuánto le iba a decepcionar... Probablemente jamás entregaría su corazón.

—Bésame Atticus como si no hubiera mañana. —Suplicó la castaña con un susurro con la misma melancolía que el viento soplando en una noche estrellada.

Él no la defraudó. Sus labios tocaron los suyos y lentamente empezó a explorarla, mientras el viejo Emanuel miraba de reojo, silbando suavemente con una sonrisa burlona y divertida.

Atticus sellaba con ese beso una promesa, una decisión de crear futuros recuerdos con esa mujer que podía provocar en su ser un afecto profundo.

Ella, tan sólo se despedía, ese beso era eso... Una despedida porque en cuanto supiera quién es ella, la odiaría de por vida. Esperaba estar en la oscuridad detrás de las rejas y la cárcel de su propia alma, porque ver su rabia y odio partiría su corazón ya de por sí desdichado... Disfrutaría de esa fiesta entrañable con él, con el único hombre que sin esfuerzo alguno se había llevado su amor sin siquiera comprenderlo. Porque sí, le amaba, pero algunas historias eran imposibles y la de ellos dos era una de esas...

—¿Ves esa calle estrecha de allí enfrente? —La preguntó Atticus tras separar sus labios de los suyos, provocando un leve suspiro en la dama, sacándola de sus pensamientos que contrastaban con el ambiente feliz.

—Sí, es bonita. —Respondió ella pensativa.

—En esa calle solía reunirme con mis amigos en esas fechas. Jugábamos a tirar bolas de nieve hasta las tantas. Justo enfrente hay una heladería, la llevaba la mamá de una de mis amigas de infancia, en los veranos mi abuelo me solía llevar allí, recuerdo una anécdota muy graciosa...

Él empezó a hablar de su infancia feliz, de compartir los instantes más alegres de su vida con una mujer tan especial como ella. Para la castaña era un placer poder escuchar su tono jovial al contar sobre sus vacaciones de pequeño, pero al comparar esa niñez tan apacible y tierna con la suya bañada por momentos de soledad y charlas agradables, aunque escuetas con su abuela, una señora reservada, dulce y muy buena, tanto que regalaba lo poco que tenía si veía a otra persona más necesitada aún, se entristeció, pues su querida abuelita, no era dada a las demostraciones emocionales así que de cierta forma, siempre le faltó el sentimiento ese de estar con familia, se sentía arropada, pero para nada era similar a la relación de Atticus con sus abuelos. Él tampoco había disfrutado de sus padres, pero tenía suerte porque amor no le había faltado. Ni amor, ni nada en sentido material.

Ella había tenido que dejar sus estudios a una edad temprana y madurar demasiado pronto.

Era algo desconcertante que se sintiera por primera vez en un entorno tan familiar y cuándo él la miraba, oh... Cuando él la miraba sentía un calor en el pecho tan agradable que le daban ganas de llorar porque duraría poco, demasiado poco. Al menos podría rememorar estos minutos, los instantes más que mágicos compartidos.

—¿Estás llorando? —El tono de voz preocupado de Atticus, volvió a traerla a la realidad.

—No... Se me ha metido algo en el ojo. —Contestó trémula. Su respiración se entrecortó, cuando el moreno, delicadamente borró la triste lluvia que se deslizaba por su moflete.

—Tienes miedo. —Anunció, dejándola perpleja. Leía su alma como si ella fuera un libro abierto.

—No... Yo... —No sabía cómo explicarse, tartamudeó sin encontrar escapatoria ni palabra alguna que respondiera de forma convincente la razón de aquel desliz cometido por culpa de sus emociones desbordadas.

—Sé cómo te sientes. Es raro, una sensación difícil e inclusive imposible de describir, pero el miedo impide jugar y la vida es un escenario en el que, si no sabes jugar y temes, te quedas mirando a través de una jaula de cristal, viviendo dormido, sin ver, sin oír, sin ser capaz de sentir. Creo que me he enamorado de ti y tú de mí, quiero descubrir si este fuego que sentimos es realmente lo que siempre he buscado de una forma inconsciente. ¿Te atreves Aireen?

—Me atrevo. —Mintió como una bellaca, mientras pensaba: Tu amor se apagará despacio, como una hoguera sin leña y será inevitable caer en una depresión por la incapacidad de construir un posible futuro.

Atticus la abrazó con fuerza, acarició su cabello alborotado y mojado por la nieve, su dedo tocó con ternura su mejilla como el tacto de una tela de terciopelo, con la suavidad de una pluma. Apenas llegando a tocar y capaz de provocar con tan poco. ¿Se alejaría la tristeza sobre las alas del tiempo cuando el tiempo llegará? La hora de su separación. Se mortificaba tanto la mente que se sentía incapaz de disfrutar del paseo, hasta que él la besó. Un beso que empezó lento hasta que se tornó poco a poco en apasionado, tan sensual y hambriento que la propia nieve se derritió, incapaz de aguantar el calor de las llamas que emanaba de sus cuerpos.

—Atticus, debo contarte algo... Yo no...—Intentó decir la castaña cuando sus labios fueron liberados.

—Shhh, no digas nada. Tan solo siente y disfruta.

“Aireen” asintió, no, no era capaz de decírselo. Esta vez le besó ella, sedienta y deseando recordar su sabor de por vida.

—¡Allí hay un muérdago, chicos! Dicen que, si os coméis la boca bajo el muérdago, trae suerte. —Les dijo Emanuel provocando sus risas.

El carruaje paró y la pareja pudo bajar, disfrutando de pisar la nieve riendo como dos niños que recién descubrían al mundo.

Caminaron hasta el muérdago mientras algunas mujeres y niños curiosos se paraban para observar si iban a hacer la escena que más conmovía a las personas.

Atticus la sujetó con ternura de las manos, quedaron debajo de aquel símbolo navideño y se miraron a los ojos hablando sin hablar. El beso no tardó en llegar y fue tan perfecto que el público jadeó, soñador.

—Gracias. —Susurró ella contra sus labios.

—¿Por qué? —Preguntó él sin aliento.

—Por darme los días más felices de mi vida.

La confesión le dejó aturdido, pero saber que era el que provocaba su felicidad, llenó a su vez de júbilo su excitado corazón.

Las horas transcurrieron rápidamente. Tomaron chocolate, charlaron y bailaron al tacto de la música que creaban los artistas callejeros. La luna fue testigo de los jóvenes y de lo que sus cuerpos expresaban. Incluso ella, tan bella y reluciente, inspiradora de millones de leyendas, sentía envidia, pues eran un alma que había encontrado su otra mitad.

Se pasó tan rápido el tiempo que mientras volvían ambos pensaban en que aquella noche no

debería finalizar, aunque todavía quedaba mucho por hacer, como por ejemplo hacer el amor hasta que se hartarán.

Capítulo 12

Se despertó por culpa del sol que esta mañana brillaba glorioso en lo alto de los cielos. Su cuerpo estaba dolorido, pues hasta las tantas habían hecho el amor con Atticus de manera frenética y apasionada. Se levantó suavemente, observó a su moreno dormir profundamente. La visión de su pecho desnudo, subiendo y bajando era una delicia, le daba pena tener que sacarlo de su paz interior, pero ya eran las once de la mañana y ese día tenían mucho que hacer. Decorarían el exterior de aquel hermoso castillo que para los Kellog era su hogar. Apartó los ojos de las perfectas facciones del adonis con el que compartía la cama y decidida pisó el suelo frío que provocó en su ser un leve escalofrío, la piel se le puso de gallina mientras hacía gestos con la cara de desagrado. Sí, el invierno tenía su encanto, pero también sus contras, precisamente ese aire frío que golpeaba los huesos y la piel sin contemplación al despertar del confort caluroso de una cómoda cama. Abrió las cortinas de par en par y entrecerró los ojitos por la luz tan clara. Tras un segundo los abrió y suspiró por la belleza de la vista que se mostraba ante sus castaños luceros. Un paisaje digno de pintar que mostraba la majestuosidad de la naturaleza. La nieve abundante, blanca y tan esponjosa como un algodón de azúcar, el sol con sus rayos hacía parecer la masa fría aún más brillante, los tejados de algunas casas en el alrededor bañadas en color blanco y el humo que salía por las chimeneas demostraba que dentro de cada hogar reinaba un calor familiar, muy típico para la época.

—¿Qué hora es? —Le llegó a los oídos la voz somnolienta y ronca de Atticus.

—Ya es muy tarde, levántate perezoso. —Contestó ella con diversión. Él agarró su móvil que estaba sobre la mesita de noche y vio la hora.

—No es tan tarde, tenemos tiempo para seguir en la cama. —Respondió con una voz sedosa, un tono que invitaba a placer que ella ya conocía de sobra y, sin embargo, siempre estaba dispuesta de beber de ese gozo una y otra vez.

—¿Quieres seguir durmiendo? —Le preguntó “Aireen”, su mirada era inocente como la de una joven muchacha que no conocía el arte de la seducción, el mundo de lo sensual, pero sus labios entreabiertos, ese cabello alborotado como una cascada de río salvaje del Amazonas, esos pechos cuyos pezones erectos se mostraban provocativamente a través del camisón transparente, sugerían que sabía mucho más de lo que quería aparentar en ese momento. No, lo que quería era provocarle y lo estaba logrando, juzgando por la dureza que adquiriría su miembro.

La castaña pasó lentamente la lengua por sus labios sin apartar la vista de él. Hechizada, por el embrujo de la pasión y erotismo, siquiera se daba cuenta que de pronto era una diosa del amor, capaz de matar en el infierno de la lujuria a cualquier mortal.

Atticus se levantó. Ya sus ojos mostraban una fiereza, alguien que desconocía la palabra: Control. Lo único que quería era poseerla, poder marcarla como suya de todas las maneras posibles.

Caminó hasta ella de manera lenta, con pasos que auguraban el comienzo de una danza salvaje, dura, fogosa, irresistible...

Ya estaba a casi centímetros de sus labios que suplicaban por un beso, un beso que él no la iba a dar, pues estaba dispuesto a torturarla deliciosamente hasta hacerla explotar como las botellas de champán en año nuevo. Acarició su mejilla mientras ella aguantaba el aliento... De repente, sus

dedos tomaron sus cabellos y lo enrollaron formando una coleta sujeta por su varonil mano. La acercó hacia sí hasta sentir esos pezones acariciar su torso desnudo de manera deleitosa.

—¿Sabes lo que te haré a continuación Aireen? —Formuló su pregunta mientras su miembro ya parecía suplicar por ser liberado de su excitación, pero no... No se daría prisa, la torturaría, aunque eso fuera un tormento para él también. Se trataba de un suplicio que te hacía pasar por las puertas del infierno para acabar en las del paraíso.

—Primero chuparé esos pechos tan hermosos que tienes, los mordisquearé y me deleitaré con ellos hasta que gimas como una dulce perrita en mi oído. —Comenzó a hablar él mientras ella abría los ojos de par en par, como dos estrellas brillantes de lujuria endemoniada. Mientras hablaba susurrando con la voz gutural como si se hubiera tomado unos cuantos vasos de bourbon, su mano libre bajaba por su cuello hasta llegar a su pecho y amarlo. Ella soltó un gemido prolongado, esa parte de su anatomía era sensible. Esos dedos siguieron bajando, tan lentamente que ella estaba a punto de ponerse a lloriquear y a suplicarle que la follara.

—Luego te acariciaré por aquí... —La mano se posó en su triángulo de venus y ella jadeó de una forma tan gozosa que, para los oídos del moreno, fue hechizante.

—Ya estás preparada para mi polla, como veo... —Añadió con una sonrisa ladeada que mostraba su satisfacción por verla arder en las llamas de un puro y candente alborozo.

—Pasaré lentamente mi lengua por allí, al igual que anoche... Te encantó, ¿verdad?

—Ya... —Suplicó ella con la mirada vidriosa.

—Ya, ¿qué?...

—Por favor... —Rogó con una voz que no parecía suya. Estaba totalmente embrujada por el magnetismo de aquel hombre que era el erotismo personificado.

—¿Qué me estás rogando, preciosa? —Preguntó Atticus mientras su frente parecía perlada, porque ese juego que estaba jugando, empezaba a quemarle.

—Follame ya. —Dijo como una gatita. Él sonrió y sin que se lo esperara la castaña, la estampó contra la pared. La suave tela del camisón resultaba tan molesta en ese instante que la rompió dejando su hermosa piel a la vista de sus ojos. La levantó en brazos mientras la bella mujer enrollaba sus piernas alrededor de su cintura sintiendo su masculinidad, que no tardó en entrar en su cálida cavidad, casi resbalando por lo mojada que estaba. Comenzó un vaivén tan rico que los gemidos retumbaban contra los tabiques que sostenían aquella habitación. Él aumentaba sus embestidas incesantemente, de manera tan profunda que ambos estaban cada vez más cerca de tocar el nirvana.

Atticus no paraba de empujar mientras pellizcaba sus pechos duros como las rocas... Ella lloriqueaba y rogaba por más y él, no la defraudaba, entregándose al máximo hasta que estallaron en un clímax tan intenso que les dejó sin aliento.

Volvían lentamente en sí mientras estaban abrazados, se sentían relajados y satisfechos. Sus olores estaban impregnados en la estancia, demostrando y dejando huella de aquella danza entre las llamas llamada sexo, un acto que habían compartido de manera, ardiente, dura y, sobre todo, muy sincera, dejando en cada beso, caricia, mordida... toda su alma.

Cuando lograron separarse de aquel abrazo efusivo, ella caminó hasta el espejo de pared que había colgado enfrente de la cómoda, viéndose completamente desnuda, en su piel cremosa las marcas de sus dientes y sus dedos se podían notar, eso provocó que sus mejillas se tiñeran del color de las cerezas.

—Eres hermosa, tanto que podría mirarte eternamente... —Susurró él y ella respondió con suavidad.

—¿Compartimos una ducha?

—Me encantaría, debe ser un auténtico gozo verte retorcer bajo los chorros de agua, verte corriendo mientras tus fluidos se mezclan con el agua.

Juntos fueron hasta la ducha que les daba la bienvenida a una segunda e intensa ronda.

—¡Pongamos las luces en el centro! —Gritó Awen. Su hermana sacaba en ese momento, de las cajas que habían traído los hombres desde el desván, un 'Papá Noel enorme. Ya era de tarde y casi habían terminado de decorar la fachada que había quedado hermosa.

Ella, jamás se había sentido tan bien, tan arropada, si inclusive Pearl no la había dejado subir a las escaleras de pintura para colgar el muérdago en la entrada principal del castillo. Al final lo había colocado Atticus mientras la castaña se comía las uñas, nerviosa por el terror a que se resbalará y cayera.

Era como estar en un mundo de lazos donde se preocupaban uno por el otro. Ese cariño provocaba en su interior sentimentalismo y gran emoción entremezclada con temor.

Dentro de nada, se sentarían todos juntos en la mesa, para probar una nueva receta de Dierdre. Las niñas verían sus dibujos animados favoritos y sus risitas seguirían dando vida a aquel viejo y lleno de historia castillo. Pearl se sentaría cerca de la chimenea y haría alguna manualidad tomando a pequeños sorbitos su té de su taza favorita de porcelana. *Ella* se sentaría junto a Atticus y seguiría engañándole a él y a sí misma que todo eso puede llevar a un futuro.

—¿Qué os parece si hacemos todos juntos galletas de jengibre? Podemos decorarlas como nos apetezca y comérmolas por la mañana con una buena taza de cacao. —Les dijo Pearl mientras quitaba la nieve de sus guantes rosas de lana.

—¡Sí, galletas! —Gritaron las hermanitas con una emoción que hizo reír al resto del grupo a carcajadas. Los ojos de las dos rubias brillaban como dos estrellas en la noche.

Entraron todos juntos a dentro y se dirigieron hacia la cocina entre charlas. Conversaban sobre temas triviales, como, por ejemplo, sobre lo guapo que quedaba el muñeco de nieve que ya estaba un poco derretido, tendrían que hacerle unos arreglillos el día de mañana que es cuando según los noticieros del tiempo, nevaría aún más.

Lograron encontrar cuatro delantales, dos de ellos pequeños con dibujitos para las niñas, pues era algo que hacían sobre todo por ellas, la felicidad de ambas era muy revitalizante.

Se pusieron manos a la obra. Dierdre puso sobre la isleta de granito todos los productos que iban a necesitar. Atticus puso una música hermosa que era navideña y animaba el ambiente. Pearl comenzó a sacar todos los cacharos de cocina que iban a usar.

Pronto el calor del enorme horno, el olor del chocolate, cacao y nata, inundó el lugar, las risas retumbaban contra las paredes mientras que los copos de nieve caían tranquilos en una tarde calmada. Las niñas observaban a través de la ventana de la cocina mientras decoraban las galletas que estaban listas con colores chillones y formas navideñas o no tan navideñas: Había árboles de navidad, estrellas, corazones, y muchas cabezas de Santa.

—Parece que la relación entre mi nieto y tú va sobre ruedas... —Comentó Pearl mientras dibujaba una nariz roja a la galleta en forma de reno. Atticus estaba con las niñas riendo a carcajadas, pues Awen intentaba mancharle con la harina.

Ella no sabía cómo responder, repentinamente sintió su corazón acelerarse de una forma preocupante, sentía que no podía tomar aliento y que sus manos sudaban. El color de su rostro se fue y empalideció de una manera que asustó a la señora del castillo.

—Querida, ¿te encuentras bien? —Preguntó Pearl con el semblante pintado de preocupación.

La castaña sencillamente procuraba poder respirar con normalidad, pero no lo lograba, supo que estaba teniendo un ataque de ansiedad. Llevaba sin sucederle desde ya hacía años, desde que su abuela había muerto. Desde el horrible día en el que había vuelto de sus clases de baile contemporáneo y había visto a la mujer que la había criado tirada en el frío suelo de la cocina. Ese sitio en el que tantas veces se habían pasado preparando galletas con chispas de chocolate para después acompañar con una taza de té en la casa de la vecina y mejor amiga de su abuela. Al parecer, su corazón no había resistido sus ochenta años malvividos... Parecía dormida y una parte de ella suplicaba porque fuera así, para no tener que hacer frente a la soledad, pero la mujer no tenía un soplo de vida en su cuerpo. Sus cabellos, casi blancos por las canas, estaba suelto y despeinado, su bata de color verde con florecitas rosas tenía una mancha de mermelada. ¡Se había muerto haciendo lo que más le encantaba! Preparando uno de sus famosos postres para repartirlo por el vecindario con gesto serio, pero apacible.

No supo cuándo, pero todo a su alrededor se puso oscuro, un sentimiento que envolvió su alma como manta negra sin dejarla una vía de escape.

—¡Atticus, ven! —Gritó una Pearl al borde de los nervios.

El moreno fue tan rápido que en apenas dos minutos ya la tenía en brazos y subía por las escaleras para llevarla a su dormitorio. La nieve había aumentado con creces y viajar en coche era algo irresponsable.

—Llaman a Barney. Vive a dos cuadras, podrá venir, es médico. —Decía con voz trémula y tan preocupado que, al verle Pearl, sintió que se quedaba sin respiración. Su nieto estaba enamorado. No se trataba de una simple atracción fuerte, pero pasajera, no, allí había mucho más. Ya lo sospechaba, pero ahora sentía tanta certeza en ello que ya sabía al cien por cien que la sospecha en realidad era una gran verdad, tanto como que el sol es amarillo. Allí había sentimientos de por medio, sentimientos que se dibujaban en cada rasgo del rostro atemorizado de su querido nieto.

Despertó con los labios secos, deseaba agua con desesperación. Para su sorpresa, un vaso lleno de agua apareció ante su vista como por arte de magia. Era Emanuel que la observaba con una mirada calurosa, fraternal se podría decir.

—Buenos días bella durmiente. —La saludó el hombre mientras ella bebía el agua tan sedienta que parecía haber deambulado por el desierto durante días y haber vuelto a la civilización.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —Preguntó en cuanto ya se había acabado el líquido templado, sujetando el vaso de cristal entre sus dedos como si eso pudiera protegerla de sus temores que cada vez la costaba más enmascarar.

—Según el médico tuviste un ataque de pánico. Hablabas con Pearl cuando ocurrió. ¿Recuerdas?

Negó con la cabeza, mordiendo su labio inferior para que no temblará. En realidad, mentía como una bellaca, se acordaba perfectamente de la conversación que había tenido con la abuela del hombre que amaba.

Le daban ganar de llorar con fuerza, aullar de dolor porque no tenía la valentía de decir la verdad, porque había vivido un cuento a sabiendas que el final de dicho cuento provocaría el llanto de muchos.

Precisamente, cuando Pearl la preguntaba con la ilusión en el rostro sobre la relación que tenía con Atticus, ese sentimiento de culpa se había acentuado y había dado paso a recuerdos lejanos y dolorosos...

La vida era un bucle de lágrimas y champán con chocolate. Una especie de laberinto cuyo final no se podía hallar. Una secuencia de llanto y risas, de sabores dulces y agrios, de colores blancos y negros... La vida era sencilla, pero el ser humano no podía comprenderlo con su tendencia a complicarlo todo. Era lo que la había pasado a ella, una mujer que contemplaba y admiraba el mundo desde su jaula de cristal, por fin se atrevía a pisar la hierba, a sentir la lluvia acariciar su piel, a rozar con las yemas de los dedos el significado del amor y pasión y, sin embargo, todo resultaba un espectáculo, un teatro creado por ella misma, un escenario decorado por sus temores, por sombras negras que la asechaban y pedían explicación por sus actos.

—Niña, he vivido unos cuantos años más que tú. No lo entiendo todo y, de hecho, muchas veces creo que nada vale la pena y lo veo todo de una forma pesimista y vacía, pero hay veces, instantes, en los que puedo admirar una simple puesta de sol, el aroma que desprende el mar, el tacto de los pétalos de una flor, la risa de un bebé, el sabor de un buen café por las mañanas, el brillo de las estrellas que iluminan de noche, el maullido de un gatito, las curvas de una bella mujer, la compañía de un amigo del alma... Son tantas las cosas, que podría rellenar tres folios enteros, porque sí, la vida tiene sus complicaciones, pero nada supera la belleza de algo tan sencillo y a su vez fuerte como el amor. Recuerda que todo lo que siempre has querido está al otro lado del miedo. —Habló el hombre que ahora sostenía su mano con la delicadeza de un padre. Los ojos de la castaña se llenaron de lágrimas que amenazaban por salir. Sus palabras habían calado muy hondo en su alma humana... Un alma puro por naturaleza, pero que confundido se equivocaba de camino complicando su proceso de aprendizaje en el mundo.

—Sé que escondes algo, pero debes saber que esta familia ya te ama, una clara muestra que uno puedo llegar a amar en tres segundos lo que no llegó a amar en veinte años. La fuerza del perdón es inexplicable, pequeña. Las personas débiles suelen vengarse, los que son fuertes perdonan y aquellos que simplemente desean ser felices, olvidan. Creo firmemente en que los Kellog sois de los últimos.

—Yo no soy... —Empezó a decir la muchacha, pero fue interrumpida por aquel que cambiaba poco a poco toda su forma de ver el mundo, esa persona que empezaba a enseñarla de forma inconsciente la belleza que ella siempre supo que existía a su alrededor.

—Veo que ya estás bien hermosa. —Resonó la voz de Atticus en la estancia.

—Os dejaré a solas... Tengo que ir a mi cabaña y surtirla de ramas, el invierno es crudo este año. —Dijo Emanuel, levantándose y guiñándole un ojo a la supuesta Aireen.

Cuando quedaron a solas, él se acercó como un príncipe azul a la cama y se sentó a su lado. Con una ternura que dejaba sin aliento a cualquier fémica, agarró sus manos entre las suyas y con el brillo amoroso danzando por sus ojos oscuros con destellos verdes del color de las aceitunas, dijo. —Me has preocupado mucho, Aireen. Me alegro de que te encuentres ya mejor. No debes exaltarte, amor.

La preocupación que denotaba su voz, rompía su corazón en mil pedazos de cristal como el espejo del cuento de la reina de las nieves, ya no podía seguir con aquella farsa, le diría, le contaría todo y si se amaban de verdad, si el amor que sentían uno hacía el otro era tan extraño, hermoso y fuerte, la perdonaría...

—Atticus, debemos hablar. —Susurró ella, mientras una lágrima se deslizaba por su pálida mejilla hasta posarse en su fino cuello.

—Habla, pero ahora tan sólo quiero besarte. —Respondió él y poso sus labios contra los de ella. La castaña era incapaz de no responder a ese gesto, pues toda su persona gritaba por sentir el tacto de su piel, esa piel que era más dulce que el sabor de la miel.

El beso fue lento, como si estuvieran concentrados simplemente en sentirse, en sellar ese afecto con gestos románticos, tiernos y complacientes.

Atticus la abrazó, levantó las sábanas que la cubrían y se acurrucó junto a ella. Parecían una misma alma dividida en dos cuerpos físicos. Dos cuerpos que encajaban como las partes de un puzle. Dos energías que se atraían de forma magnética y se sentían completos al poder disfrutar de aquella cercanía que les hacía olvidar los temores y los fantasmas del pasado que solían perseguir a casi todo el mundo.

Así de acurrucados pasaron el día, viendo la tele, una mini plasma que allí había colocada sobre una hermosa librería de estilo clásico en madera maciza, con el espacio necesario para la pequeña televisión.

Dierdre les traía las comidas, dejando el suficiente espacio para la pareja y su día de pasarlo en cama con palomitas y mirando las películas navideñas más vistas de la historia. Pearl se había pasado solo una vez, y al verles tan cercanos y mirándose con amor, se había marchado con una sonrisa que podía iluminar a todo el castillo de Caernarfon. Ya empezaba a oír las campanas de boda... Su hermoso nieto por fin iba a sentar la cabeza y con una mujer adorable, un ser delicado y con un corazón enorme. No podía sentirse más dichosa la mujer, que desde ahora deseaba comprar todas las revistas de boda, decoración y pasteles que se pudieran encontrar.

Capítulo 13

Suspiró mientras miraba la nieve por la ventana del dormitorio de Atticus, este se había ido a hablar sobre unas cuentas con su contable. Probablemente estaban en el despacho principal conversando sobre estos asuntos tan delicados, mientras ella se mortificaba reflexionando sobre cuándo les diría la verdad. Había tomado la decisión de contarles absolutamente todo, pero nunca encontraba el momento adecuado.

Miraba el techo ensimismada mientras envolvía en su dedo índice un mechón de su cabello.

Hoy era el gran día, noche buena. Al cabo de unas horas empezarían a cocinar Pearl, Dierdre y ella el gran pavo y unos ocho diferentes platos tradicionales de la cocina galesa. Por supuesto, se había ofrecido encantada de ayudar, adoraba pasar el rato con los Kellog. Su rutina diaria se había convertido en un sueño idílico, sencillamente perfecta para ese corazón suyo que había sufrido por sentirse solo muchos años seguidos.

Pasaba la mañana con Pearl y Dierdre y a veces les acompañaba también Atticus. Como había tenido un ataque de pánico, él procuraba siempre venir con pequeños detalles para alegrarla. Un hecho que la hacía sentir aún más mierda de lo que ya se sentía.

Primero eran una caja de bombones con chocolate y frutos rojos. Él sabía que la mezcla de esos sabores era algo que a ella la fascinaba de sobremanera. Después, un libro de Thomas Harris, concretamente el “Silencio de los corderos”. Una novela de misterio que era indescriptible porque ponía los pelos de punta, con un personaje principal llamado Hannibal Lecter que practicaba el canibalismo. Sí, ambos estaban tan mal de la cabeza que disfrutaban de esa clase de historias que trataban sobre esa parte humana que pocos sacaban a traslucir, precisamente la miseria y maldad. El tercer regalito era un dibujo realizado por él mismo. En la pintura estaba ella riendo y sus ojos brillaban como dos piedras preciosas. Era una parte de su personalidad que Atticus había logrado captar y la había dibujado con esmero tan solo con lápices negros, creando una obra preciosa en blanco y negro. Lo peor, es que había logrado plasmar en su mirada que guardaba muchos secretos, pues, aunque estos brillaban de la felicidad que proporcionaba ese sentimiento de estar enamorado hasta las trancas, también mostraban al mundo que existían miles de cosas que se guardaba, cosas que temía contar...

—No tenía idea de que también supieras dibujar así de bien. Parece ser que eres magnifico en todo. —Le había dicho ella con una sonrisa ligera que provocaba en Atticus sensaciones indescriptibles.

—Ahora lo sabes bella dama, lo sabes todo sobre mí. Me pregunto... ¿Cuándo podrás hablarme de eso que tus ojos parecen esconder con tanto ímpetu?

Había respondido el moreno en cambio, dejándola obnubilada.

Agarró el móvil de Aireen jugueteando, pulsando teclas sin ton ni son, estaba claro que jamás descifraría el código de aquel chisme y nunca podría acceder a las redes sociales de la víctima, de esa mujer que tan atrocemente habían asesinado y cuya identidad se había robado ella sin ninguna contemplación. Una lágrima se deslizó por su mejilla hasta llegar a sus labios y sentir el sabor salado de la culpa transformada en tristeza. Repentinamente la pantalla del móvil brilló intensamente, dejándola perpleja y cuando miró y vio que de alguna forma inexplicable había logrado poner el código, por poco se pone a gritar. ¡No se lo podía creer! La excitación y euforia

inicial al cabo de unos minutos dieron paso a un temor que paralizó el cuerpo de la joven. ¿Y si lo que veía en el móvil era algo terrorífico? Tiró el artefacto lejos de sí misma, viéndolo espantada como si fuera una bomba a punto de explotar e incinerarla hasta que no quedará más que polvo de su ser.

Luego se dijo que era una tonta, que lo mejor sería ver lo que allí había, su sexto sentido femenino, le decía que podía ser algo importante. Temblorosa, se acercó y agarró el carísimo teléfono. En el fondo de pantalla se veía una foto hermosa de Aireen junto con su abuela Delilah. Estaba vestida con un sencillo pijama en color gris y parecía profesar un gran amor hacía la señora que le había dado todo. No parecía en absoluto frívola, antipática, creída... No, era una joven mujer abrazada a su abuela...

Dio un respingo cuando la puerta de la habitación se abrió bruscamente, llegando a golpearse en la pared y haciendo un ruido molesto.

¡Era Atticus y la miraba de una forma que la hizo creer que probablemente soñaba, que estaba en una pesadilla! Pellizcó su brazo de manera imperceptible con fuerza, pero no lograba abrir los ojos y salir de ese maldito sueño en el que el amor de su vida la miraba con asco, con un odio que le ponía el vello de punta.

—Atticus...—Susurró con la voz rota.

Él caminó hasta ella con grandes zancadas, no parecía el hombre que había conocido. Este Atticus exhibía por cada gesto suyo desdén. La agarró del brazo levantándola de un solo tirón y haciéndola un daño horrible que provocó su inevitable chillido.

—¡Qué haces! ¡Atticus! —Decía con la voz quebrada por el daño de su tacto, parecía castigarla y lo lograba porque su corazón comenzaba a sufrir y a aullar de dolor. No podía aguantar ese odio que parecía profesar hacía su persona en ese instante.

—¿Qué hago? ¡Maldita zorra mentirosa! —La gritó él mientras la arrastraba por las escaleras. Pearl estaba abajo con los ojos llorosos y temblando.

—Hijo, ten cuidado. ¡La harás daño! —Gritaba la mujer que parecía estar a punto de desplomarse sobre el suelo.

—¡Por mí como si se muere! —Exclamó Atticus en respuesta y ella sintió que su mundo se derrumbaba. Era como si la hubiera clavado una daga en el corazón con esa frase que la hizo desear desaparecer de la faz de la tierra. Al lado de Pearl estaba Esther con una sonrisa triunfal en los labios, estaba más claro que el agua que esa mujer se había enterado de todo y lo había contado a los Kellog, a esa familia que sentía como suya, pero que nunca lo sería. Las lágrimas acumuladas en sus ojos castaños salieron de forma descontrolada mientras gimoteaba porque él la arrastraba por las escaleras casi a empujones. En ese momento deseó en verdad morir, porque no valdría la pena vivir tras unas rejas de acero mientras nada ocupaba más espacio en su alma que la ausencia de Atticus.

Cuando llegaron hasta el recibidor, él la empujó y ella cayó de rodillas. Las niñas y Dierdre lo observaban todo desde el salón de té con las bocas abiertas.

—¡Cuéntales toda la verdad! —Rugió Atticus como un león herido.

—Sí muchacha. Cuéntales que la verdadera Aireen ha desaparecido, probablemente la asesinaste, perra asquerosa... Cuéntales que estas suplantando la identidad de Aireen Kellog. La verdadera heredera de Delilah Kellog. —Hablaba Esther con saña mientras la jalaba del cabello provocándole un daño horrible.

Cuajada en lágrimas por su estupidez y su deseo de vivir un cuento que sabía perfectamente no tendría un final feliz, levantó la cabeza y con una voz llena de culpa y dolor, respondió entre los

gemidos de su agonía: —Mi nombre no es Aileen. Mi nombre es, Ferryshyn.

El bofetón que le volvió la cara del revés no se lo esperaba. Cuando levantó la vista vio que el golpe había sido efectuado por Atticus. Sin embargo, a pesar de ello, lo comprendía y le miró con todo el amor del mundo, mientras las palabras de su despedida final salían por sus labios cual cuchillos afilados para el atormentado corazón masculino que tan despreciado y engañado se sentía:

—Soy una mentirosa, soy una manipuladora. Te engañé a ti a tu familia cual una serpiente que lentamente se arrastra bajo tierra preparada para morder la primera víctima que ve. Pero, a pesar de ser un pésimo ser humano, me enamoré de ti de verdad, te amé y te amo tanto que con tu presencia el significado de mi vida cobra todo el sentido. Entre tantas mentiras, hubo una única verdad y fueron mis sentimientos, ellos fueron y son tan reales como el aire que respiramos. Como un huracán me arrastraste hacia el abismo de la pasión que solo sentí contigo y tu nombre se grabó sobre mi piel con la fuerza de un atizador que remueve las llamas del fuego. Como una maldita alimaña me aproveché de tu amor, de tu confianza, porque jamás en la vida había sentido lo que contigo. Es una calma tan reconfortante como cuando vuelves tras un largo viaje al calor hogareño, es tan fuerte y pasional como un delicado fruto prohibido, tan moral y puro como el sonido del latido del corazón de un infante, tan pecaminoso que me hace sentir una fiera en celo que suplica por sentir más de ese glorioso sentimiento que muchos denominan amor. Gracias por haberme permitido volar por el cielo, por haberme permitido ver cosas que creía imposibles de ver, imposibles de sentir. No pediré disculpas, sería tener mucha cara creer que puedes perdonar algo así, pero quiero que sepas, que mis brazos siempre estarán abiertos para ti porque eres lo que ha cambiado mi vida irremediablemente. Me hiciste amar como nunca antes y con eso... Aunque solo sea una vez, la vida ha valido la pena vivirla.

Atticus sonrió dejando en shock a todos los presentes, él no podía pronunciar una sola palabra y es que muchas veces cuando una persona escucha algo que le duele hasta desear arrancarse los pulmones y quedar mudo, lo único que logra es sonreír débilmente para que nadie sepa y conozca su dolor.

En ese instante entraron unos agentes uniformados. Esther señaló a la mujer que parecía respirar sin vivir realmente... Como una flor sin voz ni deseos, un ser tan desdichado que no podía ver el sol a pesar de que este no había dejado de brillar.

Se la llevaron mientras Atticus sentía que una parte de él moribundo vagaba por el desierto, pensando en que todo había sido una perfecta ilusión.

La oscuridad de la celda ni siquiera la afectaba. Su corazón había sufrido tanto que ya había dejado de latir y no comprendía ni por qué seguía respirando. Una mujer, bastante alta, probablemente de un metro ochenta, con una constitución gruesa y llena de tatuajes la miraba sin apartar la vista de ella. Había imaginado esa escena decenas de veces, pero jamás había creído que hay cosas mucho más dolorosas que estar encerrada en un minúsculo habitáculo cuya única luz se filtraba por una pequeña abertura con rejas que pretendía funcionar como una ventana.

—¿Por qué estás aquí, muchacha? —Preguntó la mujer con voz de fumadora compulsiva.

—Porque lo merezco. —Respondió sin siquiera mirarla. Su respuesta sorprendió a la presa que se acercó a donde ella y la dejó alucinada al abrazarla.

—¿Por qué me abraza? ¿Me va a violar? —Preguntó con suavidad, pensando en que eso era lo único que la faltaba.

—No me gusta violar, me lo suelen pedir rogando, de hecho. No, simplemente creo que

necesitas un abrazo. —Contestó la mujer cuyo cabello se pegaba a su rostro como una segunda piel por lo graso que lo tenía. —Tampoco opino que te merezcas estar en ese agujero. —Añadió la presa.

—¿Tú por qué estás aquí? —Preguntó con curiosidad.

—Tráfico de drogas... Lo típico. Este sitio es muy difícil para gente como tú. Mi aspecto impone y por eso nadie me toca, pero no soy tan mala como puede mostrar mi aspecto exterior. La vida, nena, que hace de las tuyas para que uno acabe como yo, en la absoluta miseria.

—Yo en realidad estoy aquí por ser demasiado curiosa. —Dijo Ferryshyn y la señora levantó una ceja y con voz graciosa pidió. —Explícate, pequeña.

—Es una larga historia...

—Bueno... Ya ves que tenemos mucho tiempo. No hay que recoger a los niños del colegio, salir con el novio o ir a clases, o al trabajo. Mira, la cárcel tiene sus cosillas buenas. —La castaña no pudo evitar sonreír. Por primera vez desde lo ocurrido parecía que había un brillo de vida en su cuerpo.

—Vale... Todo comenzó cuando salí del trabajo, hacía bastante frío y tenía prisa por irme a casa, pero...

Habló durante horas, expresando todo lo que se había guardado en el corazón. Contó con la cara pintada de terror lo que sintió al ver a Aireen en la nieve desfigurada, contó con emoción la felicidad que inundaba su ser cuando estaba con los Kellog, habló sobre Atticus con tanto amor y tristeza que aquella presa que a simple vista no poseía conciencia y corazón, lloró junto a ella mientras la celda se hacía más oscura aún con la llegada del atardecer. El cielo adquiría tonos rojizos que daban aspecto a aquella cárcel tan famosa de la zona, a un sitio casi apocalíptico.

—¿Sabes pequeña y curiosa gatita? —Dijo la presa cuyo nombre era DJ. —Creo que te sacarán de aquí pronto. Al fin y al cabo, tú no cometiste el asesinato.

—Sí, pero no logran encontrar el cuerpo. Les he dado el teléfono de la víctima y no tengo idea alguna de si han descubierto algo significativo para el caso. No tienen un culpable y yo he robado la identidad de Aireen Kellog, probablemente me den muchos años de prisión. Creo que nos haremos amigas DJ. —Respondió con la mirada vacía.

—¿Señorita Ferryshyn Spencer? —La voz autoritaria de un guardia interrumpió la conversación.

—Soy yo. —Dijo ella, mientras dirigía su mirada hacia el hombre moreno de mediana edad y con una buena barriga que indicaba que le gustaba la buena vida y la comida basura combinada con las cervezas.

—El capitán desea verla. Haga el favor de levantarse y acompañarme a su despacho. —Ordenó el hombre cuyo aspecto no era imponente, pero su voz mostraba que nunca se le debía de contrariar.

La castaña se levantó lentamente mientras el policía abría aquella celda de mala muerte.

—Creo que esta es nuestra despedida, pequeña. —Dijo DJ con un tono que denotaba pesadumbre por la soledad que claramente la albergaba.

—Lo dudo. Probablemente me van a hacer otro interrogatorio que durará cuatro horas, como si ya no les hubiera contado todo... —Respondió Ferryshyn con cansancio.

El comisario la esposó y caminaron a través de un pasillo alargado. Las presas de las celdas que había en los laterales del pasillo, decían cosas groseras mientras pasaban y en cuanto salieron de allí se sintió en paz y respiró hondo. Era un ambiente horrible y tener que volver allí, la

mortificaba sobremanera.

El despacho del jefe de aquella unidad, era imponente al igual que él. Era joven, de unos treinta y ocho años, cabello rubio, casi platino, tenía unos ojos verdes enormes y llevaba gafas de pasta. Su mirada era dura como el pan de ayer.

—Hola señor, aquí le traigo a la presa Spencer. —Anunció el guardia con esa voz tan fría que no mostraba emoción alguna.

—¡Jimmy, quítale las esposas! —Ordenó el jefe con un tono de voz lacerante. El agente cumplió con la orden con rapidez y se marchó de aquel despacho como si le persiguiera el mismo demonio.

—Siéntese señorita Spencer, y disculpe al zopenco de Jimmy.

—No...no... no pasa nada. —Respondió atropelladamente, siempre que se ponía nerviosa se le trababa la lengua.

—¿Se preguntará la razón por la que está aquí? —Fue directo al grano el hombre mientras trazaba líneas imaginarias sobre la superficie de su escritorio con un bolígrafo de diseño plateado sin tinta.

—Así es. —Respondió ella de forma escueta.

—Según este teléfono... —Dijo este levantando el móvil de Aireen Kellog.

—La víctima llevaba recibiendo mensajes amenazantes desde hacía dos meses. Se trata de escritos bastante preocupantes y tenebrosos. Puedo leerla algunos para que comprenda sobre lo que la estoy hablando. Os lo cuento señorita Spencer porque usted está vinculada con este caso de forma muy directa.

Ferryshyn se había quedado muda de la impresión. ¡El dichoso teléfono sí contenía información muy importante!

—Bien, ¡halla vamos!:

Primer mensaje:

Eres tan asqueante como ser humano que no mereces vivir, cochina de mierda. Caminas por las calles como si fueras una diva y tratas a todos como si fueran meros esclavos, pero ya te darán tu merecido y muy pronto.

Segundo mensaje:

Hemos pensado que la mejor forma de matarte es desfigurando esa cara de orto que tienes. Eres tan despreciable que nadie te echará de menos, cerda.

Tercer mensaje:

En agonía caerás y en el infierno acabarás. Con tu maquillaje impecable ya no saldrás, morir suplicarás, de lo mucho que sufrirás. No pisarás a “Córtate” y tu asqueroso cuero cabelludo ya no tocaré. Comida tú serás y de tu ser, nada quedará. Perra.

Ferryshyn se había quedado estupefacta. ¿Qué persona podía estar tan condenadamente perturbada?

—¿Por qué dice que tengo algo que ver con este suceso de forma directa? ¿No creerá que se los he enviado yo? —Dijo, espantada ante aquella idea.

—No, pero conoce a las principales sospechosas. Rosamunda y Judy, dos hermanas empresarias. Poseen la peluquería, “Córtate”, una empresa en la que usted fue empleada.

—Sí, pero es imposible que sean ellas... —Respondió Ferryshyn con los ojos abiertos de par en par.

—¿Cómo eran como jefas? —Preguntó el hombre en cuya placa ponía Josh Carlín. Parecía

alguien arrogante, pero a su vez irradiaba un profesionalismo poco visto en estos días.

—Debo admitir que no muy buenas, me despreciaban constantemente, pero a pesar de eso, nunca pensaría de ellas que son asesinas. Simplemente son dos mujeres jóvenes, modernas, emprendedoras que han nacido con la cuchara de oro en la boca.

—Pues se equivoca, señorita. El número por el que se han escrito esos mensajes están en privado, no por vía Whatsapp si no por la mensajería de toda la vida en los móviles. La cuestión es que, pudimos averiguar desde qué teléfonos fueron enviados dichos mensajes, y adivine, ¿qué?

—¿Qué? —Pegó un gritito por la adrenalina que sintió.

—Según el experto vienen de los números de las dos peluqueras. Necesito que me cuente todo lo que pasó desde que fue a trabajar a la peluquería el día que encontró a Aireen Kellog muerta. Cualquier detalle por muy nimio que parezca nos puede ayudar. Como verá, el mensaje que nos apuntó hacía las dos hermanas fue precisamente el tercero que os leí. Tengo un compañero en la unidad de análisis de conducta. Por la forma de escribir, nos dimos cuenta que son más de dos individuos y que son de sexo femenino. Son los detalles pequeños en los que nos fijamos y nos permiten llegar a conclusiones.

—Puedo comprenderlo, pero me resulta tan difícil de asumirlo... ¿Por qué querían matarla? —Dijo ella y de repente se quedó sin aliento porque efectivamente las dos hermanas tenían un motivo para asesinar a la rica heredera.

—¿Se ha acordado de algo? —Preguntó el hombre mientras sacaba de uno de los cajones de su escritorio una cajita en color rosa pastel que desprendía olor a donuts.

—Sírvase señorita, estaremos hablando largo y tendido y además... Debo informarla que está libre.

Eso la dejó totalmente atónita. —¿Cómo es posible? —Logró formular su pregunta con la boca abierta.

—Su delito es muy grave señorita, ocultar pruebas, robar la identidad de una víctima. Le voy a ser sincero, le corresponderían en una situación normal, de cinco a diez años de prisión.

—¿A qué se refiere con: “Una situación normal”? —Preguntó la castaña entrecerrando sus hermosos ojos.

—Usted nos ayuda, coopera con nosotros para atrapar a los culpables y encontrar el cuerpo de Aireen Kellog.

—Pero, yo no conté nada relevante...

—Pero lo hará. Creo que sabe mucho más de lo que usted misma se imagina Ferryshyn. Cuénteme todo lo que recuerda con el mayor detalle posible, de aquel día en el que Aireen entró en “Córtate”.

—Recuerdo que primero entró la señora García... —Comenzó a contar la joven mujer, procurando ser lo más específica posible en los detalles que inclusive parecían estúpidos a simple vista.

Estuvieron hablando durante tres largas horas y el comisario había llegado a una decisión, según él, podía pedir una orden de registro del local y de la vivienda familiar de las dos hermanas. Claramente tenían un motivo, la venganza ya que Aireen había echado a su padre de su empleo y este había sufrido mucho. Tenían el tiempo y los medios y al parecer no tenían una coartada factible.

Se estaban tomando un vaso de Starbucks cuando ella preguntó. —¿Qué va a pasar ahora?

—Se puede ir Ferryshyn, ha sido de una ayuda estimada, aunque podríamos haber evitado todo eso si hubiera llamado desde un principio. —Ella iba a responder, pero él la interrumpió con la

mano. —La comprendo de todas formas, ver algo así tuvo que suponer un enorme terror para su persona.

—Comisario, deje de tratarme de, “usted”. Ya llevamos hablando mucho tiempo, creo que ya no hace falta ser tan formal. —Le dijo con los nervios crispados.

—Lo sé, tienes toda la razón. —Contestó el hombre con una sonrisa cálida que le hacía parecer muy diferente, le quedaba mucho mejor que esa expresión seria, tan agría como esos pequeños pepinillos que Ferryshyn odiaba.

—Me has caído bien... Me dijeron que no te informará de esto, pero creo que tienes derecho de saberlo. Por muchas cooperaciones que hagas, por un crimen como el que tú cometiste, no te librabas de pasar un tiempo en calentito. Lo único que mueve hasta a montañas es el dinero. Me avergüenzo decirlo, pero me han pagado para que salgas de la cárcel. Acepté solo porque estaba seguro que no eres la asesina de Aireen Kellog. Aunque, eso no es motivo de aceptar algo ilegal y aprovecharse del poder que uno tiene.

La confesión la dejó pálida como una hoja y muda como el absoluto silencio que supuestamente era inexistente. —¿Quién pagó? —Preguntó con la voz quebrada.

—¡Atticus Kellog!

Sintió los latidos de su corazón acelerarse a cien horas por kilómetro. Sus ojos se llenaron de lágrimas porque comprendía a la perfección que ese hombre sí la amaba, no sabía cómo era posible tal cosa, pero sí tenía certeza que deseaba abrir todas las puertas de su alma a ese hombre... Sí, probablemente no la perdonaría, pero valía la pena rogar de rodillas y abrir su corazón como si fuera una ventana que daba el paso hacia el amor infinito que le profesaba.

—¿Me puedo ir? —Se levantó excitada, la adrenalina corría por todo su cuerpo que solamente deseaba estar en los brazos de él.

—Sí, claro. Está libre. —Respondió el policía con una expresión que denotaba su confusión reflejada en sus duros rasgos de poli malo.

Ella se dio la vuelta, preparada para correr lo que hiciera falta para coger el primer tren que viera, correría hasta que los pies le sangrarán, pero diría todo aquello que sentía en el corazón hacía Atticus Kellog, porque nadie sabe lo que puede pasar mañana, porque tal vez mañana ella ya no exista sobre la faz de la tierra, porque deseaba más que nada en el mundo poder amarle hoy y no dejar esa confesión para el día de mañana que tal vez nunca llegaría.

Se paró abruptamente porque recordó algo importante. Sonrojada hasta la raíz del pelo, se dio la vuelta y avergonzada, preguntó al comisario.

—¿Tiene algo de dinero para prestarme? Debo recuperar el amor de mi vida.

Capítulo 14

La noche reinaba, corría con fuerza mientras sentía el aire frío llegar hasta sus pulmones. Las lágrimas se deslizaban por su pálido rostro trazando el camino que había recorrido hasta poder encontrarse a sí misma.

El tren estaba a punto de pasar, según el billete que se había comprado en una parada donde además de billetes vendían periódicos y diversas chuches. Algunos dulces eran en forma de corazón y sin saber la razón, había comprado una bolsa llena.

Estaba a mitad del camino, respirando con dificultad y llorando por no llegar, aullando de dolor porque por una vez deseaba ser valiente y decir en alto y claro lo que sentía. Por una vez no iba a ser invisible, por una vez hablaría, diría todo aquello que siempre escondió en su interior, dentro de un cofre cuya llave se encontraba en su corazón.

Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer desde el oscuro cielo, y ella sencillamente se sintió sin fuerzas. Cayó de rodillas en aquel cruce suplicando que pasará algo, que sucediera algo pero que aquella oscuridad se acabará, que aquella soledad se marchitará. No sabía si volvería a verle, para poder amarle sin pedirle nada más que su amor.

Los pasos de alguien acercándose por detrás de su espalda la alertaron. ¿Acabaría del mismo modo que Aileen Kellog? En una cuneta, desfigurada sin nadie que la echará de menos...

El tacto de una mano firme y a su vez suave se posó en su hombro y miles de mariposas revolotearon en sus tripas haciéndola pensar que estaba alucinando.

Con la respiración entrecortada se dio la vuelta lentamente y cuando le vio allí parado con una bolsa transparente en cuyo interior parecía haber un pastelito de fresa y chocolate, se quedó anonadada. Su corazón ya latía a un ritmo desbocado, como si intentará romper sus costillas, salir disparado y acabar en la mano de Atticus que la miraba fijamente con esos ojos que ahora parecían la misma noche.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó en un susurro.

Él la ayudó a levantarse, sin apartar sus ojos de los suyos.

—Cuando te llevaron los policías, fue cuando quedé pensativo ante tus palabras, reflexionando sobre todo lo que había pasado entre nosotros. Llegué a la conclusión que tus besos, tu mirada cuando me observabas pensando que yo no te veía, tu cuerpo al convulsionarse de placer cuando te tocaba y te hacía mía de todas las maneras posibles por haber... Nada de eso podía ser mentira. Seguí el caso de cerca, según todos, estaba claro que tú no eres una asesina, nunca creí que lo fueras... Pero me dolía que por una vez que amo a una mujer, ella me hubiera mentado como si fuera un estúpido.

—Intenté decírtelo muchas veces... Pero no podía. Fui una cobarde porque por primera vez me sentía viva, amada, apreciada... No quería perder eso, aunque fuera tan solo un sueño. — Admitió la castaña con la voz quebrada y los ojos rojos de tanto llorar. Seguramente si todas las lágrimas derramadas hubieran sido pequeños trozos de oro, toda la ciudad estaría agachado recogiendo del suelo.

—Te amo, Ferryshyn. Fuiste para mí como un par de guantes que guardan el calor y que puedo usar en los meses de invierno. Me siento incapaz de no besarte ni pensarte y lo peor es que ya ni me acuerdo de olvidarte...

—Soy un demonio. —Respondió ella apenas conteniendo los gemidos de dolor y culpa que pugnaban por salir en forma de llanto.

—Prefiero besar al demonio que a perderme el amor de mi vida. Tan sólo te pido que me quieras a tu manera.

—¿No entiendes Atticus que te amo más de lo que en la vida he amado a alguien? Quiero un mundo contigo, porque si no estás, es como si dentro de mi lloviera al igual que ahora, mi mundo interno es simplemente vacío e inhóspito.

—¿A dónde ibas corriendo como alma que se le lleva el infierno? —Preguntó el moreno con una sonrisa que derritió el corazón de Ferryshyn.

—Yo no me doy por vencida. Quería coger el primer tren hacia Caernarfon, quería que supieras que eres lo mejor que me ha pasado.

—¿Y tú? ¿A dónde ibas y por qué llevas mi pastel favorito en tu mano? —Señaló ella la bolsa.

—Me llamó el agente Josh Carlín. Estaba hospedado en un hotel de aquí, desde el día en el que te arrestaron. El comisario me dijo que habías salido exaltada al oír que yo había pagado tu libertad. Pensé que irías al castillo y no me engañaba.

Ella temblaba de una manera que en él solo despertó ganas de protegerla, de abrazarla y que nada malo pudiera pasarla. Hizo caso a su instinto y la abrazó pegándola hacia sí mientras aquellas gotas de lluvia les mojaban el rostro, entremezclándose con las lágrimas de la bella castaña.

—La bolsa de pastel la traje para ti, aunque suene estúpido... —Dijo él contra sus labios.

—Las chuches las compré para ti porque sé que te encantan, aunque suene ilógico. —Contestó ella.

Se miraron fijamente a los ojos mientras el tiempo se detenía y en el mundo existían únicamente ellos dos y aquel sentimiento poderoso que les albergaba.

—Te amo Atticus, eres el dueño de mi corazón. ¿Me aceptas en tu vida, en tu mundo? —Preguntó con el miedo de perderle reflejado en la mirada.

—Te amo tanto Ferryshyn que no me importa tu pasado, no me importa que me hayas mentido, porque te perdono ya que perderte me supone mucho más dolor que aceptar que me mentiste.

—Tenía miedo... —Susurró la mujer mientras acariciaba el rostro de su amado.

—Ahora lo sé y te digo que, aunque mi corazón deje de latir, mi alma siempre te susurrará en el oído, un te amo.

Ambos enamorados sellaron aquel pacto silencioso que no necesitaba más palabras, pues sus acciones hablaban por ellos, sus gestos y su hambre de sentirse, eran la demostración de un amor tan verdadero y poco común como los planetas en los que se alberga vida compleja.

Se separaron a regañadientes cuando un trueno provocó que ambos dieran un respingo.

—¿Nos vamos a Caernarfon? —La preguntó Atticus mientras la sujetaba de la mano con un gesto tan tierno que Ferryshyn por primera vez se sintió realmente amada y lo mejor de todo era, que sabía que era real, un cuento que tal vez tendría un final feliz.

—Quiero, pero la reacción de Pearl y los demás...

—No te preocupes, no te guardan rencor.

Ella le miró de lo más sorprendida y él sonrió de manera sincera y cálida.

—Lo comprendieron. Puede que nos mintieras, pero en ese tiempo pudimos conocerte Ferryshyn y puedes ser de todo, pero no una persona mala, amor mío.

Esas palabras provocaron su dulce sonrojo al cual él se había hecho adicto como a una droga.

—Entonces a Caernarfon—Dijo con alegría, sintiéndose plena, tan feliz que una parte de su

ser, seguía dudando de si aquello era un sueño.

—Sí, pero primero nos iremos a un hotel. —Contestó Atticus con voz aterciopelada. Los pechos de ella reaccionaron inmediatamente a su voz, como si supieran que pronto serían adorados y muy mimados.

—¿Por qué? —Preguntó, deseando oírlo de sus labios.

—Porque necesito estar a solas contigo, a oscuras, sin ropa, con tus gritos y tus gemidos repitiendo mi nombre como un mantra.

—Atticus, ¿estás seguro de esto? No vengo de tu mundo, somos unos completos extraños si pensamos con la razón y no con el corazón.

—Ferryshyn, si por un beso tuyo puedo conquistar el mismo cielo o infierno, ¿qué te hace pensar que no estoy preparado para esto?

Ella le miró asombrada. No le salían las palabras porque ni en sus mejores sueños habría creído que merecería el amor de un hombre así.

—Caminar a tu lado es como crear una poesía, como componer una canción con las rimas más perfectas. —Respondió finalmente, provocando su perlada sonrisa.

La noche, el invierno y aquel ambiente navideño fue testigo de cómo los dos enamorados caminaban sujetados de la mano, mientras sus risas resonaban por aquel cruce tan solitario y frío.

La mesa estaba a rebosar de comida. Emanuel refunfuñaba porque el villancico que habían puesto de fondo, era precisamente la de: «O Come O Come Emmanuel « Awen y Rhian reían a carcajadas por sus graciosas expresiones de enfado.

Celebraban tres días más tarde la navidad, pues estas habían sido agrías, pero eso no les impedía intentar crear futuros recuerdos que llenarán sus almas de júbilo.

Las pequeñas estaban sentadas en el suelo, esperando con ansias a que las campanas de la ciudad anunciarán las doce en punto para poder abrir sus regalos que se encontraban bajo un árbol de navidad en color rosado, una tradición peculiar de los Kellog. Awen y Rhian estaban súper contentas, no solo por las sorpresas y porque todos estaban reunidos en el gran comedor del castillo, sino porque era la única vez del año en la que podían trasnochar. Para ellas, suponía algo increíble, como una aventura de ver si aguantaban tantas horas sin cerrar sus ojitos.

Pearl rellenaba las copas de vino rosado de las chicas mientras reía, pues a pesar de esas circunstancias tan nefastas, había cosas que celebrar: La salud que tenían, el amor que sentían unos hacia otros, la abundancia en la que vivían y la entrada de Ferryshyn en sus vidas. Pearl describía su venida como un tsunami que había destapado secretos, pero que gracias a ella habían aprendido a dejar las viejas heridas atrás, disfrutar de la calma del presente, que era como un mar de aguas cristalinas.

—Esta noche, en esta mesa llena de platos exquisitos quiero que hablemos del futuro, de la esperanza y del perdón, pero mi lado cotilla no para de preguntarse el motivo por el cual las hermanas peluqueras han asesinado a mi pariente Aireen, a la cuál jamás llegaré a conocer, pobre muchacha, que en paz descanse... —Habló Pearl mientras tomaba un sorbo de su copa de vino, pensativa.

Se sentía mal por Aireen, pues Ferryshyn ya les había contado, con todo el tacto posible, la forma en la que había encontrado el cadáver de la joven. Al parecer aquel que había cometido el crimen albergaba un odio intenso hacía la auténtica Aireen.

—Me informaron del caso ya que estaba relacionada de forma directa... Es difícil hablar de ello, ¿estáis seguros de que queréis saber sobre lo que sucedió?

—Sí, las niñas están jugando, cuéntenoslo en bajito cielo, un niño no debe oír cosas tan perturbadoras, ni un adulto, pero por desgracia los monstruos no solo existen en los cuentos. — Respondió Pearl, con la mirada perdida, sin poder creer las cosas atroces que ocurrían cada minuto en el mundo.

—Hay una frase querida Pearl, que dice: *[Los cuentos de hadas superan la realidad no porque nos digan que los dragones existen, sino porque nos dicen que pueden ser vencidos.](#)* —Dijo Ferryshyn.

—Es de [Gilbert Keith Chesterton](#) y es una gran verdad. Los malos siempre la pagan y las asesinas de Aireen se pudrirán toda la vida en la cárcel. —Añadió Atticus.

—¿Tú estás enterado, hijo? —Preguntó la mujer a su nieto, mientras Emanuel y Dierdre que estaba sentada al lado de su esposo, estaban totalmente concentrados en la conversación.

—Así es abuela, pero es realmente espantoso y en este día es mejor guardar para el futuro solo emociones alegres, por la memoria de Aireen y por nuestra propia felicidad. No quiero hablar del caso y tampoco de Esther cuya entrada aquí ha sido prohibida. —Dijo Atticus de forma tajante.

—Pero, amor, si no hubiera sido por ella nunca se habría entendido la verdad y puede que ahora no estuviéramos juntos, estando totalmente seguros de nuestros sentimientos.

—Eso no quita el hecho de que su intención siempre fue mala. Ese tipo de gente la quiero lejos de mí y de los míos. Siempre fuimos simples compañeros y es buena en su trabajo, pero no la quiero cerca de mi entorno, no en mi mundo. Ví su mirada cuando la policía se te llevó, era de alguien malvado, con pensamientos que no presagian nada bueno. Es mejor y es una decisión inteligente mantener a los enemigos lejos.

—Estoy totalmente de acuerdo con Atticus. —Dijo Dierdre mientras cortaba un trozo de filete de ternera. Había de todo sobre la gran mesa y uno se volvía loco deseando probar de todos los platos, el ambiente era tan feliz y caluroso, pero a su vez las dudas que se notaban en los rostros de Pearl y el resto de integrantes de aquella enorme familia, provocaban las ganas de Ferryshyn de explicarles todo, aunque la verdad les doliera.

Atticus pudo ver en sus ojos la decisión, pero negó con la cabeza de manera imperceptible para el resto, excepto para ella. Tenía razón, en un momento glorioso como aquel, donde la alegría de las niñas alumbraba todo, la emoción por ver los regalos, detalles que cada uno había comprado para el otro con amor, no debían hablar de esos asuntos turbios.

No, desde luego, no podía contarles que la desgraciada Aireen había sido asesinada, según las pruebas, por un sicario contratado por las dos hermanas y empresarias. Lo peor de todo es que el cuerpo de la joven había sido torturado, pero no conforme con eso, Judy y Rosamunda, pagaron una cantidad enorme de dinero, para que el sicario se comiera a la víctima. Resulta que Bryan Gómez era un caníbal que frecuentaba la Deep web, lugar donde le habían contratado las dos peluqueras que llevaban acosando a Aireen, pero esta jamás había prestado atención a las amenazas, pues estaba centrada en combatir su dolor por la pérdida de una abuela que al parecer no la había mostrado mucho cariño en vida, pero que era la única persona en quien confiaba. En su carísimo teléfono móvil se había podido descubrir un diario íntimo de la joven. A través de sus tristes versos en forma de poemas, se podía apreciar intelecto, soledad y frustración por un vacío grande en su corazón. Precisamente la falta de amor, cordialidad, fraternidad, amistad... No era tan mala como aparentaba, pues esas cualidades pésimas como el egocentrismo, ella tejía una máscara sin la cual no salía a fuera, pensando con su frágil juventud que eso sería un buen escudo de protección contra una sociedad cada vez más confundida.

Judy y su hermana Rosamunda habían hecho algo tan atroz que era indescriptible. Siquiera le habían dado la oportunidad a Aireen de ser sepulcrada, su cuerpo y esencia habían sido carcomidos.

En agonía caerás y en el infierno acabarás. Con tu maquillaje impecable ya no saldrás, morir suplicarás, de lo mucho que sufrirás. No pisarás a “Córtate” y tu asqueroso cuero cabelludo ya no tocaré. Comida tú serás y de tu ser, nada quedará. Perra.

El tercer mensaje que le había leído el comisario que la había liberado de su cárcel y había calmado su conciencia de cierta manera, lo decía claramente. ¿Cómo no se había dado cuenta? “Comida tú serás y de tu ser, nada quedará”.

Un escalofrío recorrió su ser y decidida, borró aquel recuerdo demacrado de Aireen Kellog. Intentando recordarla con su perfectamente peinado cabello, sus brillantes ojos y su hermosa y perlada sonrisa.

—Queda poco tiempo para repartir los presentes. —Dijo cambiando de tema Ferryshyn. Mostrando en sus castaños ojos la emoción de una niña de cinco años, intentando que sus ganas por seguir viviendo con la felicidad llenando sus vidas, pudiera ser percibida por todos sus acompañantes.

—Uy, estoy segura que mis regalos os encantarán. Os he comprado lo mejorcito. —Contestó Pearl, demostrando lo fuerte que era. Pues un esposo se le había muerto y la época le recordaba su ausencia, una sobrina que jamás conocería prevalecía en su mente, como una espina dolorosa, pero, sin embargo, sonreía.

—¡Por un nuevo capítulo en nuestras vidas! —Dijo Atticus con su copa en alto. Todos chocaron diciendo: Salud.

Abrir los regalos todos juntos como una gran familia, fue emocionante, tanto que a Pearl y a Ferryshyn se les escaparon algunas lágrimas.

La castaña siempre había creído que, para amar con todo el corazón a alguien, uno necesitaría al menos ocho años de noviazgo, y, sin embargo, se daba cuenta que eso podía pasar en un minuto, una hora o una semana...

Atticus le regaló un hermoso collar en forma de corazón de esmeralda y bañado en oro.

—Ferryshyn, quiero recitarte algo que escribí cuando creí haber enloquecido por comenzar a sentir algo tan fuerte e inexplicable como lo es el amor. Estaba confundido, pero guardé aquel poema que describía las emociones de un hombre torturado por temer a tal sentimiento poderoso y hasta entonces desconocido.

Los ojos de la bella mujer se empezaron a llenar de lágrimas, lágrimas que comenzaron a deslizarse por sus mejillas cuando el hombre al que entregaba su corazón, recitaba con una voz temblorosa:

Me da miedo contemplarte, terror de hablarte. Siento que cada vez que mi corazón late desbocado al oír tu voz, el control se va de mis manos y es algo atroz.

Explicarte con palabras cuesta, pues al observar tu mirada de azabache me parece que todo apesta. Porque acercarme no puedo, ni mucho menos alejarme. Si existe la locura, ahora mismo es mi mayor ahorcadura.

—Atticus, eres lo mejor que me ha pasado. —Dijo cuando él acabó, tirándose a sus brazos y besándole por toda la cara mientras todos sonreían.

Epilogo

Después de cinco años:

George Orphanage ya tenía a cincuenta niños bajo su tutela. Gracias al orfanato muchos pequeños habían logrado encontrar buenas familias, amor, comprensión y un buen futuro.

Había tres profesoras que daban clases y dos cocineros. Ferryshyn organizaba los juegos y procuraba el bienestar de los menores. Había logrado sacarse un título en bellas artes, pues había descubierto que el arte en su totalidad le encantaba. Tres veces a la semana daba clases de dibujo en el orfanato del cual era dueña junto a su querido esposo.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Gritó la pequeña Ariel Kellog. Iba corriendo con sus zapatitos de color rojo por el pasillo mientras en su mano movía de un lado a otro lo que parecía ser un folio.

—¿Qué llevas allí mi niña? —Preguntó Ferryshyn abrazando a su pequeña con fuerza.

—Es un dibujo para el día de la mamá, porque eres la mejor madre del mundo. —Respondió con su voz chillona y sonriendo de oreja a oreja. Era tan dulce que se asemejaba a un cupcake con su cabello rojizo, sus pequitas sobre la nariz y sus dos hoyuelos en cada mejilla sonrojada.

—A ver... —Dijo la castaña riendo a carcajadas y agarrando el dibujo. Era realmente entrañable y para sus tres años y medio, dibujaba hermoso. Parecía que había pintado la figura de ella agarrada a las manos de su madre y padre.

—Es hermoso Ariel, lo vamos a enmarcar en un bonito marco.

—El que nos regaló la abuela por tu cumpleaños. —Dio la idea la pequeña, era muy inteligente y se expresaba de una manera que cualquiera pensaría que es mayor de lo que en realidad era.

—¿Cómo están mis dos princesas? —La voz de Atticus llamó la atención de ambas que giraron las cabezas para encontrarse con el moreno cuya cara apenas podía verse por culpa del enorme ramo de rosas rojas que llevaba.

—¡Oh por dios, Atticus! —Exclamó Ferryshyn. Su esposo llegó a su lado entregándole las rosas y besándola en los labios con pasión mientras su hija les miraba y sonreía feliz como una perdiz.

—Feliz día de la mujer, hermosa mía. Gracias por ser una esposa increíble y una madre espectacular. Eres la mujer de mi vida.

Dijo él contra sus labios y ella cerró los ojos, pensando que estos cinco años habían sido tan felices que cada mañana se pellizcaba para asegurarse que no se trataba de un sueño, que era la realidad.

—Gracias amor mío. Eres siempre tan detallista... ¿Has comprado algo para tu madre?

—Así es hermosa. Vamos al jardín, la sorpresa que os tengo preparada os encantará.

—Te amo Atticus, te amo...

—Yo sí que te amo mi pequeña ninfa, tanto que no puedo despertarme sin amar.

FIN

Elizabeth Betancourt es una escritora cuyas obras cada vez tienen mejor acogimiento entre el público. Entre sus escritos podemos encontrar a la serie de Matrimonios Forzados como “De vuelta a casa” o historias que han logrado emocionar a más de uno como “Delicias Turcas”.

Muy pronto en el mercado de Amazon se podrán encontrar sus obras: ***La venganza de Medusa*** y ***Cuando se trata de ti, se trata de amor***.

Para contactar con la autora que está muy involucrada con sus lectores, podéis hacerlo desde su correo electrónico: suzanaverginieva@gmail.com o desde su página de Facebook donde podréis encontrar todas las novedades de sus proyectos: <https://www.facebook.com/E.Betancourt/?eid=ARBjLW3gJ74Y8wK4THMrwmWwIE5CQNgFjkJ7roBzYjvlg24uC2M2LqmjJJNGk3JzjX3OmpYktTZxJEOb>